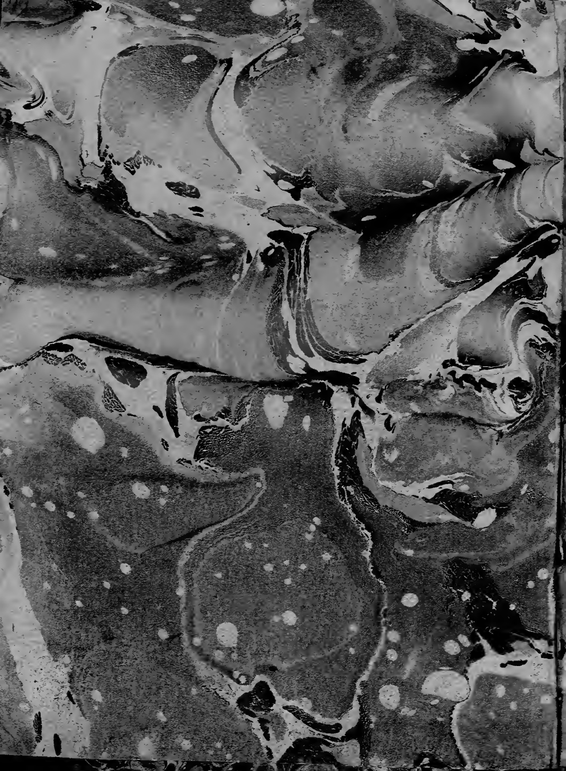
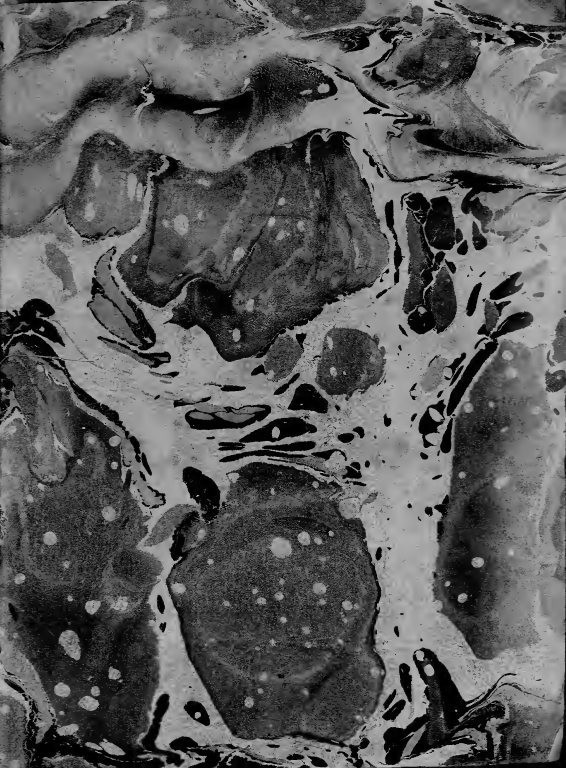






1... Revista Militar. Varios números = Madrid = 1838

2.. Los facciosos

3... El Ciudadano, Varios núm.ˢ Madrid = 1836.

1

REVISTA MILITAR.

Periódico mensual,

REDACTADO

POR D. EVARISTO SAN MIGUEL.

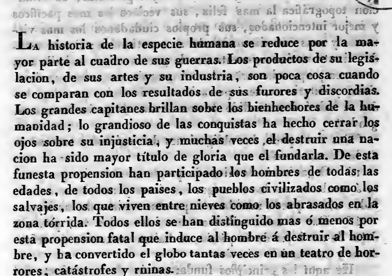


N.º 1.º - abril de 1838.

Si vis pacem para bellum.

MADRID:
IMPRENTA DE DON MIGUEL DE BURGOS,
calle de Toledo, frente á S. Isidro, donde se hallará.

DE LA GUERRA.



La historia de la especie humana se reduce por la mayor parte al cuadro de sus guerras. Los productos de su legislacion, de sus artes y su industria, son poca cosa cuando se comparan con los resultados de sus furores y discordias. Los grandes capitanes brillan sobre los bienhechores de la humanidad; lo grandioso de las conquistas ha hecho cerrar los ojos sobre su injusticia, y muchas veces el destruir una nacion ha sido mayor título de gloria que el fundarla. De esta funesta propension han participado los hombres de todas las edades, de todos los paises, los pueblos civilizados como los salvajes, los que viven entre nieves como los abrasados en la zona tórrida. Todos ellos se han distinguido mas ó menos por está propension fatal que induce al hombre á destruir al hombre, y ha convertido el globo tantas veces en un teatro de horrores, catástrofes y ruinas.

Medite el filósofo sobre esta pasion, que degrada tanto nuestra especie: gima el moralista sobre los males incalculables que produce, y presente este cuadro á los ojos de la humanidad para su enmienda. El hombre de estado, el legislador de una nacion, que juzga á sus semejantes por los hechos, y á las demas naciones que rodean la suya segun las circunstancias en que puedan encontrarse, se contenta con observar este fenómeno para arreglar á él una gran parte de su conducta pública.

Al considerar, pues, la guerra como un estado tan comun y tan frecuente; al reflexionar que desde la infancia de los siglos las naciones se han destruido unas á otras; al ver á los romanos conquistar la tierra, á los bárbaros del norte

fundar tronos sobre la ruina y destruccion de los romanos; al echar los ojos sobre las revoluciones producidas por la guerra en el mundo moderno, emporio de la civilizacion y de la industria, se necesita contar con la guerra como con un elemento indispensable en las instituciones políticas de un pueblo. Cualesquiera que sean en efecto las circunstancias en que se halle esta nacion, cualesquiera que sean las miras pacíficas de sus instituciones; sean sus leyes perfectas, su situacion topográfica la mas feliz, sus vecinos los mas pacíficos y mejor intencionados, sus propios ciudadanos los mas virtuosos y mas entusiasmados de su constitucion; si este estado, si esta nacion no cuenta con la guerra, si no se halla mas ó menos preparada contra los ataques de sus enemigos interiores y exteriores, será precaria su existencia; y el legislador se habrá desentendido de una de sus obligaciones mas sagradas.

Dos son, pues, las obligaciones del legislador tratándose de la fuerza armada:

1.ª Organizarla de tal modo que, hallándose siempre pronta á combatir con los enemigos interiores y exteriores del estado, nunca pueda moralmente ponerse encima de las leyes.

2.ª Dar á estos militares una instruccion tal, que, sin dejar de ser hijos de la pátria, se hallen en estado de defenderla y conseguirle triunfos.

He aquí los principios fundamentales de la conducta del legislador en la parte militar, de sus tareas, y de que no puede prescindir ni un momento si no quiere dejar las otras incompletas.

Probar la necesidad del primero de estos dos principios sería abusar del sentido comun de los lectores. ¿Qué llegarian á ser la libertad y la seguridad de una nacion, si los individuos armados para su defensa estuviesen siempre prontos á sacudir el yugo de las leyes por efecto de vicios inherentes á su organizacion, por falta de saber ó de prevision de sus legisladores? ¿Y de qué utilidad serian estos hijos de la nacion, entusiasmados por su libertad, celosos por su honor, y deseosos de sus triunfos, si por otra negligencia del legislador careciesen de aquella instruccion que les fuese precisa

para ponerse á nivel de sus contrarios en la parte técnica del arte?

Sí: la guerra es un arte: jamas el hombre en su mayor estado de rudeza y de barbárie se fió á su solo valor individual y á la sola fuerza de su brazo cuando buscó en el campo á sus contrarios. En todas épocas le sugirió su razon y su experiencia que la fuerza es efecto de la union, y que esta union deja de ser tal en los movimientos rápidos y decisivos de la guerra si sus elementos no oyen la voz y siguen la direccion de un gefe ó de un caudillo. Sus brazos le parecieron poco ofensivos, y trató de buscar armas. Por todas partes quiso hacerse superior en medios de dañar á su enemigo. Cuando pudo sorprenderle, se valió de la ocasion; cuando pudo interceptarle víveres y todo género de provisiones, se apresuró á prepararse los medios de su mas fácil triunfo. Si encontró algun punto donde le convino esperar á pie firme á un adversario superior en número, trató de fortificarse con el arte; y si le vió á su vez atrincherado en un paraje fuerte, buscó instrumentos y máquinas de guerra para echar al suelo sus murallas.

El arte de la guerra, cuyos objetos son dañar recibiendo el daño menor que sea posible, debe pues haberse compuesto en todas las naciones y en todas las edades de casi unos mismos elementos. La mayor ó menor instruccion, la mayor ó menor antigüedad y la diferencia de costumbres, han producido necesariamente variaciones en los medios de conseguir dichos objetos. La táctica de los galos, por ejemplo, no era la de los romanos; ni las legiones y armas arrojadizas de estos se parecian á nuestras divisiones y nuestra artillería; mas en todas partes el principal guerrero de una nacion ha sido el que con mayor audacia ha sabido combinar mejor los elementos de guerra conocidos; así como de los guerreros que emplean diferente táctica, ha sido siempre vencedor el que se valió de un método mas eficaz y mas sencillo de conseguir los efectos primordiales del arte de la guerra. Hay, pues, en el arte de la guerra dos cosas principales que considerar: primera, sus principios generales contraidos á su objeto, que es el mismo en todos los pueblos y en todas edades: segun-

da, los medios é instrumentos de que cada nacion se ha valido en diferentes épocas para poner en ejecucion dichos principios.

Los progresos en el arte de la guerra han ido en todas las naciones á la par de las artes, las ciencias y todo género de luces. El espíritu de indagacion y el fanal de la experiencia que ha influido en el aumento de los unos debió preparar necesariamente el adelantamiento de la parte de guerra. Las naciones en efecto mas célebres por su saber, han sido al mismo tiempo las mas hábiles en estrategia. Un puñado de griegos desbarató en mil ocasiones los ejércitos innumerables de los persas. Los habitantes agigantados del Rin y del Danubio se asombraban al contemplar la corta porcion de sus vencedores los romanos. Por todas partes triunfó el saber del número, y la táctica de la robustez ó fuerza individual de los guerreros.

¿Y qué era la táctica de la edad media de la Europa comparada con la táctica del dia? lo que la Europa bárbara y supersticiosa es á la Europa civilizada y culta; lo que las tinieblas de la primera á la ilustracion de la segunda. ¿Y cuándo salió de la infancia el arte de la guerra? precisamente cuando renacieron las luces y se desarrollaron todos los ramos del saber humano.

Se nos dirá que no siempre la pericia triunfó de la ignorancia; que los bárbaros del norte destruyeron el imperio de los Césares; que los árabes ignorantes y fanáticos brillaron por sus armas en el mundo conocido; que los tártaros con el nombre de turcos fueron en otro tiempo el terror y espanto de la cristiandad, y llevaron sus medias lunas hasta la vista de la capital del nuevo imperio de occidente. Responderémos que no fué la ignorancia la que se vió entonces vencedora del saber: mas que la molicie, los vicios, la corrupcion y la discordia hicieron inútil la táctica de los vencidos. ¿Se añadirá que muchos guerrêros célebres sin prévia instruccion consiguieron triunfos brillantes, mientras otros instruidos á fondo en la teoría del arte fueron vencidos en todas ocasiones? Es muy fácil responder que hay genios que abrazan de una ojeada lo que otros deben tan solo á la medita-

cion, y que el conocimiento teórico del arte de la guerra no es por otra parte la sola cualidad que debe distinguir á los buenos militares.

Uno de los principales deberes del militar que quiere ser digno de este título será, pues, conocer su profesion en todos los ramos concernientes al cargo de que se halla revestido. Cuanto mas elevado sea este, mas sagrada será su obligacion de no ser inferior á los conocimientos que requiere, y como se halla en una carrera donde los ascensos son indispensables y la necesidad de luces progresiva, debe aspirar siempre á ponerse en disposicion de desempeñar dignamente los empleos superiores que su mérito ó cualquiera otra ocasion le proporcione.

La profesion militar participa por precision de la índole del gobierno que le emplea. Bajo una dominacion absoluta y tiránica puede ser la mas miserable y aun la mas ignominiosa de las profesiones. En el imperio de la libertad y de las leyes, el militar es un distinguido ciudadano revestido de uno de los cargos mas honoríficos y respetables. Si en el primer caso puede ser instrumento de opresion, y hallarse armado contra el reposo y tranquilidad de sus conciudadanos; hijo de la misma pátria en el segundo, partícipe de los derechos de la generalidad, no reconociendo superiores que se hallen encima de las leyes, no puede tener otros intereses que los del estado. Si enemigos intestinos le amenazan, vela noche y dia sobre sus mútuos intereses: si los exteriores tratan de invadirle, corre á la frontera donde le llaman la salud y el decoro de su pátria. Sus leyes, su familia, sus parientes, sus amigos, todo habla á su corazon y le estimula. Los himnos si vuelve vencedor ya suenan en su oido: ya brillan delante de sus ojos los laureles que le esperan. Si falta á sus deberes, su ignominia volará de boca en boca; si merece recompensas, la pátria se las concederá solemnemente sin necesidad de mendigarlas entre la adulacion de intrigas tenebrosas.

El ejército español desempeña desde fines del año 1833, uno de los deberes mas nobles, mas patrióticos, mas interesante. Sus trabajos, sus fatigas, sus laureles van encaminados todos á la libertad, á la felicidad de esta nacion de quien

son hijos. De sus victorias, de sus derrotas penden en gran parte sus destinos. Los buenos españoles saben y se penetran todos de lo que valen sus trabajos: en sus operaciones estan fijos los ojos no tan solo de la nacion sino los de la Europa entera. Hace cuatro años que este ejército marcha, combate, derrama su sangre y hace todo género de sacrificios. Se han formado en esta escuela oficiales distinguidos, gefes acreditados de todas graduaciones. En ningun período de la historia del ejército español ha habido mas ascensos, se han hecho mas rápidas carreras, y distinguido los servicios militares con mas decoraciones. Si hay, pues, en el dia alguna noble profesion, es la de las armas en España. No hay sentimiento grande, ni estímulo generoso, ni interes personal de clase alguna que no pueda estar enlazado con toda su conducta. Las operaciones de este ejército sugerirán muchas reflexiones en el curso de mi escrito, y la guerra patriótica en que se ve empeñado terminará lo que por ahora tengo que decir sobre una pasion feroz, sobre una calamidad horrible de la especie humana, con la que deben contar los que gobiernan y legislan.

TÁCTICA, ESTRATEGIA.

La voz *táctica* significa órden, disposicion, colocacion tratándose de partes homogéneas ó no homogéneas con respecto á un todo. Aplicada al arte militar es de tan fácil comprension que apenas merece que se la defina.

El objeto del arte de la guerra es dañar, molestar, vencer al enemigo á costa de las menos pérdidas que sean posibles. Todo en ella son movimientos, marchas, maniobras, unas de ejecucion, otras preparatorias, pues no á todos los momentos se combate. ¿Cómo se han de colocar y disponer las tropas para todos estos diferentes usos? ¿De qué modo, por qué métodos pasan estas de una combinacion á otra tra-

tándose de diferentes maniobras? ¿Cómo se disponen para acampar, para marchar, para combatir, que es á lo que se reducen en rigor todas las operaciones de la guerra? He aquí los objetos de la táctica.

La táctica es, pues, relativa á lo poco y á lo mucho, á lo pequeño y á lo grande, á las partes de una misma arma combinadas entre sí, como á las armas diferentes cuando con ellas se aspira á componer un todo. Hay táctica de compañía, de batallon, de division, de cuerpo mas considerable; la hay de todas las armas diferentes de que se componen los ejércitos; la hay para marchar, para maniobrar, para combatir, para todas las operaciones tanto ejecutivas como preparatorias de la guerra. Su estudio es vasto, sus combinaciones infinitas; mas los principios fundamentales en que se apoya no son muchos, pues todos los sugiere la observacion y el buen sentido. Aprenderlos es muy fácil. La dificultad consiste en aplicarlos con acierto, por los innumerables casos, y muchos de ellos no previstos, que pueden ocurrir á todas horas y algunas veces de un modo repentino.

El aspecto físico del terreno, las producciones del pais, el grado de civilizacion, la índole, el carácter, los usos y costumbres de los habitantes debieron de haber influido en el modo peculiar de hacer la guerra de diversos pueblos. De aquí las diferentes tácticas. La de los griegos no era la misma que la de los romanos, y aun la de estos varió segun las épocas. En nuestra Europa siguió, como hemos indicado, los progresos de la civilizacion, de las luces, de los adelantamientos en las ciencias. En los tiempos que se llaman *edad media* fué bárbara, confusa y desordenada como todo el resto. El descubrimiento de la pólvora, que debió de haber producido una revolucion en el arte militar, tuvo en él muy poca influencia desde los principios. Se comenzaron á ver algunas piezas de artillería en los ejércitos; mas la infantería continuó batiéndose siempre al arma blanca; y aunque se fueron introduciendo en ella mosquetes y arcabuces, las picas no dejaron por eso de ser el arma principal en las batallas. Hasta pasada la mitad del siglo XVII, es decir, tres siglos despues de dicho invento, no se adoptaron definitiva-

mente las de fuego con exclusion de las demas en la infantería de todos los ejércitos de Europa.

¿Cúal es la mejor táctica? La que con arreglo al terreno, á los demas accidentes del pais, á las armas con que se combate, produce resultados por los medios mas breves y mas fáciles; la que prevé todos los casos que en la guerra pueden ocurrir; la que necesita menos terreno para sus combinaciones; la que deja todas las partes del batallon, de la division, de tal cuerpo de ejército á que se aplica mas expeditas y desembarazadas para sus diferentes movimientos; la que las pone en ellos mas á cubierto de los tiros ó ataques de los enemigos; la que escoge entre todos los medios de moverse los que expongan á menos embarazos y fluctuaciones; la que se contenta con enseñar lo meramente útil y aplicable á los usos de la guerra, sin meterse en dibujos y en evoluciones de mero lucimiento y de parada. Cuanto mas sencilla pueda ser la instruccion del militar, y sobre todo del soldado, menos embarazo y aturdimiento para él en un dia de batalla. Examinadas á esta luz las diferentes tácticas modernas, veremos en ellas mucho de inútil y supérfluo, mucho de mero aparato en que lo útil se sacrifica á lo brillante, mucho en que los métodos sencillos se posponen á los complicados, al mismo tiempo que se desatienden y pasan en silencio operaciones reclamadas por varios casos prácticos que ocurren con frecuencia.

Las tácticas escritas no pueden, por extensas que sean, abrazarlos todos. Son infinitas las combinaciones de todos los lances que ocurren en la guerra. Cada uno exige disposiciones diferentes que no pueden ser indicadas ni previstas. Así el que no sabe mas táctica que la de los libros, el que no sabe en un lance inesperado hallar la excepcion de alguna regla, el que á veces no se arroja á trastornarlas todas en ciertas ocasiones no merecerá el nombre de táctico, de verdaderamente hombre de guerra. Mas esto me hace insensiblemente pasar de la *táctica* á la parte conocida con el nombre de *estrategia*.

Algunos confunden en la acepcion comun la táctica y la estrategia, y, aunque distingan la significacion de las dos

voces, no las usan de un modo que anuncie claramente su sentido. Sucede en esto como en otras varias en que los hombres emplean, y muchas veces sin saberlo, diversos diccionarios. Sin estar seguro de la exactitud del mio diré la acepcion que doy á las dos palabras sin mas regla que la de su etimología.

La voz *táctica* significa, como ya he dicho, órden, colocacion, disposicion de diversas partes con respecto á un todo, aplicándose exclusivamente esta voz, no siendo en lenguaje figurado, á las cosas militares. *Estrategia* significa propiamente la conduccion y direccion del ejército. Es la ciencia del general aplicada á todos los ramos del arte de la guerra; y como este no se reduce solo á táctica, se ve que hay entre una y otra la misma diferencia que entre la parte y el todo, entre los medios y los fines, entre lo que es circunscrito y limitado y lo que puede ser tan vasto como el pensamiento.

El táctico dice: voy á pasar esta tropa que marcha en columna al órden de batalla en cualquiera direccion que se me indique: voy, establecida ya la línea, á hacer que avance ó se retire un ala; ó, por un cambio de direccion central, que avance una y se retire otra: voy á formar de una sola línea de batalla dos, ó á hacer que la primera se incorpore en la segunda; á colocar la caballería de manera que esté pronta á combatir desde el principio de una accion, ó con objeto de no emplearla mas que en último recurso: voy á disponerme para pasar aquel rio, para atravesar aquel desfiladero, para colocarme ventajosamente en la falda de aquel monte, donde tengo por la derecha un bosque, á la izquierda un escarpado inaccesible, á retaguardia abundantes manantiales de agua, etc. etc. Aquí el táctico está enteramente subordinado al estratégico, al general que dice: en aquel terreno me conviene combatir; aquella ala voy á retirar, para atraer al enemigo á un terreno que le puede ser desventajoso; si no paso dentro de dos horas aquel rio, no puedo acampar con luz donde me he propuesto: si no oculto mi marcha de hoy al enemigo, pierdo todas las ventajas que me he proporcionado en estos siete dias. Tengo que caer de improviso sobre aquel punto fuerte, si no quiero pasar por las dilaciones de un sitio algo hazaroso; ganar aquel desfiladero pronto, ó me expongo á ser cortado

El que llegue antes á pasar el vado tendrá lo mejor de la batalla. Es preciso que yo haga cualquiera sacrificio para colocar una batería en aquel punto para romper tal infantería que me va ó está haciendo tanto daño, para que se abstenga de cargar aquella caballería que puede desordenar mi línea de batalla, etc. etc.

Asi la estrategia es mas vasta que la táctica, campo mas fecundo de observacion, objeto de mucho mayor número de combinaciones. En la táctica pueden entrar datos fijos, cálculos exactos; tambien tienen su lugar en la estrategia, mas van en esta acompañados de aquellas conjeturas que produce el espíritu de observacion, de aquellos arranques que se deben á la inspiracion del genio. Para ser hábil en estrategia se necesita la táctica como uno de los principales elementos. Se puede ser hábil en este último ramo sin estar bien iniciado en todos los secretos del primero. Para ser táctico se necesita capacidad, espíritu de observacion, cabeza calculadora: no se puede llegar á ser buen estratégico, á merecer en grande el título de general sin tener genio.

La táctica emplea solo medios físicos y materiales: entran en la estrategia los morales, los políticos, los de toda especie, pues todos pueden llegar á ser ruedas y resortes de su máquina. La táctica se aprende: con las disposiciones para ser un buen general se nace: la primera puede estar en los libros: la segunda, toda conjetural, toda de inspiracion, no puede estar sujeta á reglas. Los ejemplos de otros generales suelen ser útiles, mas tambien pueden extraviár, pues para imitar bien y con oportunidad se necesita genio. Cuando Hernan Cortés mandó quemar sus naves en Veracruz no hacia una cosa nueva original de que no hubiese ejemplo; mas fué en él un rasgo de hábil estrategia haberle imitado tan á tiempo. Tal vez ignoraba esto mismo Hernan Cortés: de todos modos solo podia ocurrir á un hombre de gran genio y de grande corazon tamaño arrojo.

¿Podia estar esto escrito en ningun libro? ¿Podia estarlo la prision de Motezuma en su palacio mismo, y su traslacion en clase de cautivo á los reales de Cortés? La simple lectura de esta hazaña asombra la imaginacion, por poco que se fije

en el pais feroz y tan remoto del nuestro donde era acometida, en el escasísimo número de nuestras tropas, y sobre todo en las mismas naves incendiadas que hacian imposible todo lo que no fuese un total triunfo. Era preciso que los mejicanos tuviesen por séres de otra raza, por hombres de un orígen celestial, á los que á tanto se atrevian. ¿Qué idea no debieron formar del poder, de la habilidad, de la ferocidad de su caudillo? ¿No era en este un rasgo de gran genio saber aprovecharse tan hábilmente de esta circunstancia para subyugar la imaginacion de tan feroces enemigos? He aquí la clave de toda su conducta, lo que le hacia arrojarse á empresas gigantescas, lo que le proporcionó tantos aliados, lo que le puso en el caso de sitiar al fin á Méjico con ejércitos tan considerables. Jamas omitió medio de fortificar la opinion de lo excelso de la raza á que pertenecian sus soldados; de que era el destino de aquellas regiones obedecer á séres celestiales.

El lector no estrañará que al citar rasgos de audacia y genio militar, hayamos comenzado por un hombre célebre en los anales españoles, que merece ser puesto al lado de los mas famosos capitanes. Pocos han desplegado mas tino, mas prudencia, mas valor, mas alma grande. Pocos se han visto en circunstancias tan nuevas, tan originales, tan extraordinarias. Ninguno con tan pequeños elementos produjo tan grandes resultados, ni de tan humildes medios se elevó á tanta altura. Otros brillaron cual astros cuando combatian, porque pregonaba la fama sus hazañas, y el orbe culto era expectador de sus victorias. No tuvo Hernan Cortés por testigos de las suyas, mas que regiones agrestes y feroces, ignoradas en Europa. Ninguno sospechaba que con la escasa fuerza de quinientos hombres se estaban conquistando imperios del otro lado de los mares. Cogió tan de improviso la noticia de la adquisicion, como la gloria de sus conquistadores.

En la estrategia entran las cosas grandes como las pequeñas; las que aparecen frutos del estudio y de la meditacion, como las que produce el mero acaso. El modo con que se presenta el general delante de sus tropas, el tono con que les habla, las palabras que les dice, las preguntas que les hace, su gesto, sus ademanes, sus miradas, todo contri-

buye á producir efecto, todos son datos en el gran problema de la guerra. La observacion del aspecto del pais, del carácter de sus habitantes, el respetar sus usos, el captarse su estimacion, el atraerse su confianza, el saber inspirar á tiempo un temor saludable, el dar un golpe de genio que imprima un gran concepto de superioridad, sobre todo el subyugar á cada paso la imaginacion, son comunmente felices instrumentos de grandísimas ventajas. ¿Se puede enseñar todo esto? ¿Es fácil consignar reglas en los libros? Muchas veces sirven estas para confundir al hombre vulgar, para ponerle hasta en ridículo cuando se pone á imitar servilmente, sin tino ni oportunidad lo que en los otros ha parecido tan sublime.

Entran, como se ve por este corto ensayo, en la estrategia muchas cosas y de muy diverso género. Muchas deben en efecto concurrir á la formacion de un hábil general que se muestre digno de este nombre. Tino, prudencia, circunspeccion, madurez en concebir, ardor en ejecutar, vista de lince para abrazar con toda su extension todo un campó de batalla, mientras con la mental no pierde otros donde partes de sus ejércitos maniobran por los flancos ó la retaguardia: robustez, salud, agilidad, moderacion, frugalidad, templanza. ¡Cuántas cualidades deben adornarle para merecer el título de que se halla revestido!

Conocer en teoría los principios fundamentales del arte de la guerra está al alcance de todo hombre que observa y que medita. Mandar grandes masas, saber conducirlas á toda clase de peligros, es un privilegio concedido á pocos. Un grande hombre de guerra, un perfecto capitan es un bello ideal que se ha visto realizado pocas veces.

El conocimiento de su profesion está necesariamente enlazado con otros muchos, con la política, con la historia, con la geografía, con la ciencia de la administracion, que asegura las subsistencias de un ejército y evita los desperdicios y malversacion de los agentes de la hacienda pública.

Su actividad se extiende á todas las partes de su ejército, desde las mas altas hasta las que parecen mas indiferentes. Aunque tiene gefes subalternos que le ayuden en todas sus

funciones no descuida ninguna, y examina frecuentemente por sí mismo si se obra con respecto á sus disposiciones.

La calma y serenidad con que concibe los proyectos en su gabinete son proporcionados á la energía y vigor con que los ejecuta. La precaucion con que evita los peligros que le son inútiles está compensada con la intrepidez que despliega al ponerse delante de su tropa y correr el primero á la muerte en ciertos lances críticos.

Es en el conocimiento del corazon humano, en el arte de calcular las pasiones é intereses, en el de inflamar los unos y mover los otros en el sentido que favorezca sus proyectos; en el de dominar los espíritus tanto de los amigos como de los enemigos, donde debe sobresalir este gefe de guerreros. Es en el talento de inspirar á un tiempo concepto de sn gran capacidad, temor de la rectitud, é inflexibilidad de sus principios y confianza en sus buenas intenciones, donde debe apoyar las esperanzas de hacer á sus ejércitos instrumentos de su gloria. Cualquiera de estos requisitos que le falte experimentará muchas veces las terribles consecnencias de ser inferior á su alto puesto.

Los generales que pueden merecer el título de capaces y de inteligentes no son raros. Los verdaderos genios de la guerra van algo mas escasos. Cada edad, cada nacion se honra con los suyos, y en los anales de ninguna dejan de brillar hazañas militares. ¿Exceden en esta parte los antiguos á los modernos ó al contrario? ¿Fué mas hombre de guerra Napoleon que César, Federico II que Escipion el africano? Son cuestiones muy difíciles. Todos fueron genios de la guerra y supieron aprovechar con maestría los medios de cada uno conocidos. Todos fueron activos, emprendedores, valientes y ambiciosos. Todos supieron concebir con serenidad, ejecutar con ardor, situarse hábilmente, marchar con rapidez, combatir con audacia y bizarría. Todos fueron hábiles en explotar el corazon humano, en poner en accion todos los instrumentos posibles de sus triunfos.

En la parte moral y política de la estrategia nos llevaban sin embargo los antiguos mas ventaja, debida á la diferencia de su educacion, sus usos y sus instituciones. Sus guer-

reros no formaban una clase particular en la nacion, á pesar de que recibian toda la enseñanza militar que era necesaria para la seguridad y gloria de la pátria. Sus generales eran por lo regular filósofos, oradores, hombres de estado, acostumbrados á discutir los negocios públicos en las asambleas nacionales. Muchas veces desde la tribuna donde sostenian los intereses del pueblo, pasaban al mando de los ejércitos que los sostenian con las armas en la mano. El arte de la guerra no era tan complicado como entre nosotros; los ejércitos eran menos numerosos, y por otra parte hay que contar con aquella educacion pública y nacional que recibian los antiguos, y de que nosotros carecemos. Pericles pronunciaba la oracion fúnebre de los guerreros que á sus órdenes habian perecido en la guerra del Peloponeso. César y Pompeyo defendian causas en el foro, y Ciceron tuvo el mando de un ejército. Los generales combatian, negociaban, ajustaban paces, imponian condiciones, daban leyes. En su tribunal fallaban causas militares y dictaban sentencias á veces muy terribles. Sobre todo, jamas dejaban de arengar en ocasiones críticas y en los dias de batalla. Estos discursos que los historiadores de la antigüedad ponen en boca de sus generales no son siempre apócrifos é inventados como se supone. Los habrá hermoseado la pluma, sin disputa; mas es un hecho que la oracion, que la arenga eran del gusto general; que el arte del decir era un ramo de rigorosa educacion, que el conversar era en ellos mas preciso, pues casi vivian en la plaza pública, y que aun en sus discursos familiares no renunciaban nunca á la gala, á la pompa de diccion que nosotros no admitimos mas que en las ocasiones mas solemnes. Asi sus generales no podian menos de ser superiores en la parte moral de la estrategia, en la explotacion del corazon humano, á los modernos, encargados de poner en ejecucion una idea política concebida por un gabinete de quien no son mas qne meros instrumentos, á los modernos, simples militares que marchan, que combaten mientras otros negocian y especulan con sus movimientos; que muchas veces ignoran hasta el verdadero motivo de la guerra de que se hallan encargados; que reciben órdenes que no conciben; que cuando están mas engolfados en sus planes de

guerra, se encuentran con paces ajustadas; que acaso están combatiendo con felicidad en el momento mismo en que se firma su destitucion debida á una intriga cortesana.

VALOR Y DISCIPLINA.

Contar el valor como la primera virtud de los que por su profesion arrostran los peligros y la muerte, es arreglarse á la naturaleza misma de las cosas. El valor es en el militar requisito tan indispensable, que apenas debería mencionarse en el número de las cualidades que le adornan. Decir en efecto que un militar es valiente es anunciar una virtud que ya se le supone. Militar y cobarde son dos ideas que se excluyen mútuamente.

¿Qué es valor? ¿En qué consiste? He aquí una voz que tiene distintas acepciones, segun el diccionario que se emplee, como sucede á todas las abstractas de este género. Veamos como la define el nuestro.

Cuando un hombre busca privadamente á su enemigo personal que le ha ofendido, el odio y deseo de venganza le ofrecen suficientes estímulos para entrar denodado en el combate que le ofrece. Cuando pueblos que se aborrecen se encuentran uno en frente de otro, tampoco necesitan nuevos incentivos para destrozarse mútuamente. Mas cuando los individuos de un ejército no tienen motivos de resentimiento personal contra los del ejército contrario, ni el odio nacional está bastante pronunciado para que se busquen por el solo placer de batirse mútuamente, es preciso que otro prestigio supla la falta de cólera individual, y que la ley venga en cierto modo en auxilio de la naturaleza.

La naturaleza ha hecho al hombre tímido por un instinto de conservacion que sería nulo si no evitase todos los peligros que la comprometen. Si busca alguna vez estos peligros,

es por evitar otros mayores ó por satisfacer pasiones del momento. El hombre, pues, que entra en los combates porque el deber se lo prescribe, lucha en cierto modo con una ley de la naturaleza.

No desconocemos sin embargo hasta tal punto la organizacion humana, que se nos oculte que hay personas que por la suya particular y como por instinto corren á los peligros sin estímulo de ninguna clase. En los soldados es mas comun esto que en los oficiales, y por regla general los que no calculan llevan grandes ventajas en esta parte sobre los que se hallan en opuestas circunstancias. El principio que establecemos es la ley: los casos que le son contrarios son meras excepciones. Despójese á los hombres de toda pasion; despójeseles del miedo del castigo ó de la pérdida del honor, y del estímulo de las recompensas; y véanse despues los que por mera aficion á combatir buscan el combate.

El imperio del hombre sobre esta ley universal es lo que constituye el valor: arrostrar peligros que amenazan la conservacion porque lo exige asi el deber, es la primera virtud que distingue al militar; virtud de mérito si se la examina con alguna detencion, y que basta sola para hacer objeto de consideracion al hombre que la ejerce.

El que no conoce los peligros que le cercan, no se puede llamar valiente con exactitud: el que arrostra mas peligros que los que exige su deber, el que por un exceso de virtud arriesga en servicio de la pátria su existencia mas veces que las que la pátria le prescribe, merece mas que el nombre de valiente.

Carecer del valor que el deber pide es una cobardía, un gran delito; mostrar mas valor que el requerido es siempre un mérito; mas puede ser imprudente este valor, y perjudicar en vez de ser útil al objeto á que se ha consagrado.

El verdadero valor, el valor militar, el valor útil, es el que va acompañado de la serenidad que deja ver con sangre fria los objetos, y del tino que indica sobre cual de ellos debe emplearse con acierto.

Las clases diferentes de valor son relativas á los diferentes caractéres de los hombres, y tambien á las diferentes ca-

tegorías en que se hallan constituidos los individuos de un ejército. El valor de un granadero debe ser diferente del de el general: la audacia del que entra el primero en la brecha no es la misma que la del que en el calor del combate medita y hace ejecutar un movimiento que decide del éxito de una batalla.

El valor ardiente es propio del que obedece: el valor frio del que manda. Esta última cualidad no es muy comun sino entre ciertos pueblos; por eso el número de los hombres capaces de mando, sobre todo en el calor de las refriegas, es muy corto.

Saber concebir un plan con madurez, ejecutarle con actividad y precision, atender y vigilar el buen desempeño de cada una de sus partes; no distraerse por el conocimiento del peligro de este punto importantísimo; cambiar en el calor de la refriega algun plan que las circunstancias no auxilian, y abrazar con vista de águila los movimientos de los enemigos para aprovecharse hábilmente de sus faltas; entrar el primero en lo mas peligroso de la lucha en los momentos críticos en que es preciso arriesgarlo todo y dar un grande ejemplo; he aquí el modelo del valor del general, de que no se ofrecen muchas cópias.

La sangre fria en las batallas es muy rara, sobre todo en las clases inferiores, no siendo en los preparativos de la accion ó en los momentos en que el combate se suspende. En el calor de la refriega, el ruido, la confusion, cierto desórden que es inevitable, el movimiento, la misma accion de pelear agitan la sangre en términos que da poco lugar á la reflexion y á los mismos estímulos del miedo. Una vez que el combatiente se familiariza con los peligros, con el aspecto de la sangre, de los heridos, de los cadáveres tendidos por el suelo, se apodera de los ánimos una especie de embriaguez que puede hacer feroz al hombre dotado de los mas dulces sentimientos. Así el valor de que hemos hablado es mas necesario al principiar la accion que en lo recio del combate.

Deduciremos de lo dicho que el valor es en cierto modo una cualidad facticia que inspira la ley en despecho de la naturaleza, y que extiende tanto mas la esfera de la actividad

cuanto son mayores los prestigios de que el legislador se vale.

Estos prestigios ó medios de inflamar el valor del militar son muchos y análogos al grado de ignorancia y de saber, de libertad y esclavitud, de virtud y corrupcion en que se hallan las naciones. Los árabes eran conquistadores por fanatismo; los bárbaros del norte porque otras naciones los obligaban á emigrar y á buscar climas mas templados; los guerreros de Napoleon por llevar las águilas á las capitales de sus enemigos; los romanos de la república por hacerse señores de la tierra; los soldados de Guillermo Tell por sacudir el yugo de sus opresores. Mas el resorte principal que movió á todos, especialmente á las clases bajas, fué el botin, en cuya pasion todos los pueblos y todas las edades se asemejan.

No es nuestro ánimo entrar por ahora en discusion sobre cuál de estas diferentes pasiones ejercen mas influencia en el valor militar, pues todas las naciones que se han citado son célebres por sus hazañas. Escoja entre ellas el legislador las que convengan al fin político de sus instituciones. El fanatismo es una pasion feroz no compatible con pueblos libres é ilustrados. El amor á las riquezas está demasiado arraigado en nuestro corazon para que sea necesario fomentarle, y por otra parte el militar que combate por su adquisicion no vuelve gustoso á la pelea despues de haberlas conseguido. Pasion por pasion, el amor á la pátria y á las leyes, el entusiasmo por la libertad, el celo por la gloria del nombre nacional, el deseo noble, la honrosa ambicion de aspirar á las distinciones, á las recompensas que toda una nacion tributa al defensor de sus hogares, es la mas noble, la mas humana, la mas duradera, la mas fácil de inspirar á todo legislador, á todo gobierno de naciones libres.

Pasaremos á la

DISCIPLINA.

Un ejército no es una república. Un gefe superior manda: los otros obedecen. Cada gefe subalterno ejerce sobre sus subordinados la misma autoridad que el gefe supremo sobre todos.

Este órden, esta subordinacion, esta obediencia se comprenden aquí bajo el nombre general de *disciplina*.

Si un ejército no estuviese organizado de esta suerte conseguiria muy pocos de los resultados á que aspira. Un cuerpo deliberante debe de carecer de accion por su naturaleza. Cuando se halla en movimiento ya se convierte en una máquina que cede á su primera rueda. Esta rueda debe ser única, y su influencia sobre las demas siempre absoluta.

De todas las virtudes que exige la ley de un militar es quizá la de la disciplina la mas dura. Arrostrar la muerte en los combates, sufrir todo género de privaciones y toda suerte de fatigas, puede ser llevadero en muchas y casi todas ocasiones; mas estar pendiente de la voluntad de un hombre, tener que obedecerle sin pedirle cuenta ni razon de la órden que prescribe, y exponerse á sufrir medidas de rigor si no se cumple, es sin duda el mas terrible de los sacrificios.

Cuando el gefe inspira confianza al inferior, cuando, convencido este del talento y virtudes del hombre á quien está subordinado, se abandona á sus órdenes seguro del acierto, cumple con un deber no solo dulce sino cómodo; pues le proporciona descansar en el celo y vigilancia de otro. Mas obedecer tan solo por obligacion, obedecer á quien no se mira con aprecio, cumplir órdenes que se consideran imprudentes, y saber que se corre á los peligros por el capricho, la ignorancia y quizá la mala intencion del superior que manda, es verdaderamente un deber intolerable.

Sin embargo los servicios que hace un ejército son de tal naturaleza, y la organizacion de esta fuerza armada exige tales condiciones, que la disciplina, por dura é insoportable que parezca, es un deber indispensable.

Pueden los abusos de la autoridad ser grandes; puede la disposicion de un gefe ignorante influir acaso en las desgracias de un ejército; mas los resultados de esta falta de saber, de este capricho, de esta obstinacion, y, si se quiere, de esta mala fe, no son tan funestos como los que produciría la relajacion de esta obediencia, y el abrir campo á que el inferior exigiese la razon de las órdenes que recibe de sus gefes.

Esta subordinacion, esta obediencia tan necesaria en los

ejércitos, lo es todavía mucho mas en los que pertenecen á las naciones libres. Cuanto mas propension y costumbre tenga el individuo de este ejército á levantar la voz con claridad y ejercer los derechos de hombre libre, tanto mas debe penetrarse de la necesidad de ser una máquina pasiva, cuando la unidad y rapidez de accion son indispensables para ejecutar lo mismo que la ley ha determinado despues de un exámen detenido. Es preciso que la libertad que ha disfrutado como ciudadano la enajene como militar cuando se halle al frente de los enemigos de la pátria, si no quiere perder un bien permanente por dejar de exponerse á un sacrificio pasajero.

Insistimos sobre esta verdad de una importancia muy trascendental, y que necesita meditarse con cuidado, por ser un punto en que se padecen por lo regular gravísimas equivocaciones. La disciplina militar está tan lejos de oponerse en nuestra opinion á la libertad civil, que cuando esta es mas ámplia debe la primera ser mas dura. Dura fué en efecto la de los pueblos libres de la antigüedad; dura la de los romanos en sus dias de esplendor y gloria. La autoridad que ejercía el cónsul sobre el ejército confiado á su supremo mando era ilimitada. Aquellos ciudadanos turbulentos en el campo de Marte, acostumbrados á dar la ley en los comicios, se dejaban azotar y hasta diezmar cuando estaban reunidos en ejércitos, cuando con las armas en la mano parecía que debian mostrarse mas fieros é intratables. Tales eran las leyes militares de aquel pueblo conquistador y rey, y tal su conviccion de que solo la disciplina es la base de un ejército y la garantía de sus triunfos.

¿Cuándo comenzó á decaer la disciplina en los ejércitos romanos? ¿Cuándo comenzaron los legionarios á quejarse de la dureza del servicio y á prorumpir en voces sediciosas contra el trato de sus centuriones? Precisamente en la época en que terminó su existencia la República, cuando los soldos dejaron de ser los defensores del estado y pasaron á ser de caudillos que los empleaban como instrumentos de su ambicion y sus rapiñas. Los gefes que los llevaban al combate dejaron de ser respetables á sus ojos, y el vilipendio de las

leyes provocó la licencia y desenfreno en los campos militares.

De la necesidad de la disciplina en los ejércitos, de la necesidad de la subordinacion, de la obediencia que debe todo militar al gefe que le manda resulta la de dejar á estos gefes el menor campo de arbitrariedad que sea posible, y de marcar bien las funciones de los unos para que se conozcan bien las obligaciones de los otros. Todo debe estar determinado y fijo, sin dar lugar á caprichosas interpretaciones. Si la claridad es una de las primeras condiciones de las leyes, ¿serían vanas y oscuras las que obligan de una manera tan trascendental y tan despótica? Es preciso que cada individuo del ejército sepa los deberes que le obligan como militar, ora obedeciendo, ora mandando, si se quieren evitar todos los desórdenes que producen las arbitrariedades.

La necesidad de la disciplina militar impone asimismo al legislador el deber de consagrar un gran cuidado á que el superior que manda sea en todo digno de su encargo, y que su aptitud no solo sea conocida del que le confia la autoridad, sino tambien del inferior que le obedece. Mientras este no se halle penetrado de que su gefe tiene sobre él mas títulos de superioridad que los qne le dé la ley, y que no solo debe obedecerle porque es su superior, sino porque le excede en luces y experiencia, la subordinacion no estará bastante bien consolidada, y los resultados de esta obediencia no serán segun la mente de la ley qne la prescribe. Esta subordinacion moral, esta deferencia del inferior al mérito superior del que le manda es la sola y verdadera disciplina. La otra que consiste en formas exteriores es algo estéril y precaria; y nada lisonjea entonces tanto al súbdito como el substraerse cuanto sea posible á la influencia de un gefe cuya autoridad le parece injusta, y por consiguiente humilla su amor propio.

Esta disciplina que brilla tanto en los individnos de un ejército bien organizado no se manifiesta menos en el roce de este militar con el resto de sus conciudadanos. Unido con ellos por los vínculos de la naturaleza, de la amistad y de la patria no puede tratarlos con altivez y con desprecio. Las leyes son objeto de veneracion, y los magistrados civiles que

las hacen obedecer, lo son de su respeto. Aquel aire insolente y orgulloso que afecta el militar en los gobiernos absolutos es enteramente desconocido del soldado ciudadano que ve en su nacion una familia á la que debe todo género de fraternidad y de atenciones. En esta clase de gobierno no se muestra arrogante el militar sino delante de sus enemigos; en los absolutos comete muy frecuentemente tropelías contra sus conciudadanos. El primero huye en cierto modo de presentarse al público con los distintivos de su profesion: el segundo pasea sus armas en las calles, en las plazas públicas, donde tiene el aire de dar la ley al ciudadano que vá inerme. La ley y el espíritu de libertad se oponen á que se ofrezca inutilmente el aparato del poder; el despotismo aplande que se amenace con su aspecto aun en las ocasiones mas insignificantes.

HISTORIA DEL ARTE DE LA GUERRA.

PRIMER ARTÍCULO.

Cuando Mourad-Bey, gefe de los mamelucos, se presentó en la tienda de Napoleon, manifestó admirarse de que un hombre tan pequeño, tan flaco y tan descolorido mandase á los guerreros valientes que acababan de vencer junto á las pirámides de un modo tan brillante. El mismo Napoleon lo dijo así en su consejo de estado cuando se trataba de establecer la órden de la Legion de Honor, segun lo ha dejado consignado Thibaudeau en sus *Memorias sobre el Consulado.*

La observacion de Mourad-Bey era de un bárbaro; mas de un bárbaro que discurria. Si se veía gefe de los mamelucos, lo debía á la fuerza de su brazo, á su valor individual, á sus riquezas, que le ponian en estado de presentarse en el

campo con caballos mas magníficos, con las armas mas preciosas y brillantes. ¿Cómo se habia de figurar que los enemigos que le habian humillado obedeciesen á un jóven débil que tenía todas las apariencias de enfermizo, cuya exterioridad no indicaba mayores riquezas que los demas que le rodeaban? El hombre para quien la guerra no era negocio mas que de acometer y dar sablazos, no debia naturalmente suponer que aquel caudillo estuviese en estado de darlos muy terribles.

¡Napoleon y Mourad-Bey! he aquí dos estremos de una progresion que el entendimiento abraza claramente. Mourad-Bey, la fuerza bruta, el valor individual, la robustez, la agilidad, la ferocidad que se nutre con el botin, con los horrores, con la sangre. Napoleon, el genio que calcula, que medita, que combina todos los elementos que tiene á su disposicion, que especula con la ambicion, con la codicia, con todas las pasiones de los hombres, que ve al fin de sus trabajos, la gloria de su nacion, la suya propia.

Los dos eran guerreros: los dos contemporaneos. ¡Que distancia tan inmensa entre los dos extremos de la progresion, entre la civilizacion y la barbarie, entre el modo con que un salvaje concibe la guerra y el desarrollo que le dan las luces! ¿Quién negará que la ciencia de la guerra es un campo vasto de observacion, que sus progresos, que sus combinaciones son dignos de ser meditados no solo por el militar de profesion, sinó por el filósofo que estudia al hombre?

Mourad-Bey y Napoleon. Sigámos pues la progresion y observemos, con la rapidez que exige la naturaleza de este escrito, por qué pasos desde su rudeza primitiva ha llegado á ser la guerra una ciencia á que se aplican la mayor parte de las otras conocidas; como Mourad-Bey, que no sabia mas que correr y acuchillar, se convirtió en el general de la República francesa, que á fuerza de saber y genio ganó la brillante accion de las pirámides.

El modo con que los primeros hombres en su estado primitivo de rudeza y de barbarie salieron á la guerra en busca de sus enemigos, no puede saberse á punto fijo; ni tampoco las armas de que usaron, ni el método de colocar sus grupos ó pelotones (pues en la guerra ha habido siempre aso-

ciacion) pueden ser objetos mas que de una simple conjetura. Pero juzgando por induccion, por la historia de otras artes y por lo que se observa en los pueblos mas salvajes, se puede suponer que las primeras armas fueron las mas simples, las que ofrece la naturaleza misma sin recurrir al arte. Un palo y una piedra, he aquí las que sin trabajo, sin ninguna industria se les presentaban. La conversion del primero en una maza, y la invencion de la honda para arrojar á mayor distancia y de un modo mas certero la segunda, parecen los primeros pasos de la industria en este género. La lanza parece tambien de una simple invencion, pues se reduce al mismo palo manejado como estoque. Inmediatamente que se llegó al caso de forjar el hierro, la fabricacion de la cuchilla, de la espada es una consecuencia necesaria del invento. La del arco y la flecha parece una cosa ya mas complicada, y supone, en mi opinion, mas adelanto en la industria, no conocido en los primeros anales de la guerra. Y á estas, mas ó menos perfectas, con mas ó menos artificio elaboradas, se reducian las armas que usaron en sus combates los antiguos.

Inventadas las armas de ofender, era natural que pensasen en las defensivas, pues la guerra se reduce á dañar lo mas, á recibir en cuanto á daño el mínimum posible. Cubrirse la cabeza, el pecho, las partes mas expuestas, mas vitales, debió de ser una idea sugerida por el instinto de la conservacion, sin necesidad de que unos pueblos la aprendiesen ó recibiesen de otros. Así no hay ninguno que se presentase en las batallas á cuerpo enteramente descubierto, y no al abrigo en ciertas partes de las armas ofensivas de que usaban. Solo estaba reservado á las tropas de estos tiempos combatir sin el mas pequeño resguardo; sea que contra las armas de fuego, y sobre todo contra la artillería, se le considerase inútil, sea que la molicie, la falta de verdadera robustez, hubiesen hecho ver que el peligro de heridas mortales, de la muerte misma era preferible á la fatiga de cargar con el peso de las armas defensivas.

Así la honda, la lanza, la flecha, la espada ó la cuchilla como armas ofensivas, y entre las defensivas el yelmo,

la coraza, el escudo, la muslera, y la ócrea que cubria las piernas, fueron las que usaron todos los pueblos de la antigüedad, cuyos usos nos han sido trasmitidos por la historia ó por cualquiera de los medios monumentales que ofrecen lo pasado á la observacion de lo que existe. Y en el uso de estas armas, si no de todas y una parte de ellas, convinieron tanto los pueblos rústicos como los civilizados, tanto los persas como los griegos, los cimbros como los romanos. La Europa moderna en los siglos que llaman la *edad media* tampoco conoció otras armas; y en punto á las de órden defensivo llevaban hasta tal punto su atencion en la caballería, arma principal de las batallas, que iban cubiertos de hierro los ginetes como los caballos. Los combates no podian ser muy mortíferos; la infantería con sus hondas, con sus flechas, con sus picas, tenia pocos medios de ofender á estas fortalezas ambulantes.

En la guerra siempre ha habido asociacion: la misma voz supone pugna, choque, combate, no entre hombre y hombre, sino entre muchedumbre y muchedumbre. Las guerras debieron, pues, de ser tan antiguas como las mismas sociedades, y á cada disputa y discordia sobrevenida entre dos de ellas, debió cada una poner en campaña sus guerreros. Mas esta muchedumbre que iba á combatir debía sacar todas las ventajas que la fuerza recibe de la union; y como nadie concibe union sin órden y concierto, ni órden y concierto sin persona ó personas que le pongan, la necesidad de un gefe ó de un caudillo debió de ocurrirse necesariamente á todo el mundo. Así ningun ejército sin capitan que le mandase, le ordenase, le dirigiese, le diese leyes, le animase con su voz ó con su ejemplo; idea madre que ocurrió naturalmente á todos, pues el buen sentido y el espíritu de observacion no son exclusivos de nacion alguna.

¿Y quiénes fueron estos caudillos, estos capitanes? Los mas valientes, los mas fuertes. Los mas valientes, los mas fuertes debieron en efecto ser los primeros, los mas ricos, los mas influyentes en las primeras sociedades. Así lo prescribe la naturaleza misma de las cosas. La fuerza material es demasiado positiva para que dejase de ser considerada co-

mo un requisito indispensable, tratándose de dar golpes en un campo de batalla. Los primeros caudillos debieron de ser, pues, hombres de fuerte brazo, de anchos hombros, de prócer estatura, de gesto amenazador, de voz terrible, distinguidos de los demas por el lujo de sus armas, por la riqueza de su carro, por el brio y velocidad de sus caballos. Asi pinta Homero los guerreros, los capitanes, en sus dos poemas; y en pocos libros pueden hallarse monumentos mas preciosos de los usos, de las costumbres, del genio de una época. Los gefes de los diferentes pueblos armados que se hallaban delante de los muros de Troya eran los mas fuertes y los mas valientes; y los elogios que les da el poeta sobre estas cualidades hacen ver que eran las primeras, las solas dignas de respeto; y no podía ser otra cosa tratándose de estas luchas, de estas terribles peleas cuerpo á cuerpo, en que la superioridad del brazo y del buen temple de las armas decide las victorias, como sucede en nuestras cargas de caballería. Agamenon era fuerte; lo eran Diomedes, Ulises, Idomeneo y demas gefes: era Ayax fortísimo, y Aquiles, delante de cuya gloria se eclipsaban las demas, los superaba á proporcion en fuerzas materiales. Nestor, que habia perdido la fuerza de los años juveniles, compadecido con este motivo por Agamenon, le respondió que, aunque era cierto, se compensaba la falta con el aumento de experiencia y el mérito y valor de sus consejos; uno de los pocos rasgos que en Homero manifiestan el mérito y derechos de la inteligencia. Aquellos caudillos eran los primeros en combatir, los que se internaban mas en las masas enemigas, los que tenian mas parte en los despojos, los que adquirian las riquezas, que eran sus títulos principales al supremo mando. La fuerza era una gran cosa. ¿Quién podia desconocer esta ventaja positiva? Sin ella no se arrojaban dardos á una distancia enorme, ni se cosia á un enemigo con la tierra de un lanzazo, ni se ahogaba á un contrario entre los brazos, ni se arrojaban los peñascos que derribaban las puertas y hacian brecha en la murallas. La fuerza y el valor eran lo que debian ser en aquellos tiempos rudos; todo el mundo reconocia su imperio formidable; y como eran dones de los dioses, todos se resignaban á estas leyes celestiales. Ca-

da uno cedia sin empacho ni vergüenza el campo á otro guerrero mas fuerte y mas valiente; y no estaba escrito en los libros del honor que fuese una mengua para el vencido pedir de rodillas perdon al hombre mas fuerte ó mas valiente que acababa de arrojarle al suelo. Héctor corrió delante de Aquiles; Turno se arrodilló delante de Eneas pidiéndole la vida que no obtuvo. Ninguno de estos actos se presentó con tono de censura: á nadie chocaba que el débil implorase, que el fuerte se mostrase inexorable. Era libre el primero de estimar y de apreciar su vida, el segundo de usar de su victoria como lo entendia.

¿Cómo peleaban estos hombres? Si se entiende por esta voz el uso que hacían de sus armas, se comprende fácilmente; si se aplica á la disposician, á la colocacion de las diversas partes de su ejército, á la táctica en fin, nos quedaremos mas á oscuras. Es muy probable que estuviese muy descuidado aqueste ramo en tiempos tan atrasados y tan rudos, y que los caudillos sirviesen mas para animar, para dar ejemplo á todos en un dia de accion que para arreglar de un modo sabió las tropas que les obedecían. El mismo Homero, que sobre otras cosas nos da pormenores tan interesantes, nos deja casi en tinieblas cuando se trata del órden en que combatian. Tantos libros suyos consagrados á batallas, ó nos presentan cuadros de luchas individuales, ó choques de masas que se atacan mútuamente sin concierto. Se conoce que el autor se propuso cantar succesivamente la gloria de sus héroes, pues en cada batalla brillan las hazañas de uno de ellos sobre el resto. De la muchedumbre no hizo gran caso sino para servir de fondo y de últimos términos al cuadro. Los héroes se buscan, se atacan, y comunmente comienzan la pugna con arengas de insultos y denuestos á que da el autor todo el aparato y pompa de diccion; otra prueba del gran gusto de los antiguos á esta clase de discursos. Asi ocupan mas de la mitad de su poema.

Dos cosas se pueden inferir del silencio de este gran cantor de hazañas y combates: la primera que no habia instrumentos, y la segunda que tampoco se conocian las máquinas de guerra. Lo primero es muy visible. ¿Cómo un autor tan

minucioso que todo lo describe, que cuando se trata de armadura, del vestido de uno de sus guerreros favoritos pasa en revista desde el coturno hasta el color de su penacho: cómo este autor, digo, omite un punto tan esencial en la pintura tan diminuta que hace de todas sus batallas? Un hombre cuya ardiente fantasía da un colorido tan vivo á todos estos cuadros, que descubre la confusion de la batalla, el clamor de tanto combatiente, el tumulto de la lid que ensordece la naturaleza, ¿cómo este autor no hace nunca mencion ni de trompeta, ni de clarin, ni de nada que huela á tambor, á timbal, á tantos instrumentos de guerra en todos tiempos inventados? Es prueba clara de que en su tiempo no existian. Lo mismo puede decirse de las máquinas de guerra tan conocidas despues de los antiguos. Ninguna se pone en juego cuando se trata de echar á bajo los atrincheramientos de los griegos. Se hace saltar la puerta principal á impulsos de una peña enorme lanzada por el brazo de Héctor: las demas partes del muro cayeron por medio de las simples armas, del torrente de la muchedumbre de la fuerza bruta. Nada nos hace ver tan claramente que ninguna máquina de batir conocían los griegos de aquel tiempo.

La infantería se batía sin órden, sin concierto. Cada guerrero atacaba individualmente á otro guerrero, cada fiera devoraba su presa y pasaba inmediatamente á encarnizarse en otra; en momentos de victoria era un torrente que se precipitaba por los campos arrastrando consigo cuanto se le ponía por delante. La caballería se usaba poco considerada como arma; los que no combatían á pie lo hacian montados en sus carros: un guerrero llevaba las riendas y dirigía los caballos, mientras otro arrojaba dardos, y estoqueaba con la lanza. Este modo de pelear no podía ser ni cómodo ni mórtifero; era dificil cuando no imposible que dos guerreros pudiesen combatir mútuamente de esta suerte: si estaban muy encarnizados uno contra el otro, se apeaban y cotinuaban de este modo su pelea: por lo demas el carro servia para seguir los alcances, para sembrar el terror en los que huían, y aumentar el desórden y el horror de una derrota.

Los carros hicieron un gran papel en los combates de la antigüedad, sobre todo entre las naciones de Asia, donde inmensos llanos hacen este instrumento fácil y muy cómodo. De ellos se servían para romper líneas, desordenar masas en cuantas ocasiones era indispensable dar un golpe desbaratador y contundente. Lanzados con gran velocidad, armados de hoces, de espadas, de otros instrumentos de esta clase, nada podia ser de un efecto mas terrible. Los griegos los usaban poco en su país tan estrecho y tan montuoso. No se hace mencion de ellos al describir las tropas que desde el Asia se lanzaron sobre este último país, ni en las batallas de Alejandro hacen gran papel por ninguno de sus historiadores: prueba clara de que ó estában en desuso, ó que eran mera invencion de los que tanto se deleitan en propalar especies peregrinas.

Los monumentos de la táctica de los antiguos que nos quedan solo se contraen á la de los griegos y de los romanos tocándose por incidente la de otros pueblos. Aun la de aquelos se halla sumida en bastante oscuridad hasta la época de la invencion de la falange macedonia. La de los romanos da bastantes pormenores contraidos á los principales períodos de su historia. Una simple idea de sus elementos principales hará ver á nuestros lectores la atencion que aquellos pueblos sabios é ingeniosos dieron al arte de la guerra, adelantado entre ellos á la par de los otros que les dieron tanto lustre. Pocas materias suministrarán á nuestra *Revista* artículos mas curiosos é instructivos.

ESCIPION EL AFRICANO.

Es célebre el nombre de Escipion en los anales de la República romana. Muchos le llevaron distinguidos por su alto nacimiento, por los cargos públicos que desempeñaron, por sus hechos en la carrera de las armas. Sobre todos descollaron dos que tuvieron el renombre de *Africano*. Ambos estuvieron en España, ambos lucharon encarnizadamente con Cartago, habiendo quebrantado uno de ellos para siempre su poder, y convertídola en ruinas el segundo. El objeto del presente artículo es el primero de los dos: el conquistador de Cartagena, el rival, el émulo de Annibal, el que le venció por fin en la accion campal de Zama.

Publio Cornelio Escipion vino al mundo pocos años despues de empezada la segunda guerra púnica; guerra de crísis, lucha de gigantes, en que dos potencias rivales se disputaban encarnizadamente el cetro de la tierra; en que Roma experimentó tantas derrotas, tan sangrientas pérdidas, y se vió á las orillas de un abismo; guerra famosa en que se dieron tantas batallas, en que brillaron los Annibales, los Escipiones, los Fabios Máximos y los Marcelos. Pocas épocas nos puede ofrecer la historia romana de mas importancia y nombradía; ninguna en que se manifestasen mas el espíritu de las instituciones y la índole de un pueblo rey destinado á conquistar la tierra.

Acababa Annibal de humillar el orgullo romano sobre las ruinas de Sagunto, y, animado de un principio tan brillante de próspera fortuna, concibió el proyecto de atacar al gigante en su propio corazon, de buscar á Roma en sus hogares mismos. Era el proyecto digno de un gran genio, y bastaba él solo para mostrar en un jóven de veinte y cinco años uno de los mas grandes capitanes de aquel siglo. Fué ejecutado el plan con tanta presteza como audacia. A la cabeza de sus españoles y cartagineses, con sus elefantes, con

todos sus aprestos militares, con sus máquinas de guerra, tomó su marcha Annibal por las regiones meridionales de las Galias, y se puso en tren de penetrar los Alpes por la parte mas difícil y fragosa, á fin de ocultar mejor su marcha, y caer de improviso por donde menos el enemigo lo pensaba. ¡Qué tránsitos y qué marcha! La imaginacion se espanta al contemplarla, y cuanto mas se quiera despojar el hecho de lo maravilloso con que lo engalanan los historiadores, tanto mas admira la audacia, la obstinada perseverancia de un gran genio. Se ha querido comparar esta marcha con la de Napoleon en su campaña de Marengo. Si hubo en esta parte imitacion, el original quedará siempre muy encima de la copia.

No era muy fácil que creyese Roma una expedicion tan atrevida y gigantesca. Tal vez imaginaría al general cartaginés embarazado con los pueblos de las Galias, cuando supo con asombro que se hallaba entre el Tíber y los Alpes. Mas Roma no se arredraba fácilmente tratándose de marchar á un enemigo que tan arrogante se mostraba. Ni se detenia mucho aquel pueblo al levantar los ejércitos que le eran necesarios. Muy pronto tuvo uno que capitaneaba el cónsul Publio Cornelio Escipion, padre de nuestro héroe, que acompañó á la expedicion, que fué su primer aprendizaje.

Estaba entonces destinada Roma á sufrir una época de reveses y desastres. O Annibal era mas grande hombre que sus capitanes, ó se combinaron para él con mas felicidad los azares que promueven la fortuna. Fué destrozado el ejército romano junto á las orillas del Tesino. Herido el cónsul, y próximo á caer en manos de los enemigos, fué salvado por el valor de su hijo. No se podía comenzar de un modo mas noble, con mejores auspicios la carrera de las armas. Toda la vida militar de Escipion correspondió á este rasgo de piedad filial y valentía.

Presentó Roma su segundo ejército, que tuvo la misma suerte que el primero, habiendo sido derrotado junto al Trebia. Cerca del lago de Trasimeno le aguardaba el tercer desastre, mas funesto todavía que los anteriores. Y eran ya tres batallas campales las perdidas delante de un rival tan

capaz como atrevido, que se acercaba con la rapidez del rayo y amenazaba sus hogares.

El peligro era inminente: muchos darian á Roma por perdida. Mas era Roma un pueblo grande y magnánimo que hallaba infinitos recursos en su propio corazon tan esforzado. Otro se hubiese contentado con pensar en defender obstinadamente sus hogares; mas la confianza de Roma era mayor; su vista muchísimo mas larga. Teniendo á Annibal á las puertas se ocupó sériamente en mandar una fuerte expedicion á España, lo que tuvo efecto muy en breve. Fué su géfe el mismo Publio Escipion, que acababa de ser derrotado junto á las orillas del Tesino. Con los de su hermano Cneio Escipion que se hallaba en España unió sus estandartes, y los dos comenzaron desde entonces una campaña feliz de que hablaremos luego. No se distrajo por esto Annibal de seguir la senda por donde le llamaba la fortuna; mas no le era ya fácil recibir socorros de España ocupada en otras atenciones, y Roma contaba con esta dificultad, de mucha importancia para un ejército que por precision se debilitaba á fuer de victorioso.

Escipion no acompañó á su padre en la expedicion, y se quedó en clase de tribuno militar en el ejército de Italia. Como tal asistió á la fatal batalla de Cannas, derrota sangrienta y desastrosa para Roma mas que las tres anteriores reunidas. Y era la cuarta batalla perdida en el mismo suelo de la Italia, delante de Annibal, de un hombre de genio, de impavidez y de fortuna que habia jurado ante los dioses inmortales hacer siempre la guerra á los romanos. Grande era la crísis y general el luto de que se vió cubierta Roma; pero aquel pueblo fuerte y magnánimo no desconfió por esto de la salud de la República.

¿Debió Annibal marchar rápidamente en seguida de la accion de Cannas sobre Roma? ¿Hizo bien en haberse dirigido hácia el mediodia de Italia para subyugar y hacer alianza con aquellos pueblos rivales un tiempo de sus enemigos? Es muy dificil, no solo para nosotros sino para los hombres mas entendidos en el arte, juzgar de hechos acaecidos en tan remotas épocas como la presente. La conquista de Roma de-

bia de halagar singularmente á un hombre como Annibal. ¿A qué altura de gloria mayor podía llegar despues de haber cenado en el Capitolio, como se lo proponian sus amigos? ¿Por qué no emprendió la expedicion? ¿Temió acabar la guerra demasiado pronto y volver á una condicion oscura, no siendo ya necesário para mandar las armas de Cartago? Es muy posible. ¿Calculó mejor que sus consejeros todas las dificultades de la empresa, y el escollo en que iba su fortuna á tropezar en caso de verse rechazado de sus muros? Es mas posible todavía. Los recursos de Roma eran inmensos aun, pues no estaba su pecho desmayado, y la serie de la guerra lo hizo ver del modo mas irrefragable. Un pueblo en cuya plaza pública se sacaban y vendian á subasta los campos que ocupaba el enemigo no podía menos de ser inconquistable.

El jóven Escipion se distinguió entonces por un rasgo de noble audácia y patriotismo. Un número considerable de tropas se habian retirado despues de la derrota de Cannas y buscado un asilo en el pueblo de Canusio. Algunos jóvenes, tribunos militares, pertenecientes á las principales familias de Roma, daban ya los negocios de la república como por perdidos, y en aquel desastre general concibieron el proyecto de abandonar á Italia, y buscar fortuna en paises extranjeros. Súpolo Escipion y corrió al sitio de sus reuniones, donde, despues de haberles afeado su proyecto, sacó su espada, los amenazó con ella, y les hizo jurar, teniéndola alzada sobre sus cabezas, que renunciarian á su intento y que jamas abandonarian el suelo de la patria. Manifestaban bien estos actos de valor los sentimientos que animaban á nuestro jóven romano y lo que sería capaz de hacer un dia. Roma se salvó por entonces: Annibal perdió la coyuntura, y la guerra continuó en el mediodia de Italia con sucesos prósperos y adversos para cada uno de los dos rivales.

Mientras tanto, los dos hermanos Escipiones continuaban una guerra próspera en España contra los cartagineses. En muchos encuentros importantes fueron victoriosos, y hubiesen adquirido, sin duda, mas celebridad á no haber sido eclipsados en lo succesivo por el jóven Publio. En una batalla cam-

pal derrotaron á Asdrúbal que conducía en persona un refuerzo considerable para su hermano Anníbal. Despues de someter á las armas de Roma toda la España citerior las volvieron hácia la ulterior, donde los esperaba igual próspera fortuna. Mas no tardó esta mucho en mostrarles un semblante airado. En una batalla campal dada junto á Anitorgis fué derrotado el ejército de Roma, quedando los dos hermanos en el campo despues de haber peleado como romanos valerósos. Ocho años hacía que sostenian en aquel pais la causa de Roma con la espada. Su nombre y su memoria no han muerto todavía en la Península. Todavía se ven en las cercanías de Tarragona la columna y sepulcro de los *Escipiones*.

Con su derrota y muerte quedó casi arruinada la causa de los romanos en España, destruido, desmayado su ejército, privado de caudillos, y en ya completa defeccion la mayor parte de los pueblos declarados á favor de Roma. En tan deplorable coyuntura levantó su voz uno de los tribunos militares, el famoso Lucio Marcio, que arengó á las tropas, restableció su valor, y las llevó de improviso sobre las tiendas de los enemigos que dormian en los brazos de la seguridad que les inspiraban sus victorias. Fué el combate tan sangriento cómo repentino. Volvieron los romanos á sus tiendas cargados de botin, seguidos de miles de cautivos, y en parte satisfechos sus deseos de venganza. Mas el golpe recibido en la anterior derrota habia sido demasiado terrible para que se pudiesen remediar fácilmente sus efectos con el éxito felíz de una sorpresa.

Llegó á Roma la noticia de las pérdidas sufridas, y la mas sensible todavía de la muerte de los Escipiones. El arrojo de Lucio Marcio consoló algun tanto, mas todavía ofendió el que al enviar el parte de lo acaecido, se diese á sí mismo el título de pro-pretor con que le habian honrado sus soldados, y cuya eleccion era facultad del pueblo. De todos modos, pareció sumamente necesario atender seriamente á este negocio, y nombrar, sobre todo, un general que fuese á tomar la direccion de aquel ejército.

Una prueba de que el negocio era muy árduo, de que los

asuntos de la Península se presntaban á los ojos de todos en un estado lamentable, es que no se encontró ningun general que se ofreciese ni se presentase á pedir al pueblo semejante investidura. Se hallaban los comicios en espectacion, confusos y aterrados. En aquel silencio universal, producido por lo serio del negocio, por la misma novedad del caso, alzó la voz el jóven Publio Cornelio Escipion, y pidió ser destinado á mandar los ejércitos de España. Su peticion inesperada, lo animado de su voz, la gallardía de su presencia adornada con todas las gracias de la juventud, su nombre, la memoria de su padre y tio, á quienes pretendía succeder y hasta vengar, inflamaron los ánimos de la muchedumbre. Con muy poca oposicion fué nombrado con el título de pretor gobernador de la provincia de España, general en gefe de su ejército.

Escipion se vió investido á la edad de 24 años de uno de los mandos mas grandes, mas importantes para sus intereses, que podía conferir entonces la república. Los que han admirado en Napoleon que á la edad de 27 años hubiese sido general en gefe del ejército de Italia, encontrarán ejemplos aun mas notables que este en los anales de la antigüedad, donde la educacion pública comenzaba muy temprano, donde los jóvenes se familiarizaban desde luego con los asuntos mas difíciles. La edad temprana de Escipion no fué un obstáculo para su elevacion tan repentina. Eran ya conocidas sus virtudes, su moderacion, su templanza, su valentía en los campos de batalla, su gran respeto hácia los dioses. Se le veía muchas veces vagar solo por el templo de Júpiter Capitolino, y esta observacion, reunida á la especie de que una serpiente habitaba en la alcoba de su madre, hacía sospechar á la gente crédula y supersticiosa, que tal vez descendía de los dioses. Escipion no tenía interes alguno en disipar una ilusion que daba tanta importancia á su persona.

Inmediatamente que se vió revestido de su nuevo cargo, se embarcó en el puerto de Ostia con diez mil infantes y mil caballos, con los que aportó á Ampurias. Habiendo desembardado aquí sus tropas, se puso con ellas en camino con direccion á Tarragona, mientras la escuadra observaba su marcha y le seguia.

Ya en España le había precedido la fama de su próxima llegada y las esperanzas que de sus virtudes y valor se concebian. Rodeaban la memoria de su padre y de su tio de un gran prestigio su persona.

Correspondió Escipion admirablemente bien á tan halagüeña perspectiva mostrándose afable, cortés, humano, á par de circunspecto y grave. Recibió en Tarragona á los embajadores de todos los pueblos aliados del romano, y á todos inspiró confianza en su sinceridad, en su valor, en su decision de protegerlos contra las violencias y venganzas de los cartagineses. Con los soldados se mostró afable, agradecido y liberal, alabando sus virtudes, su valor, y sobre todo su constancia. Estas arengas, pronunciadas con tono grave de su tribunal, no podian menos de producir un efecto prodigioso. Nosotros apelamos á proclamas leidas bien ó mal delante de la tropa, ó no leidas por ningun estilo. Es una imitacion muy débil; en lo que no podrán menos de convenir hasta los mas apasionados de estos tiempos.

Con Lucio Marcio, que había restablecido la fortuna de las armas de Roma despues de la muerte de los Escipiones, se mostró el nuestro atento, obsequioso y sumamente agradecido, honrándole en todas ocasiones con su confianza, haciéndole sentir lo penetrado que estaba de la utilidad de sus servicios. Otro hombre vulgar hubiese visto con desconfianza, y tal vez ceño, al que despues de haber salvado el ejército romano pudiera creerse con derecho de mandarle. Mas Escipion, hombre grande, no podía tener empacho en celebrar las acciones distinguidas de los otros. Penetrado del sentimiento de su superioridad, podia alabar sin temor de que los elogiados le eclipsasen.

Escipion colocó inmediatamente en cuarteles de invierno sus soldados. Los romanos, á pesar de lo duro del servicio, de lo severo de la disciplina, no acostumbraban hacer la guerra en todas estaciones. Estaba esto reservado á las guerras de la época moderna.

Los cartagineses tenian entonces en España tres ejércitos, cada uno de los cuales era igual, si no superior en fuerzas al romano. No podía Escipion buscar ninguno de ellos sin ver-

se con el tiempo en presencia de los tres, es decir, sin grave riesgo de sentirse envuelto. ¿Cometería esta gravísima imprudencia? ¿Se reduciría en estas circunstancias á la defensiva? Concibió Escipion otro plan, que, á lo útil y prudente reunia lo atrevido; atacar á los cartagineses en su alcázar, en su propio emporio donde tenian sus riquezas, sus tesoros, sus rehenes, sus pertrechos, sus inmensos almacenes. Concebido este proyecto era preciso ejecutarle con una presteza extraordinaria. A este fin reunió sus tropas en las márgenes del Ebro, y habiéndole pasado, se dirigió á marchas forzadas hácia la nueva Cartago, conocida con el nombre de *Cartagena* en nuestros tiempos. Ninguno sabía su secreto mas que C. Lelio prefecto de la armada, su amigo, su confidente, y cuyo nombre han mezclado siempre los historiadores con el suyo.

Llegar á Cartagena con rapidez, tomarla con la misma, antes de dar tiempo á los enemigos de venir á socorrerla, era todo el plan de Escipion, y no podía ser otro hallándose tan inferior en fuerzas á sus adversarios.

La naturaleza de esta obra no permite descender á pormenores de todas las operaciones militares de nuestro gran guerrero. El modo con que tomó á Cartagena anunciaba su gran valor, su serenidad y su gran genio. Inmediatamente que se presentó delante de la plaza sentó sus reales en frente de la puerta principal de tierra. Los de la plaza los invadieron en seguida, mas fueron rechazados con inmensa pérdida. Entonces se preparó el general romano al asalto y escalamiento inmediato de la plaza, para lo cual recorrió las filas y dió con su persona grande ejemplo. Subieron los romanos denodados á los muros, que los sitiados no coronaron bien desde un principio; mas, habiendo acudido todos con el valor que inspira la defensa propia, se vió rechazada la gente del asalto. Eran muchos los romanos que venian al suelo precipitados por el hierro y armas arrojadizas de los enemigos. Los unos llenaban el hueco dejado por los otros: las escalas se llenaban de gente; mas eran demasiado altas, y con tanto peso se rompian; el número de heridos, de estropeados, de muertos, se aumentaba. Mas Escipion sabía muy bien

lo que le iba en no salir airoso de la empresa, y animando de nuevo á la gente, preparando y haciendo relevar á los cansados con tropas frescas, hizo restablecer el ataque con mayor fiereza.

El mar, por la parte de la muralla de este nombre, estaba muy bajo, y se esperaba que lo estuviese mas con el reflujo. La gente de mar avisó entonces á Escipion que solo podian penetrar por él chalupas chatas, lo que era de buena señal para lo que el general premeditaba. Un viento recio que sopló entonces contribuyó á disminuir la altura barriendo en cierto modo el mar, lo que se tuvo por una suerte de favor divino. Con la rapidez del rayo aprovechó Escipion tan favorable circunstancia, improvisando un asalto por aquella parte á que los enemigos no daban importancia ocupados en la que los romanos atacaban. La muralla no era muy alta: pudieron llegar á ella los soldados con el agua á todo mas á la cintura. Inmediatamente subieron, coronaron los muros, entraron en la ciudad y pudieron atacar por la espalda á los enemigos, que repelian el asalto de la parte opuesta. La resistencia era ya inútil, y desde aquel momento se pudo dar á Cartagena por ganada. Todo cedió al valor, á la impetuosidad de los romanos. El gobernador, que se habia retirado á la ciudadela con una parte de tropas escogidas, tuvo que rendirse al fin á discrecion y abrir la puerta á sus rivales.

Tal fué la suerte de la nueva Cartago, del alcázar, de la capital del imperio cartagines en la peninsula española. Con tan brillante expedicion, con tan útil conquista daba principio Escipion á sus campañas en este primer teatro de su gloria. ¿No era ya esto solo un rasgo de un gran genio? ¿No era entrar en la carrera subyugando la imaginacion de sus amigos como de sus rivales, de los vencecores como de los vencidos mismos? Y tal era la importancia de la conquista, que el mismo Lelio llevó á Roma la noticia, recibida allí con las mas vivas demostraciones de alegría *.

* Daremos una nota de los efectos importantes cogidos en la plaza y entregados al Cuestor (era una especie de intendente); 120 catapultas grandes; 281 menores: ballestas grandes 23; menores 52;

Los historiadores se extienden todos sobre el modo humano y moderado con que Escipion usó de su victoria, sobre los sentimientos generosos mostrados hacia los cautivos, especialmente las mujeres, contra las que no permitió ni insultos ni violencias. Todo el mundo sabe que sus soldados le presentaron una jóven de hermosura peregrina perteneciente á una de las familias mas esclarecidas. Supo Escipion que estaba prometida por esposa á un jóven tambien de una elevada condicion que perecía por ella. Inmediatamente le hizo venir á su presencia y le entregó la cautiva, no solo sin rescate, sino colmada de cuantiosos dones. ¿Cúal debió ser el reconocimiento del esposo? ¿Con qué aliado mas fiel podía contar el general romano para en adelante? Era su continencia digna sin duda del mayor elogio; pero pocas virtudes podian ser mas productivas.

Un jóven general, que con tan brillantes auspicios comenzaba la carrera del supremo mando; que se mostraba valiente, audaz, hombre de genio, generoso, afable, humano y justo; que inspiraba la misma confianza en su capacidad, que en su moderacion, en su constancia y consecuencia; cuya conducta contrastaba tanto con la avaricia, con el espíritu violento, duro y opresor de sus contrarios, debia vencer siempre, sobre todo en España, donde se habia hecho tan odioso el nombre de Cartago. Asi la permanencia de Escipion en el pais fué una serie de continuos triunfos.

Conquistada Cartagena, tuvo gran cuidado nuestro general de sacar las tropas fuera, y de ejercitarlas doctrinalmente en todas las maniobras de la guerra. La toma de la plaza no era para él mas que un preludio de mayores cosas. Despues de arreglar todo lo necesario para la defensa y abas-

signos militares, es decir, enseñas 84: un número prodigioso de escorpiones grandes y pequeños: una grande cantidad de oro y plata: 276 copas de oro, cada una del peso de una libra: 18000 libras de plata labrada: un inmenso número de vasos de este metal: 20000 modios de trigo: 27000 de cebada: 63 naves de carga llenas de trigo, armas, hierro, metal, lienzos y demas géneros de construccion.

tecimiento de un punto tan importante como Cartagena, tomó la vuelta de Tarragona con la mayor parte de su ejército. En el camino se encontró con una gran parte de los enviados de los pueblos de quienes era amigo. Despachó á unos favorablemente, citó á otros para que viniesen á buscarle á Tarragona, donde se reunieron en efecto todos, y hasta una gran parte de los pueblos de la España ulterior se presentaron en la conferencia.

Habiendo pasado el invierno en proporcionarse alianzas, en captarse mas y mas la confianza y amistad de los pueblos que ya le estaban muy unidos, determinó sacar las tropas á campaña. Ardia ya en deseos de medirse en campo raso con los generales de Cartago, y estos al ver lo que aumentaba su reputacion, el terreno que ganaba en los ánimos de aquellos habitantes, trataron de cortar cuanto mas antes una carrera que podia serles tan funesta. Salió pues Asdrúbal, hermano de Annibal, en busca de Escipion, y este, noticioso de la nueva, trató de presentarse cuanto antes á su vista, y llegó á las cercanías de la ciudad de Becula, donde acababa de acampar Asdrúbal. Colocaron los romanos sus reales muy cerca de sus enemigos, y unos y otros manifestaron grandísimos deseos de combate. Tomó por la noche Asdrúbal una altura cuya cima era un espacioso llano, con un rio á la espalda, y precipicios á los lados. Escipion se aprovechó de esta misma circunstancia para inflamar el valor de sus guerreros. " Los enemigos, (les decía) sin esperanza de poder medirse cuerpo á cuerpo con vosotros, han cogido las alturas, confiando mas en lo áspero del sitio que en sus armas y en su valentía. Mas altas murallas tenía la nueva Cartago y las subísteis; ni la ciudadela ni el mar pusieron un impedimento á vuestro arrojo. ¿De qué les servirán ahora esas alturas á vuestros enemigos? Para embarazar su huida; para hacerla imposible por esos precipicios». Con esta corta arenga, despues de haber destacado algunas cohortes que impidiesen la retirada á los contrarios, puso en movimiento las tropas y se dirigió con ellas á donde estaba el enemigo. Era la subida muy penosa, y la hacian dificil, casi imposible los dardos, piedras y peñascos lanzados por los enemigos; mas, acostumbrados los romanos á escalar murallas, lucharon con estos obstáculos

con la mayor constancia, hasta que habiendo logrado un terreno algo mas firme, y acercarse mas al enemigo que no podia medirse con ellos cuerpo á cuerpo, adquirieron sobre él una ventaja positiva. Para que fuese mas completa, dividió Escipion en dos partes el resto de sus tropas, con las que tomó los dos costados de la altura. El ataque se hizo de este modo general y los enemigos comenzaron á desordenarse. Cortada de antemano ya la retirada, embarazados por otra parte con sus equipajes, huyeron en la mas horrible confusion, y los mas cayeron en manos de los enemigos. Una matanza horrible coronó la victoria y terminó el combate. Antes de llegar á tanta extremidad ya habia abandonado Asdrúbal el campo de batalla, habiendo cogido sus tesoros, llevádose los elefantes, y recogido cuantos dispersos y fugitivos se hallaban en su paso, con los que tomó el camino de los Pirineos.

Pocos dias despues de la batalla, hallándose ya de vuelta Escipion en Tarragona, se le unieron á Asdrúbal los otros dos generales de Cartago, socorro tardío despues de tal desastre. Como la situacion de sus negocios se presentaba ya muy crítica, entraron en deliberacion sobre el partido que les mostraba la prudencia. El ascendiente que habia tomado Escipion sobre el ánimo de los habitantes les pareció el mas grande de los contratiempos, y juzgaron necesario trasladar á otra parte sus soldados españoles si no querían verlos pasar cuanto antes á los reales enemigos. Determinaron por lo mismo que Asdrúbal pasase con ellos y el mayor número posible de otras tropas á Italia donde se hallaba el núcleo de la guerra, mientras Magon, otro de los tres generales, debia pasar á las islas Baleares con objeto de conducir los mercenarios auxiliares. El otro general, tambien llamado Asdrúbal, se puso en camino hácia la Lusitania con objeto de no buscar y exponerse á entrar en lid con los romanos.

Disminuida pues la guerra con la salida de Asdrúbal, que con una fuerte expedicion se puso en camino de Italia para reunirse con su hermano Annibal, pudo encomendar Escipion algunas empresas á sus generales. Silano su legado

derrotó en una batalla campal á los generales cartagineses Magon y Annon, habiendo sido este último cogido. Atacó su hermano L. Escipion la opulentísima ciudad de Origin que redujo á la obediencia. Enviado á las costas de Africa Levinio con la armada, despues de haberse hecho en ellas con un botin inmenso, encontró á su vuelta y puso en derrota la escuadra de los cartagineses.

Asdrúbal Gisgon, que, como hemos dicho, quedó mandando en la Bética y parte de la Lusitania, vió con espanto los enormes progresos que hacian en España las armas de Escipion, y no se creyó seguro ni en las remotas regiones donde se habia reducido á la simple defensiva. Para salir de una situacion tan embarazosa y tan precaria resolvió probar otra vez la suerte de las armas. Habiendo reunido sus tropas y convocado las de sus aliados pudo juntar un ejército de 70000 hombres con los que salió á campaña. Noticioso de sus intentos Escipion se movió de Tarragona, y llegó con 45000 á la vista de los cartagineses cerca de Becula, en el mismo sitio donde habia ganado la batalla antecedente. Atacaron los cartaginenses con sus tropas ligeras á los romanos mientras sentaban sus reales; mas, previéndolo Escipion, habia colocado tropas de antemano á fin de proteger la operacion, y que repelieron á los asaltadores causándoles una enorme pérdida. Los dos ejércitos tuvieron ligeras escaramuzas por algunos dias, que no eran mas que los preludios de un combate decisivo. Al fin acamparon uno en frente de otro; cada uno colocó sus tropas en órden de batalla; mas habiéndose mantenido en esta disposicion por todo un dia sin que nadie diese primero señal de acometer, se retiraron por la noche á su respectivo campamento, repitiéndose la misma operacion los dias succesivos. Los romanos y los cartagineses ocupaban el centro de cada línea respectiva, los naturales y aliados las dos alas. Cada uno contaba con que en esta disposicion se empeñaría la batalla; mas el general romano sacó de esta opinion un grandísimo partido.

Por la noche dió órden para que se cambiase en silencio este órden de batalla colocando los aliados en el centro y los romanos en las alas. Dispuso asimismo que comiesen las

tropas, que ensillasen y embridasen los caballos. Un poco antes de rayar el dia colocó sus tropas en batalla y procedió á atacar al enemigo. Despertado Asdrúbal con el ruido inesperado, turbado con la confusion y desórden que producía naturalmente aquel movimiento repentino, tambien se puso al fin en órden de batalla. Escipion hizo avanzar todo lo posible sus dos alas compuestas de romanos. Colocado él mismo en la derecha, dió órden á los generales gefes de la izquierda para que la extendiesen todo lo posible, de modo que los extremos se tocasen mucho antes que los centros. Asi los romanos chocaron con los aliados de los cartagineses, sin que estos pudiesen ofender á los aliados de los romanos, que por esta hábil maniobra habian quedado mas distantes. Estában bien comidos los soldados de Escipion: en ayunas los del cartagines, que habian sido cogidos de sorpresa. Con los efectos de esta diferencia era muy facil calcular, y la cuenta salió exacta. Las dos clases del ejército enemigo cedieron á la impetuosidad de los romanos. En su pricipitada fuga dejaron al centro abandonado que no habia podido aun venir á las manos con los que tenian al frente. Las alas vencedoras volvieron sobre ellos atacándolos por los flancos, y á tan violento ataque se vieron precisados á ceder el campo. La derrota fué completa; los cartagineses fugitivos, destrozados, llenos de pavor, se recogieron á sus reales.

Los romanos no los asaltaron por entonces á causa de una lluvia que sobrevino, tenida por ellos á siniestro agüero. El general cartagines lleno de ansiedad empleó gran parte de la noche preparándose para el ataque del siguiente dia. Los cartagineses hambrientos, desmayados, heridos, abrumados de fatiga, pensaron menos en descansar que en trabajar en los medios de su defensa propia. Era el campamento la imagen de la desolacion, de la amargura. Mas al fin habiendo sabido Asdrúbal la defeccion de un aliado suyo, de un régulo de importancia, no se atrevió á esperar, y los cartagineses abandonaron los reales aquella misma noche.

Los romanos los asaltaron y cogieron el dia siguiente siguiendo el alcance sin intermision sobre los restos del ejército vencido, que fugitivos, sin órden y sin guia se dejaban inmo-

lar como rebaños. El general cartaginés hizo acampar los miserables restos en una altura donde sentó sus reales; mas poco despues se escapó de ellos en secreto, y acogiéndose á sus naves (pues se hallaba cerca de la costa), tomó la direccion de Gades. Escipion dejó entonces á cargo de Silano el poner el sitio al campo de los cartagineses, y se volvió á Tarragona, donde le llamaban graves atenciones de su administracion y el arreglo de asuntos muy importantes con los pueblos sus aliados. Magon se escapó tambien del campo huyendo en direccion de Cádiz. Las tropas, abandonadas de los capitanes, se entregaron unas, se fugaron y dispersaron otras. Quedó el ejército cartaginés del todo aniquilado.

Así los cartagineses perdieron su imperio en España y la evacuaron toda doce años despues de la llegada de Escipion á la península. Así con un sitio y algunas victorias campales quebrantó el general romano el poder y el orgullo de tan terribles enemigos. Cuando pidió el mando del ejército de España, nadie se atrevió á emprender una expedicion que tan temeraria parecía. ¡Cuanto valía su genio militar! ¡Cúantas conquistas hizo su política! Era una estrategia felíz, sagaz y grande la de este hombre valiente, moderado, justo y generoso, que comprendía bien su posicion y conocía aun mejor el corazon humano.

Se concluirá en el número siguiente.

CRÓNICA MILITAR.

Movimientos de nuestras tropas segun partes de oficio recibidos en el Gobierno y publicados en el mes de marzo.

Dia 1. El general Sanz llega á Huéscar el 22 de febrero, y los enemigos regresan el 21 á Baza. D. Basilio pasa el 19 el Guadiana menor por la barca de Hinojares, haciendo noche en Jódar y Cabra de Santo Cristo.

El 22 pasa la faccion de D. Basilio por Campo Negro en direccion á Oria.

El 24 llega á Lérida la division Vidart, tercera del ejército de Cataluña, en direccion á Mequinenza, con objeto de ponerse en comunicacion de la de Ayerbe y demas fuerzas destinadas á auxiliar á Gandesa.

Dia 2. El 26 de febrero llega la faccion de D. Basilio al Viso: los destacamentos de Venta de Cárdenas y Almuradiel se defienden en el palacio de dicha villa.

Dia 3. El general Arechabala, comandante general de Vizcaya, verifica el 16 de febrero una salida de Bilbao, y sorprende y hace prisionero un oficial y quince facciosos que ocupaban el caserío de Larrasquitu.

La faccion de D. Basilio sale el 23 de San Juan, pernocta el mismo dia en Santa Elena, llega el 24 al Viso, ataca sin éxito los destacamentos de Venta de Cárdenas y Almuradiel, y sale el 25 en direccion de la Calzada de Calatrava.

El 24 pasa por Fraga la division de reserva de Aragon en marcha para Mequinenza: la Vidart, tercera del ejército de Cataluña, lo verifica el 25 con el mismo destino.

El gefe político de Toledo manda inutilizar en 1.º de marzo las barcas de Portusa, Castejon, Ahin, Cebolla y otras sobre el Tajo.

El general Flinter sale de Toledo el mismo dia en direccion á Aranjuez.

La faccion de D. Basilio sale el 25 del Viso despues de saquear é incendiar las casas que no pudo defender con sus fuegos la guarnicion del fuerte.

La misma faccion llega á la Calzada de Calatrava, toma el fuerte, le incendia, y asesina á todos los que en él se habian refugiado.

La faccion de Orejita se reune á la de D. Basilio en la Calzada de Calatrava el 28.

El 28 salen reunidas en direccion á Argamasilla.

Dia 4. El 25 de febrero marchan precipitadamente las dos compañías carlistas, situadas en Navascues, al pueblo de Aoiz. El gefe enemigo Taragual se retira en direccion de Aoiz perseguido por nuestras tropas.

La division del general D. Santos San Miguel salió de Caspe el 28 de febrero en direccion á Gandesa. Los facciosos del bajo Aragon estaban situados en Torrevelilla y Valdealgorta.

Los oficiales prisioneros de la accion de Herrera fueron trasladados el 26 á Cantavieja, excepto el brigadier Solano y cuatro mas que con la mayor parte de los soldados prisioneros permanecian en Morella.

Dia 5. La division Borso di Carminati, al dirigirse el 12 de febrero desde Castellon á Murviedro, supo se hallaba la faccion en Onda, y se decidió á atacarla.

Al dar vista á Bechi, la descubierta mandada por el comandante D. Cárlos Usalve descubrió y cargó al enemigo causándole 9 muertos, entre ellos un oficial y siete prisioneros, entre los cuales se cuentan D. Julian Pareja y D. Juan del Pó, capitanes, y el cabecilla Vicente Sales, cogiendo 6 caballos mas y algunas armas.

Advertido el enemigo por esta carga de la llegada de nuestras tropas, se retiró rápidamente, y fué perseguido hasta las inmediaciones de Tales.

Dia 6. El 27 de febrero salió el destacamento de voluntarios de Castilla de Villadiego, reforzado con 25 nacionales, al pueblo de Resmondo, con el fin de atacar á una partida de 16 facciosos montados, y mandados por el cabecilla Pasiego.

En el mismo 27 fué alcanzada dicha partida en Sotresgudo por el comandante de carabineros de Palencia que los perseguia con 40 hombres de caballería, haciéndole 4 prisioneros, dos de ellos muy mal heridos.

La fuerza que salió de Villadiego perseguia los restos que se dirigieron á Valde-redible.

Dia 7. Los facciosos de Montejo, Barbado y Valencia se hallan reducidos al espacio que está entre el Tajo y Rio Grande por el coronel Crespo. Este mismo coronel consiguió dar muerte al cabecilla Fariñas. Se presentaron á indulto 88 rebeldes; y el general Mendez Vigo persigue los restos de la faccion de Jara, que, despues de la derrota de Yébenes, vaga por el pais de Jara y Velvís.

Dia 8. El 28 de febrero salió el comandante de armas de Ahorría con 80 hombres, á fin de recoger víveres para abastecer los fuertes y las tropas que operan en Aragon. En Castellote fué atacado por 250 infantes facciosos, y cuando marchaba á la bayoneta sobre el enemigo, fué reforzado este y se vió obligado á retirarse, haciéndolo en buen órden y causándole varios muertos y heridos, sin haber por su parte mas desgracia que haber sido herido dicho comandante y un sargento. Recomienda á los nacionales que le acompañaron, y le fueron de suma utilidad como prácticos en el terreno.

El general Oraá desde Hellin da noticia de haber sido sorprendida la faccion de Tallada en Castril el 27, causándole 1800 prisioneros.

El mismo general dice, con fecha del 5 del presente desde la Gineta, que habia mandado ocupar é inutilizar los pasos del Júcar, y que habian sido hechos prisioneros en el puente de Carrasco 194 hombres y algunos muertos, procedentes de los dispersos de Tallada.

El 5 penetró en Zaragoza la faccion acaudillada por Espinart y Cabañero antes de amanecer, posesionándose de la ciudad en fuerza de 4 batallones y 2 escuadrones; pero tan luego como amaneció, la bizarra Milicia Nacional, los ciudadanos de todas las clases, y los gefes, oficiales y tropa del ejército acudieron á las armas, trabándose con empeño un

combate encarnizado en las calles, habiendo obligado al enemigo á abandonar los puntos que habia ocupado, arrojándole de la ciudad, dejando 200 muertos y 700 prisioneros, inclusos en estos un comandante (el cojo de Cariñena) y 23 oficiales, siendo muy corta nuestra pérdida.

El 4 da parte el baron de Meer desde Lérida que, dispuesto á marchar sobre Mequinenza y Gandesa, habia sabido que el general D. Santos San Miguel salió el 2 de Gandesa, salvando á todo el vecindario y la artillería.

Dia 9. El 25 del pasado mes de febrero llegó la division Sanz á Seron: se le presentan 16 soldados de nuestros prisioneros de Iniesta, y hace al enemigo 36 de esta clase.

El 26 llega la misma division á Banamansel siguiendo al enemigo, y hace 100 prisioneros.

El 27 sorprende el brigadier Pardiñas con 268 caballos y 130 infantes de las compañías de cazadores de la segunda division en Castril á la faccion de Tallada haciendo 1000 prisioneros, entre ellos 51 gefes y oficiales, y cogiendo 1200 fusiles, dos piezas de montaña y muchas municiones, acémilas, caballos, etc. Los enemigos se dirigieron en varios grupos hácia Pozo-Alcon y Puebla de D. Fadrique.

El comandante militar de Zaragoza dice que los enemigos emprendieron su marcha desde María el 6 con direccion al Villar de los Navarros.

El general Oraá dice el 7 desde Tarazona que habia sido hecho prisionero el cabecilla Tallada con 400 mas por los nacionales de Barrax y otros.

El 6 fué hecho prisionero Tallada y 30 mas de su estado mayor por los nacionales de Barrax, y por estos y los de la Roda, Gineta y Fuensanta, y destacamento de movilizados de Albacete, hasta 500 mas de los dispersos de la misma faccion.

Con fecha del 6 comunica el gefe político de Zaragoza las providencias que adoptó para la conservacion del órden, y la captura de los facciosos que podian estar ocultos en las casas.

Manifiesta consistir nuestra pérdida en algunos nacionales muertos y heridos, y 71 que fueron hechos prisioneros en los

primeros momentos de la sorpresa; y pide la corbata de la órden de San Fernando para las banderas de la Milicia Nacional.

Dia 10. El 24 de febrero sorprende el teniente de la compañía franca de Teruel D. Manuel Bueno al cabecilla Delgado en el Molino del Cuervo, matando á dicho cabecilla y 10 mas de su faccion.

Dia 11. El general Oraá da parte el 8 de este mes de haber hecho formar consejo de guerra al cabecilla Tallada por el asesinato que cometió en el puente de Carrasco fusilando al capitan de la Guardia Real y 6 oficiales mas que hizo prisioneros el 21 de enero, despues de haberse defendido como valientes, y capitulado pública y verbalmente con dicho cabecilla.

El mismo general dice en 1.° del mes que los nacionales de Quesada y Cazorla habian aprehendido al cabecilla La Diosa con algunos rebeldes mas.

El 3 desde Quesada manifiesta tener en su poder el grupo de facciosos hecho prisionero por los milicianos de Barrax, compuesto de dos gefes, dos capitanes, 7 subalternos, 11 sargentos y 33 cabos y soldados.

Dia 12. El general D. Santos San Miguel, en 4 del corriente desde Caspe, comunica al general Oraá que el 3 se puso en marcha desde Villalba á Fábara con el convoy que sacó de Gandesa; y noticioso de que Cabrera con 5 batallones habia pasado al anochecer desde Batea á Pobla, y á media noche se pasó hácia Batea, dispuso sus fuerzas por si el enemigo intentaba atacarle.

Con efecto, al llegar á la altura de Vistabella, en las inmediaciones de Batea, aparecieron por el flanco izquierdo y en dicha altura un batallon de infantería y un escuadron enemigo; y sospechando fuese su ataque por el mismo flanco, dispuso sus fuerzas en columnas paralelas sobre su frente, situando San Fernando en la derecha, Infante en la izquierda, y Rey en el centro de reserva, en cuya posicion se presentaron fuerzas enemigas respetables á vanguardia.

En consecuencia mandó que el brigadier Abecia, que cubria la retaguardia, sostuviese el flanco izquierdo con las

compañías de cazadores, el batallon del Infante y medio del Rey, y un escuadron, y el general con los de la Reina, uno del 6.º ligero, y los medios batallones del Rey y San Fernando, se trasladó á la cabeza de la columna que sostenia el batallon de Africa.

Verificado este movimiento, las compañías de cazadores de Teruel, Fábara, del Rey y Africa, sostenidos por el escuadron de lanceros de Isabel II, ganaron terreno á su frente; y para hacer mas decisivo su ataque fué protegido por medio batallon de San Fernando y dos escuadrones de caballería, con lo que el camino de Fábara quedó despejado, y por él marchó el numeroso convoy de hombres, mujeres, niños y acémilas sacado de Gandesa, custodiados por el batallon de Africa, quedando en observacion con el resto de sus fuerzas.

Aprovechándose el enemigo de este movimiento, cargó con todas sus fuerzas sobre el flanco izquierdo que sostenia el brigadier Abecia, y sin detenerse marchó el general con el batallon del Rey y dos escuadrones á donde la accion estaba muy empeñada.

Sostenidos los cazadores por nuevas compañías, avanzaron sobre el enemigo, que, cargado con bizarría por tres escuadrones, abandonó su posicion defendida por un batallon con toda su caballería. Cargado en esta posicion á la bayoneta y replegando sus columnas, se retiró á su posicion, en la cual tenia sus reservas; pero conseguido el objeto de salvar el convoy que se hallaba ya en Fábara, y siendo las seis de la tarde, rompió la division la marcha hácia el mismo pueblo, protegida por la línea de cazadores, apostando compañías en escalones en la retaguardia, que fué sostenida constantemente por la caballería, hasta que, reunidos todos sobre el camino real de Fábara, continuó su marcha á este pueblo, al que llegó á las cinco y media de la noche.

Nuestra pérdida fué sumamente corta; 9 muertos de tropa, 4 oficiales y 71 soldados heridos, 4 caballos muertos y 19 heridos.

El general recomienda la conducta de las tropas, pues todos llenaron sus deberes.

Dia 13. El 8 estaba D. Basilio en Argamasilla y Puerto-Llano, y el general Flinter en Ciudad-Real con su columna: el general Sanz debia llegar el 7 á la Carolina.

Dia 15. El conde de Luchana, desde Logroño, el 9 dice que la brigada Puig-Samper habia llegado el mismo 8 á Calahorra, y que los enemigos se dirigieron al Aragon seguidos por la division de la Ribera; en su consecuencia habia pronunciado su movimiento, adelantando alguna de sus fuerzas al mismo Calahorra; pero que permanecia escalonado en dicha direccion por haber sabido que los batallones enemigos que pasaron el Arga habian suspendido su movimiento.

El general Flínter llegó el 9 á Almodóvar con 2300 infantes y 500 caballos.

Don Basilio entró en Almaden el mismo dia con 1500 infantes, alguna caballería y muchos paisanos sin armas.

El mismo general Flínter salió el 10 de Almodóvar, y la division Sanz estaba el 9 en Baeza, y el 11 debia pernoctar en la Carolina.

Dia 16. El comandante de la Milicia Nacional de Valdepeñas manifiesta desde Manzanares el 14, que en el mismo dia habia atacado el general Flínter á la faccion de don Basilio en Valdepeñas, siendo el resultado haberse retirado esta en direccion de Infantes, dejando muchos muertos, heridos y prisioneros. El brigadier Minuisir fué herido. El general Sanz debia llegar en la misma fecha á Valdepeñas.

El 13 pernoctó D. Basilio en Valdepeñas, el 14 atacó el general Flínter á las tres de la madrugada. La faccion se retiró á la alameda, camino de Infantes. Se calculan en 200 los prisioneros.

El capitan general de Extremadura, con fecha 11 desde Almaden, manifiesta que habiendo sabido la noche del 9 en Alcocer la ocupacion de dicho punto por las facciones de D. Basilio y Palillos, reunió el mayor número de fuerzas posible sin desatender los pasos del Guadiana, la línea de Guadalupe y escolta de un convoy á esta corte.

El 10 se dirigió á Sancti Spíritus, pasando el Guadalema por un puente de carros, en cuyo punto se reunió con

el coronel Fernandez: continúa su marcha toda la tarde y parte de la noche hasta el punto del Monasterio, donde dió algun descanso á la tropa. Dividida esta en tres columnas, marchó sobre Almaden; mas á pesar del órden, silencio y precauciones tomadas para que el enemigo no se apercibiese, tuvo noticias, y huyó á las doce de la noche con la mayor precipitacion, tomando el camino de Almadenejos y en direccion de Almodóvar.

El gefe político de Teruel el 12 dice que Cabañero pasó el 7 por Estercuel, el 8 pernoctó en Camarillas, dirigiéndose á Cantavieja llevando 350 heridos.

Dia 19. El general Flínter, desde Valdepeñas el 14, dice que, despues de marchas penosísimas, atacó en la mañana del mismo dia á la faccion de D. Basilio, compuesta de 4000 hombres y 800 caballos en Valdepeñas, y despues de un obstinado combate por espacio de cinco horas logró arrojarle del pueblo, causándole la pérdida de muchos muertos y 300 prisioneros, entre ellos 50 oficiales. Añade que D. Basilio tomó la direccion de la Solana de Lugar Nuevo.

El general Sanz desde Linares participa el 11 que el brigadier Pardiñas, puesto á la cabeza de 130 cazadores escogidos de las compañías de Africa y Córdoba, y 279 caballos, que formaban dos escuadrones de Extremadura, uno de Borbon, comprendidos en ellos 12 granaderos y coraceros de la guardia real, marchó á Benamaurel donde puso el mismo puente establecido por la faccion; y sabiendo que esta se habia dirigido á Castril, decidió sorprenderla en este pueblo.

Con este objeto, y despues de andar 5 leguas de camino malísimo con viento huracan y nevando, se aproximó sin ser sentido por el enemigo hasta cerca de sus fogatas. Dada la órden de atacar, avanzaron los cazadores conducidos por su bizarro capitan Gil y arrollaron cuanto se les opuso; la caballería entró al galope, y acabó de decidir el combate, siendo el resultado que, 400 hombres, despues de una marcha de 13 leguas, destruyeron una division enemiga, cogiendo su artillería, caballos, armas, todos sus efectos de guerra y mas de 1000 prisioneros.

Nuestra pérdida consistió en algunos heridos. Todos se

condujeron con el valor y serenidad que tienen acreditado.

El general Narvaez dice desde Jaen el 12 que habia formado de las fuerzas disponibles del ejército de reserva dos columnas, una al mando de los coroneles Aleson y Silva, con el objeto de cooperar á impedir la invasion del enemigo en aquella provincia, teniendo por resultado esta disposicion, que el coronel Aleson, auxiliado de los nacionales de aquella sierra, habia capturado 500 facciosos dispersos.

En la noche del dia 15 atravesó una faccion la izquierde la línea de operaciones del ejército del norte dirigiéndose al parecer á Asturias, compuesta, segun se asegura, de 15 batallones y 2 escuadrones. El general Latre se puso en movimiento desde Villarcayo en su seguimiento. Parece se dirigian á Palencia.

Dia 20. El general en gefe del ejército del norte dijo desde Bribiesca el 17 que el general Latre desde Villarcayo le participaba el 16 que habia tenido el 15 un encuentro con las fuerzas enemigas que componian la expedicion, protegidas ademas por algunos batallones alaveses y navarros, sobre el pueblo del Rivero, tomando posicion en Garyangos á donde intentó forzarle el enemigo sin efecto, y ya muy cerrada la noche se habia dirigido á Villarcayo sin mas pérdida que 24 heridos, creyendo fuese mucho mayor la del enemigo, el que, pasando por cerca del pueblo de Bedon, se dirigió el 16 á Soncillo, y que marchaba en su busca con 6 batallones y 2 escuadrones.

Añade dicho general en gefe que el general Buerens habia llegado el 16 en la tarde á Villarcayo con 4 batallones y 2 escuadrones, y al amanecer del 17 seguia á reunírsele en Cubillo del Rojo, y que la faccion, compuesta de 8 batallones castellanos, 4 cuadros de batallon, y 300 á 400 caballos, mandados por Guergué, Sopelana y Merino, se encontraba el 16 en la tarde en Valdeporras, en direccion de Soncillo.

Concluye manifestando que tan luego como supo estas notias el 16, salió con 4 batallones forzando la marcha á Bribiesca.

Dia 24. El capitan general de Galicia, con fecha del 16,

participa desde Sobrao, que habiendo sabido que las facciones del cura Freó, Ramos y frai Saturnino se hallaban hacia Cabrury, dispuso saliesen las fuerzas del Canton de Sobrado, al mando del comandante D. Genaro Fernandez Cid y las que operan en el distrito de Arzúa en direccion de la derecha del rio Tambre, con el fin de estrechar á los rebeldes en el distrito de Mena, con cuyo movimiento y alcanzado el enemigo en fuerza de 200 caballos y 150 infantes, fué batido cerca del puente Carneiro, causándole 43 muertos, entre ellos los cabecillas Manuel Cell y D. Ramon Duro; porcion de heridos, cogiendo caballos y armas, sin que por nuestra parte haya haido mas que 3 heridos.

Otra columna que salió de Monterroso á Mellid consiguió, al recorrer los distritos de la Ulloa y Amarante, encontrar la faccion de los cabecillas Villamuela y Soto, y causarles 7 muertos.

Dia 25. El capitan general de Castilla la Vieja participa el 23 que el 20 salió la faccion mandada por el conde Negri de S. Salvador (pueblo de la Pernia), en cuyo punto habia sido avistado por las tropas del general Latre que la persiguieron. Los enemigos procuraron guarecerse en los pueblos de Casa-Vegas y Aeños, limítrofes de la provincia de Liévana; nuestras tropas estaban en S. Salvador.

El general segundo cabo de Cataluña comunica en 14 el parte detallado de la accion que sostuvo la division Ayerve el 27 del pasado contra la faccion de Cabrera, en su marcha á Gandesa.

Dice que, hallándose la division Ayerve, el 17, en Cherta esperando una comunicacion del comandante general de Aragon para operar contra Cabrera y auxiliar á Gandesa, fué atacado por dicho cabecilla con 3000 infantes y 100 caballos.

El primer ímpetu (que fué vigoroso) lo sostuvieron cuatro compañías del batallon 4.º francos, dos del 7.º, cuatro del 2.º de Bailen, la de nacionales de Tortosa y 34 caballos de la misma fuerza, que se vió obligada á retirarse con órden por la superioridad numérica del enemigo á la ermita de S. Martin, en donde estaba situada la quinta compañía del segundo batallon de Saboya.

Esta compañía resistió con empeño el ataque de una columna enemiga, y la cargó con tal bizarría á la bayoneta que se vió obligado á reforzar su columna para resistir su empuje; auxiliada despues y sostenida por cinco mas de Saboya y cuatro de Bailen.

Las tropas permanecieron en una altura á la derecha de dicha ermita: rehechas las compañías de Bailen acometieron al enemigo con la mayor intrepidez. En este momento otra columna enemiga amenazó correrse por la izquierda en direccion á Aldober; pero, observado su movimiento por cuatro compañías del 4.° ligero, se contuvo. El bagaje quedó en la salida de Cherta con una compañía del provincial de Badajoz y la caballería.

Preparadas asi las tropas marchó el brigadier Ayerve al centro con dos compañías de Saboya, una de Badajoz y la artillería. Vista la posicion del enemigo, que estaba parapetado con las cercas, ordenó un ataque simultáneo á la bayoneta obligándole á retirarse con no poca resistencia hasta las sierras de Armas del Rey, desde cuyo punto se retiraron las tropas por ser muy entrada la noche.

Nuestra pérdida ha sido de 8 muertos y 41 heridos; la del enemigo debe haber sido mayor segun los partes de los pueblos.

Las tropas se han conducido con la mayor bizarría, y recomienda el mérito de varios señores oficiales.

La faccion de don Basilio se dirigió desde Menasalvas, el 23, por Navalmoral de Pusa hácia Alcaneleto de la Jara.

Dia 26. El capitan general interino de Aragon comunica el 21 desde Zaragoza el parte detallado de la gloriosa defensa que hizo aquella capital, el dia 5, arrojando de sus muros á la faccion de Cabañero.

Manifiesta que la faccion al mando de dicho cabecilla y Espinart, compuesta de cuatro batallones y en fuerza de 3000 infantes y 250 caballos, salió el dia 4 á las dos de la mañana, y pasando por Belchite llegó al sitio del canal llamodo el Paso del Ganado á las 8 de la noche, y reunida en este punto con uno de sus agentes, que salió de la ciudad, se dirigió por el camino de la Cartuja, cruzando los olivares del

paseo de las Damas, formó en columna y destacó una partida con los comisionados á la Torre del Ponte en donde se hallaban las escalas para el asalto.

En seguida pasaron el puente de la Huerva en columna, atravesaron el paseo, llegaron á la Puerta del Cármen, y mientras una mitad de cazadores asaltó la muralla y abrió la puerta, sorprendiendo á los nacionales que se hallaban de guardia, entraron en la ciudad dirigiéndose á la plazuela del Cármen.

Desde ella destacaron el sexto batallon y parte del sétimo á ocupar la parroquia de S. Pablo, plaza del Mercado y calles de la Albardería y Cedacería, extendiéndose hasta la puerta de la Tripería, y lo restante del sétimo ocupó la Mantería, arco de S. Roque y subida del Trenque.

Dos batallones y la compañía de guias marcharon por la calle de Sta. Inés á la puerta y batería de Sta. Engracia y se apoderaron de ellas, y, pasando por el paseo de S. Francisco á la plaza de la Constitucion, situaron un batallon de reten y ocuparon con el resto el arco de Cineja, calle del Peso, S. Gil y por el Coso hasta la plaza de la Magdalena.

En tal situacion y creyendo ser dueños de la poblacion rompieron en vivas á Cárlos V y á tocar la diana y generala, á cuya señal alarmada la poblacion conoció el peligro en que se hallaba.

La guardia del principal rompió el fuego, y tan luego como llegó el dia, oficiales, tropa, nacionales y paisanos, todos acudieron á la defensa cada uno como pudo; pero dos oficiales de estado mayor y algunos nacionales fueron hechos prisioneros al querer reunirse á sus filas.

Generalizado el combate fueron arrojados los enemigos que ocupaban el Coso y la plaza de la Constitucion por la puerta de Sta. Engracia, refugiándose los del Mercado y S. Pablo en la iglesia de este nombre, en cuyo punto se rindieron un batallon y parte de otro á un puñado de valientes.

El cuerpo de artillería se condujo, como siempre, defendiendo su cuartel: un corto número de artilleros montados de la brigada del tercer departamento persiguió y cargó á 38 hombres enemigos hasta la puerta del Portillo donde todos

fueron muertos y prisioneros: varios oficiales; algunos nacionales y patriotas persiguieron á los fugitivos por el paseo de S. Francisco, y se apoderaron de nuevo de la batería de Santa Engracia, siguiéndolos hasta mitad del camino de Torrero, desde cuyo punto los mandó retirar el coronel de artillería D. Ramon Salas, visto que iban á ser cargados por la caballería enemiga.

Recomienda á todos por su valor en este dia, pero lo hace particularmente á los capitanes de artillería D. Juan Guerra y D. José Basallo, y al sargento segundo de la misma arma Ciro Martinez, á quienes considera acredores á la cruz de segunda clase de S. Fernando.

El enemigo perdió 217 muertos en las calles, 68 heridos, 300 que retiró, y 25 gefes y oficiales y 703 soldados prisioneros. La nuestra ascendió á 11 muertos, 40 heridos y 53 prisioneros.

El comandante general de Palencia comunica que el 21 habia sido batida la faccion expedicionaria por la division del general Latre, en Calon y Bendejo, valle de Liébana: que el enemigo habia tenido muchas bajas; pero con la sensible desgracia de haber sido herido dicho general Latre.

El 20 salió el coronel Zurbano de Victoria, y habiendo encontrado un destacamento enemigo le cargó y le hizo 14 muertos y 13 prisioneros.

Dia 27. El gefe político de Toledo dice el 25 que don Basilio intentaba vadear el Tajo por la parte de Malpica, y que la caballería del general Flínter habia avanzado sobre el puente de Talavera de la Reina para impedirlo.

Dia 28. El general Flinter en 14 comunica el parte detallado de la accion que sostuvo en Valdepeñas contra la faccion de don Basilio.

Dice que, saliendo á observar los movimientos de esta, supo el 13 que se habia dirigido á Valdepeñas reunido con las facciones de Palillos, Orejita y Peñuelas, en número de 3500 infantes y 800 caballos, y en dicha villa se resolvió á atacarlos.

La columna de ataque, compuesta de una compañía de la Reina 2.º de línea, dos de tiradores y 80 hombres de la

guardia real provincial al mando de don Francisco Perurena, fué apoyada por dos compañías del batallon provisional mandada por el brigadier Minuisir, que ofreció voluntariamente sus servicios, y al teniente del 1.º ligero de caballería don Antonio de Lara, con el alferez del 3.º don Gumersindo García de Segovia, encargó sorprender la avanzada enemiga, como lo hicieron.

A las tres de la mañana empezó el ataque del pueblo: la columna de Perurena apoyada por la de Minuisir tomó la plaza á la bayoneta, á pesar de tener los enemigos dos batallones en la plaza que fueron arrollados; el resto de la infantería con la caballería se situó en columna cerrada á la izquierda del pueblo.

Al rayar el dia se descubrió toda la infantería y caballería enemiga formada en una colina á quinientos pasos del pueblo, y al toque de paso de ataque atacó el pueblo por tres veces, siendo rechazado no obstante que una logró penetrar hasta la plaza.

Las posiciones fueron tomadas y perdidas repetidas veces por el enemigo, hasta que pronunció su retirada en direccion de Infantes, despues de cinco horas de fuego.

Su pérdida ha sido mas de 100 muertos, muchos heridos, y prisioneros, 48 gefes y oficiales y 215 de tropa.

La nuestra ha sido corta si se atiende á la clase de combate: consiste en 2 oficiales y 34 de tropa muertos, 7 oficiales y 58 de tropa heridos.

Recomienda á todos los individuos de la division.

El comandante general de Burgos en 26 dice que el de la Sierra de Burgos don Ramon de las Llamosas habia alcanzado el 25 al rebelde Merino en Mecerreyes, en donde se hallaba reunido con Blanco, Marron y Vinuesa en número de 400 hombres casi todos de caballería, siendo el resultado herir y hacer prisioneros al cabecilla Marron, titulado brigadier, con 3 soldados mas y 6 muertos.

El mismo comandante general dice que la faccion expedicionaria pernoctó el 24 en Villamayor perseguida por la division Iriarte: que el mismo dia á las once de la noche habian pasado por Llanillo en direccion á Pedrosa y Vasconci-

llos, y que el general Iriarte les habia cogido todos los heridos.

El general Rivero desde Logroño el 24 dice que el 23 á las 6 de la mañana marchó sobre Viana que atacaba con vigor el enemigo con 8 batallones 3 escuadrones y 4 piezas, á los que hizo retirar dejando varios muertos, un oficial muerto y otro prisionero.

Dia 29. El comandante de armas y del batallon de milicia nacional de Gandesa desde Mequinenza da parte el 16 del último sitio que ha sufrido aquella villa.

Manifiesta que, despues de un año de rigoroso bloqueo fué sitiada el 7 de febrero por las facciones de Cabrera, Llangostera y Cabañero, en número de 4000 hombres con 5 piezas de artillería, y que se defendió por espacio de 21 dias, hasta que fué socorrida por la division de Aragon, con solos un soldado del 1.º ligero, otro del 17 de línea, un cabo y 2 artilleros del primer departamento y 437 nacionales; en todo 444 hombres y 3 piezas de artillería inútiles, con la sola pérdida de un nacional muerto, 18 heridos y 35 contusos, habiendo tirado el enemigo á la villa durante el sitio 455 granadas de 9 pulgadas y 1728 tiros de cañon, la mayor parte de 12 y 16.

El general en gefe del ejército del centro en 23 desde Valencia participa que el general Borso di Carminati con la division de su mando y la del general Amor habian el 21 libertado á la heróica villa de Lucena, sitiada por la undécima vez por Cabrera con 13 batallones, dos piezas de batir, un obus de á 7 y 4 morteretes, causándole la pérdida de 600 hombres fuera de combate.

La nuestra ha sido de 20 muertos y 200 heridos, inclusos 15 oficiales.

El conde de Luchana desde Villada dice el 26 que, habiéndose dirigido á Leon para impedir que la faccion expedicionaria penetrase en Asturias, supo que los rebeldes habian contramarchado dirigiéndose por el puerto de Sierra Albas á S. Salvador, y que habiendo forzado las marchas recibía en Villada comunicacion del general Iriarte desde Aguilar de Campóo, en que le daba parte de que los enemigos habian

cruzado por Quintanilla de las Torres dirigiéndose al parecer á la Sierra de Burgos.

El gefe político de Logroño participa el 24 el sitio que ha sufrido Viana atacada con artillería de grueso calibre.

Dice que, abierta brecha, y apagados los fuegos de un obus, única pieza que había en la plaza, intentaron el asalto por tres veces, pero fueron rechazados dejando 12 muertos, entre ellos un capitan, y un teniente herido y prisionero.

Dia 30. El general Iriarte en 25 desde Aguilar de Campóo da el parte detallado de la accion que sostuvo el 20 contra la faccion expedicionaria en Vendejo.

Dice que la faccion al mando del conde Negri en fuerza de 8 batallones 3 escuadrones y 2 piezas pernoctó el 20 en Casas-Vegas, y nuestras tropas de 8 batallones un escuadron y 4 obuses de montaña, en S. Salvador de Cantamuela.

Al amanecer emprendió aquel su movimiento por el puerto de Sierras Albas, y ya en Vendejo le dieron alcance nuestras guerrillas á las 10 de la mañana.

El enemigo tomó posicion en los bosques de Pesaguero, y cuando la cabeza de nuestra columna, compuesta de seis compañías de cazadores mandadas por el brigadier D. Andres Parra salia del desfiladero, aprovechó el enemigo el momento cargando á los cazadores y al batallon de S. Fernando proponiéndose envolver nuestra derecha: se encarnizó el combate, y hubo posicion tomada y perdida cuatro veces.

A la derecha del desfiladero se eleva una alta montaña: el enemigo conocía la importancia de ocuparla, pero de antemano el general Latre habia mandado á verificarlo á la brigada de la izquierda, compuesta del segundo batallon del rey, Pontevedra y compañías de preferencia del provincial de Granada, á las órdenes del brigadier don José Quintana, que llegó á la cumbre al mismo tiempo que el enemigo: trabóse un reñido combate hasta que una brillante carga á la bayoneta del batallon del Rey arrojó á los rebeldes de su cima, y los obligó á correr á apoyarse en el grueso de sus fuerzas, en cuyos momentos quedó herido el brigadier Quintana.

El combate continuaba en el puente de Pesaguero, pero un violento ataque del primer batallon de Almansa decidió la

retirada de la primera línea enemiga que, atacada á su vez por el 2.° de la Reina, cedió el terreno y se pronunció en retirada. En este momento fué herido el general Latre.

El enemigo ha perdido 100 muertos, 500 heridos; 5 oficiales, 3 cadetes y 44 soldados prisioneros, y 24 presentados. La nuestra ha sido de 4 oficiales y 26 soldados muertos; 22 oficiales y 207 soldados heridos.

El comandante general de Burgos el 27 dice que en dicho dia habia llegado á las 3 de la tarde á Gamonal el general Iriarte; y que la faccion rebelde pernoctó el 26 en Fresno de Rabilla y el 27 hizo movimiento sobre Sta. Cruz de Juarros, y que se han presentado 33 facciosos.

Dia 31. Por parte recibido en la Gobernacion se sabe que la villa de Ripoll ha sido rescatada por el general baron de Meer.

ABRIL.

Dia 1. El general don Manuel Breton, desde Barcelona con fecha del 19 de marzo, da parte de que el capitan general baron de Meer entró á la una del dia 16 en Ripoll, habiendo hecho el enemigo muy poca resistencia.

Dia 3. El coronel don Martin, desde Victoria el 18 del actual, da parte de haber hecho una pequeña correría por los pueblos de Durana, Alegría, Erenchun, Ijona y Eguileta, de que se apoderó sin ser sentido, habiendo hecho prisionero á un coronel y apoderádose de muchas cabezas de ganado. Se lamenta de que alguna mano diestra comunica sus movimientos al enemigo, y al mismo tiempo desmiente la especie de que en las filas contrarias escasean los artículos de boca.

Dia 4. La faccion del conde de Negri, compuesta de ocho batallones y cuatro escuadrones, invadió el 28 del pasado la villa de Ezcaray. Se disputó tres horas la entrada á los rebeles, retirándose nuestras tropas en seguida al fuerte.

La misma faccion se dirigió hácia la provincia de Soria, rnoctó el 31 en Quintanar, Ciruelas y Canciora.

Una faccion, compuesta de 2000 hombres, salió de Chel-

va y llegó el 28 del pasado á Chiva y Cheste, pueblos que abandonó inmediatamente que supo que salia de Valencia una columna en su persecucion.

Dia 5. El teniente coronel don Bernardo Fernandez, desde Segorbe y con fecha del 26, da parte de haberse verificado el cange del brigadier Solano, 36 oficiales y 311 individuos de tropa, habiendo tenido el dia antes un encuentro feliz con el enemigo camino de Jérica.

Dia 6. El comandante general de ambas Riojas, con fecha del 30, da parte al capitan general de Castilla la Vieja de la entrada de la faccion en la villa de Ezcaray. (Véase el dia 4.)

El general Buerens, desde Villarcayo con fecha del 3 del actual, da parte de que el brigadier Castañeda ha sorprendido la faccion en Alceda habiéndole hecho mucho daño.

Dia 7. El general don Fermin Iriarte entró el 4 en Atienza con 7000 infantes y 350 caballos.

El coronel don Martin, desde Victoria con fecha del 21 de marzo, da parte de que el 20 salió con una columna compuesta de infantería y de caballería con objeto de sorprender 150 hombres que estaban fortificando el pueblo de Arroyabe; mas que hallándose estos ya apercibidos tuvo que detenerse por la escabrosidad del terreno; que una partida suya de caballería destrozó completamente á otra del enemigo de 30 hombres.

Dia 8. El general en gefe conde de Luchana, desde Bribiesca con fecha del 5, da un parte satisfactorio de las ventajas conseguidas en diversos puntos por los generales Buerens, Ribero, Castañeda, O-Donnell, Alaix, y coronel Zurbano, congratulándose del buen espíritu y entusiasmo de las tropas nacionales.

El 5 salió el conde Negri de Riaza á Sepúlveda, y el 6 entró en Guadalajara la division del general don Fermin Iriarte.

Dia 9. El brigadier segundo cabo de Valencia dice con fecha del 3 que el brigadier Fernandez se habia dirigido sobre el Villar á perseguir la faccion de Vizcarro que desalojó de todas sus posiciones, habiéndola puesto en completa dispersion.

Dia 11. El general en gefe del ejército del centro don Marce-

lino Oraá, desde Lucena con fecha del 5 del corriente, dice que ha entrado en dicha inmortal ciudad el mismo dia á las nueve de la mañana, habiendo ejecutado un movimiento por medio del cual abandonó el enemigo las líneas atrincheradas de Alcora donde aguardaba.

El brigadier segundo cabo de Valencia con fecha del 7 dice que la brigada de Fernandez regresó á Liria desde el Villar, en donde habia desalojado al enemigo; que este habia pasado á Chelva y Tuejar, de donde se dirigia á Cantavieja.

El capitan general de Castilla la Nueva, con fecha del 10 dice, que se esperaba en la faccion del conde de Negri la incorporacion de Merino, y que la division Iriarte emprendió la subida del puerto de Guadarrama á las cinco de la mañana con direccion á la fonda de S. Rafael. Añade que á las ocho de la noche del 9 el conde Negri permanecia en Segovia, y que era falsa la especie de la aproximacion de otra faccion por el lado de Riaza. Que en la línea de los puertos no habia novedad. Que la faccion Basilio estaba acampada en Hontanar media legua de Navahermosa, y el general Pardiñas en Navalmoral.

Dia 12. *Gaceta extraordinaria.* El general don Ramon Pardiñas, desde Urda con fecha del 10, comunica al gobierno la total destruccion de la faccion Basilio, habiendo caido en nuestro poder su parque y todas sus municiones, ademas de un número considerable de hombres y caballos prisioneros.

El coronel don José de Coba, desde Carbas con fecha del 7, comunica haber derrotado á la faccion que habia entrado en el alto Aragon en las inmediaciones del pueblo de Angües viniendo de Barbastro.

El resultado ha sido hacerles mas de 300 prisioneros, entre ellos algunos gefes, mas de 20 oficiales, varios sargentos, y bastante número de muertos y de heridos.

Estas noticias son en extremo favorables. La guerra se nos presenta en el dia con risueño aspecto.

Dia 13. El general don Fermin Iriarte, desde el pueblo de Abades con fecha del 10, dice que al amanecer del mismo dia emprendió su marcha con direccion á Segovia en persecu-

cion del enemigo, quien salió la misma mañana de este pueblo tomando á Villacastin; mas sabedor este de su persecucion torció de camino tomándole hácia Arévalo con intenciones de dirigirse á Valladolid.

El general en gefe de los ejércitos reunidos conde de Luchana, desde Miranda de Ebro con fecha del 8, participa que el coronel don Martin Zurbano habia llegado á Logroño, procedente de Victoria por la via de Maestu, conduciendo 50 prisioneros en los diferentes pueblos por donde ha cruzado.

El cónsul general de España en Bayona avisa con fecha del 5 que á las 10 de la mañana del dia anterior se apoderaron las tropas del valiente general O-Donnell del fuerte de Vera, poniendo en retirada á los rebeldes.

Dia 14. El general O-Donnell, desde Irun con fecha del 5, da el parte de la accion á que alude el anterior, diciendo que el mismo dia á las 5 de la madrugada emprendió su marcha sobre Vera desde Irun, y que, habiendo pasado con dos batallones el Vidasoa sobre un puente de barcas, tomó las alturas que dominan á Vera: que el dia 3 rompió una batería el fuego sobre el fuerte con mucho acierto sin poder abrir brecha; mas que se efectuó ésta el 4, y que el enemigo abandonó el fuerte cuando vió nuestras tropas preparadas al asalto, habiéndose en seguida apoderado del fuerte, que fué destruido á las tres de la tarde de aquel mismo dia. Alaba mucho el general la conducta de las tropas, la de Lord John Hay, y de las autoridades francesas de la frontera tanto civiles como militares.

Dia 15. El capitan general de Castilla la Vieja, desde Valladolid con fecha del 12, participa la brillante defensa que hizo Valladolid contra la faccion Negri, no contando con mas recursos que 800 quintos que no sabian manejar el fusil; 600 soldados de Borbon, 200 de varias partidas sueltas, 500 nacionales y 150 escolares. El general alaba el comportamiento y patriotismo de todos estos individuos, y el de varios generales que se hallaban entonces en Valladolid.

En el número siguiente se circunstanciarán como lo merecen muchos de estos partes.

REVISTA MILITAR.

Periódico mensual,

REDACTADO

POR D. EVARISTO SAN MIGUEL.

N.º 2.º - mayo de 1838.

Si vis pacem para bellum.

MADRID:
IMPRENTA DE DON MIGUEL DE BURGOS,
calle de Toledo, frente á S. Isidro, donde se hallará.

ARMAS DIVERSAS DE UN EJÉRCITO.

INFANTERÍA.

No haremos á nuestros lectores el agravio de indicarles que en los ejércitos no todos combaten de un mismo modo, ni con unas mismas armas. Son las diferentes necesidades del servicio militar, las diferentes circunstancias en que las tropas pueden verse con respecto al terreno y otros accidentes de la guerra, las que han hecho dividir la fuerza armada en diversos trozos que, por el modo peculiar con que van armados y combaten, se designan con el nombre de *armas*. La mejor combinacion de todos ellos con respecto á los objetos que hemos indicado es lo que constituye en esta parte la mejor organizacion de los ejércitos. En nuestra *Revista Militar* examinaremos la naturaleza, aplicacion, organizacion y táctica de estos trozos de por sí, para pasar á la mejor combinacion de todos ellos.

A la cabeza de todas estas armas pondremos la infantería, como la primera, la mas sencilla, la mas natural, la mas comun, la mas útil, en fin, como el principio fundamental y base de un ejército.

Los hombres han sin duda combatido á pie antes de llamar al caballo, al elefante á participar de sus peligros y sus glorias. Este auxilio, este accesorio de dañar supone un progreso de medios y de industria que no conocieron los primeros hombres. Con un palo, una honda, una maza, una saeta, ya tenian bastantes medios de buscar y dañar á su contrario. La infantería debió, pues, de haber sido, como ya hemos dicho otra vez, la mas antigua de las armas.

El hombre á pie se presenta y combate por consiguiente en todas partes. El monte, el llano, el asalto, la defensa, el descubierto, el subterráneo, todo puede ser teatro de sus fatigas, sus peligros y sus glorias. Una fuerza armada compuesta solo de hombres de á pie seria digna del título de ejército; la caballería sola que no puede obrar mas que en un sentido, no debe aspirar á mas nombre que al de parte de este ejército.

La infantería no solo es la parte mas aplicable, sino tambien la mas útil de la fuerza armada. Como su movilidad se contrae á una mayor esfera de accion, son sus medios de dañar tambien mayores y mucho mas variados. La caballería ejerce su poder en ciertos críticos momentos: la infantería tiene influencia en todos los lances de la guerra. La primera se economiza con cuidado y se preserva para cuando la ocasion la llame: la segunda se emplea en todos los momentos como un recurso inagotable.

El infante, abandonado á la fuerza de su brazo y ligereza de sus pies, á la destreza con que maneja sus armas ó elude las de su contrario, necesita aquel valor y aquella confianza que halla solo recursos en sí mismo. El que va montado en un caballo tiene en la fuerza, ligereza y genio belicoso de este un auxilio de sus propios medios, y hasta un aliciente de valor y bizarría. El valor del infante debe ser mas frio, mas imperturbable que el del ginete, y su disciplina de un órden mas rigoroso y mas compacto.

Sus medios de accion ofensiva se reducen al uso del fusil, que, con el auxilio de la bayoneta, es una de las armas mas terribles. Como arrojadiza es de accion superior á la honda, al arco, á la ballesta y á cuantas armas de esta especie pueden manejar los hombres: como de una mano es de alcance inferior al de la lanza.

Conocer perfectamente el uso del fusil bajo entrambas consideraciones, he aqui la escuela primordial é indispensable. Los movimientos mas sencillos y mas rápidos en su manejo serán los preferibles. Cuando sepa el infante las partes de que se compone para limpiarle, armarle y desarmarle; cuando sepa cebar, cargar, hacer fuego, graduar la dis-

tancia del objeto para fijar la puntería, su instruccion en el particular está completa.

La educacion del soldado de infantería es muy sencilla. Los movimientos indispensables de su arma son muy pocos. Su accion de ofender es uniforme, y ofrece variaciones casi nada perceptibles.

La velocidad en todos estos movimientos es sin duda un punto digno de atencion; mas se debe cuidar mucho de que por rápidos no sean inexactos. Si por cargar y cebar á prisa se carga y ceba mal; si por aumentar el número de tiros se apunta sin tino y sin verdadera direccion, tendrá la enseñanza mas de especiosa que de sólida. Si la fusilería es por lo regular tan poco mortífera y se aprovecha solo una cantidad tan pequeña de un sin número de tiros, es por la demasiada precipitacion con que se carga, y por consiguiente de la poca detencion con que se apunta.

La puntería es pues de una atencion suma. Acostumbrar al soldado á graduar la distancia del objeto y arreglar á ella la direccion de su fusil, es uno de los puntos mas esenciales de instruccion y que se descuidan mas generalmente. Sujeto está á reglas de un cálculo demostrativo á qué distancia se debe dirigir la puntería al mismo objeto, ó mas arriba ó mas abajo, para el mejor acierto de los tiros. Si el soldado no se halla en el caso de comprender la razon de esta diferencia, le será la práctica que adquiera en el particular de un gran recurso. Insistimos tanto mas en esto, cuanto los descuidos, aunque poco perceptibles, producen resultados de grandísima importancia. Nada es mas comun y propio de tropas bisoñas que hacer fuego en las batallas sin utilidad y sin objeto, consumiendo neciamente municiones que llegan despues á ser indispensables. Este defecto es casi de todos los que manejan proyectiles, en quienes la impaciencia daña quizás mas que el descuido y la apatía. Asi la mayor parte de los combates de fusilería se reducen á solo ruido, si se atiende á sus verdaderos resultados.

El tirar al blanco será pues uno de los objetos primeros y esenciales en la enseñanza de la infantería. Toda cuanta

prolijidad se emplee en esta parte, no será jamas perdida. Si el principal uso útil que se hace del fusil es considerándole como arma arrojadiza. ¿á qué se podrá consagrar mas útilmente la atencion del instructor que á imponer al soldado en todos los medios de tirar con mas acierto?

El fusil armado con su bayoneta es arma de mano asimismo muy terrible, y solo inferior á la lanza, como ya hemos dicho. Es una falta grande que la esgrima de la bayoneta entre poco en la instruccion de la infantería, pues seria de muy grande utilidad este ejercicio, no solo en los ataques de puestos, en asaltos etc., sino en los casos en que un soldado de á pie tiene por particulares circunstancias que medirse con uno de á caballo.

El fusil con bayoneta es la única arma que el infante necesita: la espada le es enteramente inútil en la guerra, y no puede servirle mas que de embarazo; pues su accion es desigual y casi nula midiéndose con bayonetas, espadas largas de caballería ó lanzas. Asi se debe considerar mas como un signo de honor que como una arma.

En la mayor parte de los ejércitos de Europa no usan sin embargo los oficiales de infantería de otra arma que espada, es decir, que entran en las batallas enteramente inermes. Anteriormente llevaban fusiles como los soldados. En épocas mas remotas iban armados con una especie de picas, alabardas ó espontones.

¿De qué medios se vale pues un oficial de infantería embebido en una fila para ofender á sus contrarios en los ataques á la bayoneta? ¿Cómo se defiende en las cargas de caballería contra las lanzas ó las espadas largas de sus enemigos? ¿Cómo se mide cuerpo á cuerpo con los que defienden ó asaltan una brecha, cuando se usa en esta refriega de armas blancas? ¿Conseguirá estos objetos por medio de una espada, ligera, corta, y que no sirve mas que de adorno ó para un desafio? Se me dirá que es un uso generalmente establecido el que el oficial de infantería entre desarmado en las batallas. Mas no es esto dar una respuesta.

Los antiguos usaban en la guerra de armas enteramente defensivas. El casco, el escudo, la coraza, la muslera no

reclamaban menos su atencion que las flechas, los pilos y las lanzas. Era un deshonor para un guerrero perder su escudo en las acciones; no lo era volver de ellas sin lanza ó sin espada. Honraba esta diferencia su legislacion, y hacia ver el poco aprecio que les merecia el valor cuando no va acompañado de la prudencia y de la sangre fria.

En los ejércitos modernos se presenta el soldado de infantería en las batallas á pecho descubierto contra toda suerte de armas de sus adversarios. ¿Es mas valiente que el de los ejércitos antiguos? ¿Inutilizan las armas arrojadizas de hoy por la violencia de su accion toda suerte de defensa? ¿Es preferible por la molicie de su educacion la muerte á la molestia de ir abrumado con el peso de esta clase de armas? Lo primero no es cierto desde luego: lo segundo presenta una razon mas plausible: pero lo tercero se acerca mas á la verdad, é indica el motivo verdadero de su desnudez en las acciones.

Como este abuso, ó mas bien esta falta, es general, se nos puede responder lo mismo que sobre lo inerme de los oficiales. En vano diríamos que hay partes del cuerpo humano cuyo abrigo contra las armas enemigas es mas importante que el de otras: que no todas las armas son balas de cañon ó de fusil á quema ropa: que la accion de muchas se inutiliza ó disminuye por medio de algunos reparos no muy difíciles de proporcionarse: que esto mismo aumentaría la confianza del soldado en medio del peligro, y le haria soportar la molestia de llevarlos por la gran utilidad que le resulta; mas, todo esto será nulo mientras el soldado de infantería no tenga bastante robustez y no reciba una educacion militar consagrada únicamente al desarrollo de sus fuerzas.

Los antiguos debieron á estos ejercicios, á esta atencion, á este cuidado en desarrollar las facultades físicas de sus guerreros una gran parte de aquellos grandes triunfos que brillan en su historia. No contentos con enseñarles la parte técnica del arte militar, y sabiendo que la teórica es inútil cuando la robustez, la agilidad personal y demas prendas físicas no se hallan en estado de desenvolverla, consagraban

á esta parte como de razon todo su celo y atenciones. Saltar, correr, nadar, trepar alturas, llevar pesos, acostumbrarse á la sed, á todo género de privaciones, eran los diarios ejercicios con que preparaban á los hijos de la patria á combatir por su defensa y por su gloria. Como todos los ciudadanos eran militares, cuando las necesidades públicas lo requerian, era pública esta educacion, era comun, era el gran colegio, el gran liceo nacional, donde la juventud á vista de sus padres y de los magistrados se inflamaba de ardor de distinguirse por su destreza, agilidad y fuerza. Asi estos ejercicios tan útiles ofrecían ademas uno de los mas grandes y solemnes espectáculos. Asi los guerreros endurecidos en los campos de la paz extrañaban poco las fatigas y privaciones de la guerra.

Eran incalculables las ventajas militares que los pueblos de la antigüedad, sobre todo algunos griegos y los romanos, sacaban de los ejercicios gimnasticos, sin contar otras mil utilidades puramente cívicas. El número superior de sus contrarios se estrellaba en todas ocasiones contra la pericia, la robustez y la agilidad de estos hombres endurecidos en todas las fatigas de la guerra. Los persas duros y aguerridos del tiempo de Ciro conquistaron el Asia, y este vastísimo país, á pesar del sin número de combatientes, dobló la cerviz al yugo de treinta mil fuertes y veteranos macedonios. Los romanos, pueblo débil y de corta estatura, debieron á estos mismos ejercicios sus triunfos numerosos. Sus soldados llevaban sus armas, su equipo, sus útiles de campamento, sus víveres y á veces hasta trigo para quince dias. Los admirables caminos por donde transitaban eran obra de sus manos, y tambien lo eran esos puentes, esos acueductos, esos anfiteatros cuyos restos son todavía la admiracion de la moderna Europa. Los germanos, los galos, los cimbros, se asombraban al verse vencidos por hombres de su cuerpo y talla; mas estos hombres habian recibido una instruccion tal cual sus expediciones militares exigían, y sus instituciones políticas, aun mas admirables los hacian superiores á todos los obstáculos y considerar la victoria como la primera de sus necesidades.

El lector nos disimulará esta corta digresion en obsequio

de la importancia del objeto. En otros artículos sobre la infantería que daremos en los números succesivos, entraremos en algunas consideraciones sobre su táctica, y otros mas pormenores relativos á una arma tan interesante.

CASTIGOS Y PREMIOS MILITARES.

CRUZ DE SAN FERNANDO.

El temor y la esperanza son los principales resortes de la mayor parte de las acciones de los hombres. Los premios y los castigos deben ser en manos de un hábil legislador una de las grandes ruedas de la máquina social que la patria le confía.

El miedo del castigo es pasion mas general que la esperanza de la recompensa. Si hay hombres á quienes el deseo de adquirir no mueve, dificilmente se hallará uno solo en cuyas acciones el miedo de perder no influya algunas veces.

El miedo, ademas de ser pasion mas general, ofrece al legislador la gran ventaja de que su excitacion no es gravosa al estado como la de la pasion opuesta. El que no incurrió en la pena impuesta por la ley, nada pide á su nacion; el que mereció la recompensa que estaba asignada á alguna hazaña, hace que la patria enagene alguna cosa en obsequio del premiado. Por eso en todas las naciones hay códigos de penas y poquísimos de recompensas.

Los castigos impuestos á la infraccion de toda ley participan de la índole de los gobiernos y los pueblos. Bárbaros en las naciones feroces; suaves y benignos en las que viven bajo un régimen mas dulce; por todas partes llevan el carácter de la humillacion y del padecimiento. Si en los primeros la pena ó dolor físico es mas grande, el sentimiento interior y el mayor ajamiento del amor propio suple con

usura esta falta en los segundos. Para un hombre delicado, es mas una simple reprension que para otro el castigo mas severo; y (como dice Montesquieu), lo que causa el tormento y la desperacion de un europeo, no quita una hora de sosiego á un turco.

Se ha observado en muchos pueblos, y se ve actualmente en los modernos, que las penas y castigos impuestos á los individuos de la fuerza armada son mas duros que los que rigen con respecto á los otros ciudadanos. Sea que un ejército forme una corporacion despótica por su naturaleza, sea que la dificultad de sujetar tantos hombres á una sola voz se venza solo con los temores que inspira la idea de la desobediencia, sea que una profesion tan opuesta en cierto modo al órden natural no se pueda sostener mas que con medios extraordinarios y violentos, el militar de todas las naciones se halla expuesto á castigos que no son comunes á las demas clases del estado. Así en las mas libres se han visto castigos que parecen desdecir de sus instituciones. El soldado romano se dejaba castigar con la vara de sarmiento: el inglés presenta su espalda desnuda á los azotes; mas esta que parece una degradacion, y que en efecto lo es, no perjudicaba al espíritu de heroismo que distinguía á los primeros, ni quita nada del carácter de valor y sangre fría que caracteriza tanto á los segundos.

En la mayor parte de las naciones de Europa hay un código criminal separado para la clase militar como se ha insinuado. Todos los delitos son castigados con penas mas severas que los de la misma especie cometidos por las otras clases. La ley del parlamento inglés que concede todos los años á la corona la facultad de conservar sobre las armas una parte de la fuerza nacional, excluye á sus individuos del derecho de ser juzgados por sus pares y los somete á tribunales militares ó marciales. Mas estos jueces, que solo entienden en delitos puramente militares, dejan á los tribunales civiles el castigo de los que son comunes á todas las clases del estado. El robo, el homicidio, la falsificacion, etc., son delitos de todos los hombres: la cobardía la insubordinacion, la indisciplina, la desercion lo son puramente milita-

res. Cualquiera que sea el rigor con que estos se repriman es sobremanera injusto, segun la legislacion inglesa, sujetar los primeros á penas mas severas que las comunes, y someterlos á otros tribunales que los que deciden de la suerte del resto de los ciudadanos. El artículo cuarto de nuestra constitucion está apoyado en esta máxima.

Cuanto mas elevado esté el espíritu de los defensores del estado, tanto menos son necesarios los castigos. El temor de la ignominia es un estímulo bastante poderoso en los que estan animados del sentimiento del honor; y cuando este resorte está bien manejado, ahorra el legislador de valerse de otros medios que ofendan el carácter de las instituciones liberales. Mas no por esto dejará de verse en la necesidad de emplear medidas durísimas en ocasiones. Los desórdenes que un ejército necesariamente trae consigo son muy grandes y á veces casi inevitables: la tendencia á la opresion, tan natural en los que tienen las armas en la mano, obliga á estrechar de un modo duro los lazos de la subordinacion y disciplina; y como las consecuencias de toda infraccion son de tanta trascendencia, preciso es evitarlas, por terribles que parezcan las medidas que las leyes ó los gefes tomen.

Esta economía que debe el legislador tener en los castigos, no es menos necesaria cuando se trata de las recompensas. Si la distribucion justa y oportuna de estos rasgos de agradecimiento nacional es un estímulo tan poderoso de acciones distinguidas, la prodigalidad y por consecuencia la imprudencia con que se confieren los hace mucho menos estimables. Si la ley los asigna á ciertas acciones, deben ser estas marcadas del modo que dé menos campo á las interpretaciones arbitrarias: deben recaer sobre individuos, no sobre clases: sobre una cosa fija y distinguida; no sobre hechos que puedan ser objeto de interminables interpretaciones.

Los romanos concedian una corona al ciudano que salvaba la vida á otro en la batalla. El que subia primero á los muros de una plaza se hacia acreedor á otra especie de corona; el que se veía primero á bordo de un vajel enemigo recibía tambien la reservada á esta clase de servicio.

Acciones tan marcadas no podian jamas obscurecerse: el que habia merecido verdaderamente estas coronas debia temer poco que otro se las disputase. No podia influir el capricho en injusticias de está clase, y por mas que un general quisiese complacer á un favorito, no podia proporcionarle la corona mural si no habia plantado las águilas en las murallas enemigas, ni la cívica si no habia salvado los dias de alguno de sus conciudadanos.

Cuando se conceden condecoraciones á todos los individuos de un ejército, á todos los que se hallaron en una batalla, etc., se puede incurrir en un grande error y cometer muy sérias imprudencias. No es en efecto muy factible que sean igualmente acreedores á la gratitud nacional todos los individuos de un ejército; que hayan contribuido igualmente al éxito de una accion todos los que se hallaron en las filas victoriosas; que entre tantos valientes haya dejado de haber tímidos; que los que estuvieron en cuerpos de reserva se hayan expuesto tanto como los que se batieron á la bayoneta. Puede haber acciones tan generales, tan distinguidas y brillantes donde todo esto se realice con muy pocas excepciones. Mas no es esto lo comun, y nuestra observacion subsiste. Cuando las recompensas, las decoraciones se prodigan, el espíritu de las instituciones se adultera, y el fin que se propuso el legislador no se consigue.

El ejército español tiene una condecoracion asignada expresamente como recompensa de mérito personal contraido por acciones distinguidas en campaña. Las condiciones prescritas por el reglamento para alcanzar la cruz de S. Fernando, pues ya vé el lector que á ella me contraigo, se refieren en efecto á grandes rasgos de valor, de gran capacidad y sangre fria en las batallas. Ateniéndose al tenor de las palabras, y sobre todo al espíritu que respira dicha ley, bastaría ver la cruz de S. Fernando en cualquiera militar para marcarle por hombre que á lo menos habia hecho una accion de grande arrojo, de grande valentía, de un mérito brillante á todas luces.

Tal era al menos el significado de esta cruz en los primeros años de su institucion; y á pesar de que en los dos úl-

timos de la guerra de la independencia hubo acciones distinguidas en que se derramó mucha sangre, en que se vieron brillantes actos de valor, eran raros los oficiales á quienes esta insignia decoraba en el año de 1814: se reputaba su adquisicion como un gran título de gloria, y era muchas veces preferida á un ascenso. Con el tiempo decayó el espíritu de la institucion, y la cruz de S. Fernando dejó de representar lo mismo que en los tiempos primitivos. Es cien veces hoy mayor el número de los condecorados que en aquella época, y la cruz, sin haber variado de nombre, no es la misma.

En nuestro concepto una de las causas que han influido en esta alteracion es lo vagamente redactado el decreto á que aludimos. Por mas esmero que han tenido los legisladores en precisar los términos, en pasar revista á todas las acciones distinguidas que ocurren en la guerra, no podian evitar que se interpretase con arbitrariedad el sentido de los que allí se emplean. Todos son en efecto susceptibles de varias acepciones segun los diccionarios que se usan. ¿Quién puede contar el número de los enemigos ni su calidad? ¿Quién calcular exactamente las pérdidas que ha tenido en una accion, pesar las consecuencias de estas pérdidas, poner bajo su aspecto verdadero la importancia de una accion, ser juez imparcial de la diferencia que puede haber entre tropas y tropas, pues no todas pueden ser igualmente difíciles de destrozar? ¿Quién, finalmente, es capaz de trazar la línea divisoria entre el valor comun y el extraordinario, entre lo que prescribe exactamente el deber y lo que produce el arrojo de un momento?

Los términos en que está concebido el reglamento pudieron dar fácil entrada al capricho y al favor; pudieron al abrigo de estos interpretarse como condiciones para obtener la cruz las que no lo eran en efecto. Pasada una vez esta barrera se la arrolló ciento; la mas pequeña brecha en estos casos se ensancha poco á poco de un modo prodigioso. Lo que ayer se obtuvo como un rasgo de favor y de privanza, hoy se reclama como un ejemplar, y tal vez mañana será hasta injusticia negar lo que la ley prohibe en términos expresos, porque los hechos y los antecedentes hablan un lenguaje irresis-

tible. Tal es el curso ordinario de las cosas. Asi los distintivos de un gran mérito se convierten en una cosa indefinida que no presenta ninguna idea luminosa. Asi hemos venido poco á poco á un tiempo en que llevar la cruz de san Fernando no arguye un gran mérito, y el carecer de ella puede abrir un campo de censura.

Que la institucion de la cruz de san Fernando necesita de reforma es una cosa visible para todo el mundo. Es imposible conservar el prestigio á lo que se aparta tanto del espíritu de su instituto. ¿Y qué valen sin prestigio todas estas condecoraciones? Desde el momento en que la cruz de san Fernando no sea bastante ella sola para juzgar del gran valor del que la lleva; mientras que aun viendo esta cruz haya que preguntar sobre el mérito del portador, se falsea sin remedio una ley que tuvo por objeto crear un distintivo real y verdadero, una moneda sin mezcla de nada que pueda adulterarla. Los juicios de contradiccion ya son alguna cosa, aunque tambien dejan campo al favor, á la intriga y hasta á la envidia. Mas lo principal es fijar las condiciones de un modo claro y positivo; precisar todos estos actos de modo que salga premiado el verdadero autor sin miedo de que ninguno le suplante. Sobre todo la responsabilidad moral del general que propone, del gobierno que aprueba y que confiere, es uno de los grandes frenos contra este género de abusos.

Cuanto mas económicas sean las recompensas públicas, tanto menos son gravosas para la nacion, y tantas mas virtudes suponen en quienes las reciben. El militar que se contenta con un simple honor al volver victorioso de una accion, tiene mas elevados sentimientos que aquel que necesita de recompensas pecuniarias. A los que legislan, á los que gobiernan pertenece fomentar y dar todo el posible realce al desprendimiento generoso que pone á una nacion en estado de ser justa sin empobrecerse. Mas cuando se habla de la conveniencia de economizar y hacer poco dispendiosas las recompensas del estado, no es querer que se reduzcan siempre á premios honoríficos. Pueden ser tales los servicios, y tales las circunstancias del militar que los hace y del estado que los remunera, que exijan desembolsos del erario público. Si el

estádo es rico, ¿qué inconveniente hay en que se socorra el mérito indigente con recompensas pecuniarias? Si se decreta algun monumento en obsequio de un distinguido ciudadano, ¿por qué no ha de ser en proporcion á la opulencia del tesoro? Nada hay mas patriótico y digno de una gran nacion, que estos rasgos oportunos de generosidad y esplendidez. Mas la nuestra no se halla por ahora en este caso. Con simples honores tendrá por algun tiempo que recompensar á los que la defienden. Feliz ella si se distribuyen estos honores con prudencia y oportunidad, si premian verdaderamente la virtud, si ofrecen un estímulo á la noble ambicion, en vez de abrir un campo de disgustos, de discordias, de resentimientos justos, y tal vez de intrigas de mas grave consecuencia.

Solo nos resta que ofrecer una observacion de importancia en el asunto, y es que la naturaleza de los premios sea proporcionada á la naturaleza de la accion que los promueve. Si la recompensa es pecuniaria ó una pura distincion de honor, puede recaer justamente sobre toda clase de servicios: si este premio es un cargo, un empleo, un ascenso en la carrera militar, será tal vez inadecuado é inoportuno.

Es preciso distinguir en todo servicio señalado lo que es efecto de una superior capacidad de lo que se debe á la mera valentía. Ofrecer mayores puestos como recompensa de la primera clase de servicios, es justo y arreglado á la naturaleza de las cosas; mas no milita siempre igual razon en la segunda. Un militar arrojado que asalta el primero una brecha y tremola sobre el muro que se escala la bandera nacional, puede carecer de luces suficientes para desempeñar con acierto empleos superiores á los que actualmente ejerce. Por no haber sabido apreciar debidamente estas dos clases de mérito, se han cometido grandes imprudencias, y muchas veces un benemérito y bizarro oficial, á quien se quiso premiar con lo que no debia ser su recompensa, se ha visto muy lejos de la altura de su nuevo mando. La capacidad y los talentos se suplen rara vez, como ya hemos dicho, con la valentía personal. Estas dos cualidades exigen, pues, recompensas de género distinto, y si hay algunas que convengan á las dos, debe haber otros que no pueden aplicarse exclusivamente á la primera.

Muy poco ó casi nada diremos sobre la práctica establecida en España de conferir como premio lo que llaman grados. Ya se ha tratado en otra ocasion de abolir un método de que se ha abusado tanto en todas ocasiones. No tocaremos esta cuerda delicada; mas ya es tiempo de que se trate sériamente ó de abolir estos grados, ó de reglamentar el sistema de manera que, sin perjuicio de tercero, sean positivos premios.

DE LA GUERRA ACTUAL.

PRIMERA ÉPOCA.

Será tan célebre en los anales españoles como influyente ahora en los destinos de la patria esta guerra civil y feroz que tanto nos molesta hoy dia. En lo que va del siglo, y aun nos falta mucho para llegar á la mitad, ha sido teatro nuestro suelo de tres guerras nacionales. Pocos pueblos ó ninguno pueden decir otro tanto, sobre todo en estos tiempos. Es destino de España hacer tal vez el principal papel en la historia del siglo XIX, y de comprar este, si llamarse puede honor, con tanta sangre, calamidad y desventura.

Fué la primera guerra una lucha encarnizada entre una nacion y un hombre grande, extraordinario, príncipe el mas poderoso de la edad moderna, uno de los mas grandes capitanes que se conocen en todas las historias. Tenia la nacion muy pocos elementos de defensa, como no los sacase de su corazon esforzado y generoso. Asistian al grande hombre cuantos necesitaba para esclavizarla. Inmensos estados, nombre famoso, gloria de conquistador, naciones postradas á sus pies, capitanes acostumbrados á ceder á su voz omnipotente, legiones invencibles. Y todo esto se estrelló contra la firme voluntad de toda una nacion obstinada en ser independiente.

El cuadro de esta guerra es grande, sublime y majestuoso. El de las dos guerras succesivas es mas triste; pero no

abre menos campo de atencion al observador que medita sobre las pasiones y caprichos de los hombres.

La primera de estas últimas ofrece el singular espectáculo de una parte de la nacion combatiendo con otra por meros principios de gobierno, por ideas de política, que tal vez no estaban al alcance de los combatientes. Tambien habia intereses materiales empeñados en la lucha; mas no estaban escritos en ninguna de las dos banderas. Aclamaban unos á un rey absoluto, fuente de la ley, orígen de la autoridad, señor de todo. Tambien aclamaba el otro partido al mismo rey; mas le quería con poderes limitados, sujeto á leyes, y precisado á recibirlas de la misma nacion por medio de sus representantes. Invocaban unos la civilizacion del siglo, los principios de una libertad templada, los derechos imprescriptibles de los hombres: era el desagravio del altar y el trono, los peligros de la religion lo que armaba de un puñal el brazo de los otros. Cien mil extranjeros terminaron esta lucha del modo que es bien público y sabido. Lo que no pudieron los ejércitos invencibles de Napoleon contra España unida fué muy fácil á los soldados de Luis XVIII en un estado de guerra civil y de discordias.

La tercera guerra ofrece la misma lucha de principios y de ideas que la última; mas al fin estas ideas, estos principios, están representados por dos personas diferentes. Antes era Fernando VII el rey que obedecian los constitucionales, que aclamaban los absolutistas. Hoy es Isabel II la que va en la bandera de los primeros: es Cárlos el del pendon de los segundos. Asi los principios van mezclados con intereses que se pueden proclamar en voz mas alta. Para unos es lucha meramente de ideas políticas, de sistemas de gobierno. Tal vez á los ojos de otros no es mas que una succesion al trono disputada, sobre la que cada partido alega diversos argumentos.

Los que consideran la cuestion bajo este aspecto, son los menos; y casi se pierden en el inmenso número de los que la subordinan á principios mas altos de política. Muy pocos se han parado á examinar hasta qué punto puede sernos ó no sernos obligatoria la ley sálica: muy pocos han consultado cuantos documentos establecen ó invalidan los derechos de

una succesion al trono. Casi ninguna por mera adhesion, por amor personal á cada uno de los dos príncipes rivales, se ha alistado en alguna de las dos banderas. Que la subida de Isabel II al trono excitó en un partido poderoso las mismas desconfianzas, la misma antipatía que la publicacion de la constitucion en el año de ochocientos doce, y su restablecimiento en mil ochocientos veinte, es bien visible por el pronunciamiento de la faccion carlista inmediatamente despues de dicho acto. Era demasiado sagaz este partido para no saber con qué condiciones iba á reinar la hija de Fernando VII. Poco le importaba el cómo, mas estaba cierto de que iba á perder su influencia omnipotente.

La guerra civil estalló en Navarra y las provincias Vascongadas. ¿Fué cuestion de fueros? Se ha agitado este punto varias veces; mas se puede resolver en sentido negativo. Donde existe una causa conocida, natural, que se ha puesto en juego por dos veces, no hay que buscar otras, por plausibles que parezcan. No hay duda en que del apego de aquellos habitantes á sus fueros se ha podido sacar, y se habrá sacado en efecto gran partido, que habrá servido este espíritu provincial para dar mas raices á la guerra. Mas su resorte principal fué el mismo que provocó sordamente la reaccion de 1814, y que levantó el pendon en favor de otra igual en 1821.

Mas no hemos tocado todavía la parte militar, principal objeto de nuestras investigaciones. No es nuestro objeto trazar la historia de la guerra, ni mucho menos seguir paso á paso sus campañas diferentes. No ès obra que se pueda escribir bien por ahora, sin exponerse á gravísimos inconvenientes. Bastan á nuestro propósito simples bosquejos, observaciones generales, seguir las diversas fases que pudo haber ofrecido esta lucha en sus diversas épocas.

Los que levantaron el estandarte de la rebelion eran simples paisanos, reunidos tumultuariamente bajo gefes atrevidos y fanáticos que se supieron aprovechar de aquella primera efervescencia. El pronunciamiento en Bilbao, en Vitoria y otros pueblos se concibe facilmente. Era una muchedumbre fanática y desenfrenada, que daba la ley á toda una poblacion que profesaba tal vez diversos sentimientos.

Fué fácil á las tropas leales, que acudieron en seguida con el objeto de sofocar la insurreccion, libertar los dos pueblos susodichos de sus garras; no fué difícil hacerles que evacuasen á Castilla donde no contaban con ningun arraigo. En cuanto á la destruccion de los mismos facciosos concentrados en las provincias Vascongadas, era la empresa mucho mas séria y complicada. Apoyados en las asperezas del país, y tambien en un gran número de sus habitantes para quienes era la guerra como provincial, pudieron estos enemigos eludir las persecuciones, á que se consagraron inmediatamente nuestras tropas.

Lo principal era no permitirles que se organizasen; hacer todo lo posible para que no se convirtiesen en soldados; no enseñarles por ningun pretexto el arte de la guerra. Mas para esto era preciso ocupar materialmente todo el buen país, encerrarlos en sus asperezas, cortarles todas las comunicaciones, privarles de recibir toda especie de recursos; destruir por medio de fuertes columnas los paises que les pudieran ya servir de asilo: acabarlos en fin por consuncion, sitiárlos por hambre en todo el rigor de la palabra.

Asi lo vió un general, militar muy distinguido que dirigió al principio aquella guerra. Pidió para concluirla ochenta mil soldados, y esta demanda, que tan exorbitante y hasta insensata pudo parecer á algunos, indicaba la capacidad de un hombre que conocía la guerra en el sentido moral como en el físico. Mas aunque la peticion hubiese sido tenida por prudente, no habia ochenta mil hombres que enviar á las provincias Vascongadas.

No culpamos al gobierno de entonces ni á los succesivos de no haber enviado al teatro de la guerra las tropas y recursos de que carecían. Mas no hay duda de que ó por falta de prevision y cálculo, ó por no alarmar el espíritu público, por no dar á entender que el trono de Isabel Segunda contaba adversarios de mucha consideracion, no se quiso dar á esta guerra toda la importancia que tanto merecía. Se afectó al contrario despreciar estos enemigos del trono de Isabel Segunda, designarlos con apodos que los ponian en ridículo, como si ellos no los pudiesen pagar con la recíproca. La guerra siguió su curso acostumbrado. No

pudiendo ocupar todo el país, les dejábamos necesariamente una parte para organizarse, vestirse, armarse, rehacerse de sus pérdidas. La proximidad á Francia debió serles de un gran recurso, y no porque el gabinite frances protegiese ó no la insurreccion, sino porque no está en manos de gobierno alguno impedir que sus departamentos de la frontera de España introduzcan en ella sus efectos.

Reducida la guerra á persecucion, ya está visto el efecto que debia esperarse. Sobre este objeto se ha escrito ya tanto en los periódicos y otras producciones, que es imposible decir nada con que el lector no se halle casi familiarizado. Para perseguir con fruto, es preciso que el perseguidor sea mas ligero de pies que el perseguido, que conozca mejor el terreno; que el perseguido no tenga mas que un punto de refugio; que no pueda nunca dividirse ni mucho menos dispersarse; que no encuentre ninguna proteccion en el país; que ningunos vínculos de amistad ó parentesto le liguen con sus habitantes. Todo esto militaba precisamente á favor de nuestros enemigos, y por la inversa en contra de nosotros: verdad ya de todos tan sabida, que no necesita de ninguna prueba.

Por otra parte existian en Navarra y provincias Vascongadas recuerdos muy recientes de guerras parecidas; existian tradiciones que halagaban mucho al carácter independiente de aquellos habitantes; existian una gran porcion de veteranos acostumbrados á los trabajos de la guerra, que conocian perfectamente la que á paises tan montuosos convenia. Descollaba entre estos últimos un hombre activo, emprendedor, sagaz, ambicioso, de carácter firme y duro, que supo adquirir sobre aquellos habitantes todo el ascendiente que necesitaba en aquellas circunstancias un caudillo. Gefe de las tropas, regulador de las juntas provinciales: árbitro de sus movimientos, dueño de los fondos, dictador en materia de premics y castigos, debia de ser un hombre muy temible para nuestros generales que intentaban terminar aquella guerra. Y tal se presentó en efecto. Las tropas de la insurreccion se organizaron, tuvieron armas y hasta fábricas donde las elaboraban; tuvieron gefes para mandarlas segun ocurria el ca-

so, y sobre todo una gran confianza en sí mismos, en el terreno que pisaban, en el apoyo de sus habitantes. Asi la guerra se hizo militar en todo el rigor de la expresion y se comenzó á oir hablar de campañas, de sitios, de combates.

Nuestro ejército no podia menos de cumplir con su deber; era el de sofocar la insurreccion, de destruir los enemigos de la pátria. No pudiendo contar con el primer recurso indicado antes de ocupar materialmente todo el pais, de circunscribirlos, de encerrarlos en sus montes, necesariamente debieron apelar al de las persecuciones y batallas. Así se emprendieron las primeras y se dieron las segundas con el fruto que todo el mundo sabe. La parte militar ofreció sin duda grandes rasgos de valor, acciones distinguidas. Escuela de soldados y oficiales, fué la guerra de Navarra un teatro al mismo tiempo de reputacion y gloria para muchos. Las acciones se multiplicaron, la sangre corrió á mares; ascensos y condecoraciones recompensaron el valor y bizarría; mas la guerra no avanzaba, las victorias no producian fruto alguno: despues de tomar un puesto inútil á costa de inmensos sacrificios, había que abandonarle, y tener la mortificacion de ser atacados en la retirada; porque este es el resultado de toda persecucion, de todo ataque de puesto cuya ocupacion no ha sido el principal objeto de la acometida. Se marcha al enemigo, se le bate, se le arrolla, se le desaloja á duras penas de su posicion. ¿Y qué se toma? Peñas desnudas, un sitio estéril de donde el vencedor tiene que retroceder hácia sus alojamientos. ¿Se pone en movimiento? El enemigo arrollado hasta entonces, se convierte en atacador y pica por la retaguardia; y si la noche está cerca, si el primero no puede prescindir de tener que andar tanto ó cuanto antes de volver á sus cuarteles, llega á ellos oyendo los tiros enemigos. Asi cada partido canta victoria; el uno por la primera parte de la funcion; el otro por la última.

Nadie me negará que es esta sobre poco mas ó menos la historia de nuestras operaciones en Navarra. Al valor de nuestras tropas, á sus servicios distinguidos, considerada la parte puramente militar, todo el mundo ha hecho justicia. Que se cometieron faltas por los principales caudillos que los diri-

gian, tampoco está sujeto á duda; mas en estas faltas influyeron sin duda las del mismo gobierno, que, ó no daba á la guerra toda la importancia material y política de que era digna, ó acaso no la comprendia; á muchas órdenes intempestivas, inoportunas ó imprudentes que emanaban de su gabinete; sobre todo á las exigencias impacientes del público, manifestadas en la mayor parte de las producciones periodísticas y toda suerte de conversaciones. Es de mucho peso esta última consideracion para los hombres imparciales que juzgan sin espíritu de partido, que saben lo que influyen en nuestro corazon censuras de esta clase, y lo amargo que debe ser para un hombre cuando, en medio de fatigas, rodeado de peligros, haciendo todo género de sacrificios, se vé despedazado por quienes en la calma del reposo, y en el goce de cuantos placeres y comodidades ofrece la vida de la sociedad, se meten á juzgar lo que no entienden.

Ni este público, ni el gobierno, ni algunos de nuestros generales que se hallaban al frente de la guerra estaban bastante penetrados de los recursos que las circunstancias ofrecian á un gefe de actividad y robustez, práctico del país, conócido y respetado de sus habitantes, enterado de sus usos y costumbres, que contaba con todos los recursos de la poblacion, que estaba surtido de espías y cuantas noticias y recursos le eran necesarios; que se veía apoyado en la aspereza del país, dueño de sus operaciones, sin plan fijo á que le fuese necesario sujetarse; sobre todo sin grandes trenes ni material que le fuese embarazoso. ¿Quién ignora todas las ventajas que de esta situacion saca un caudillo inteligente? Colocado en los paises que sirven de comunicacion á dos cuerpos ó divisiones diferentes, aprovechándose de la confluencia de los caminos, del paso de los rios, de los bosques y desfiladeros que él conoce, le es fácil dar golpes seguros sin exponerse á grandes descalabros. Por sus espías está enterado á tiempo de los movimientos de los enemigos. Si tienen que atravesar algun paraje peligroso, si algun convoy, si algun refuerzo deben reunirse al cuerpo del ejército, aprovecha el tiempo, se pone en acecho, sorprende á los que no percibieron su proximidad, intercepta víveres y correspondencia, ha-

ce prisioneros á los que estaban rezagados, y origina pérdidas que si no son numerosas pueden tener grande influencia física y moral en el ejército que las padece. El gefe de tropas semejantes tiene siempre la ventaja inapreciable de no verse obligado á dar acciones, y de presentarlas cuando están las probabilidades de su parte. Si le favorece el número y se le presenta la ocasion, ataca; si no se ve con fuerzas, se retira al abrigo del terreno que conoce á palmos. Dedicado á sorprender, se aprovecha de las imprudencias en que caen los ejércitos mejor organizados, y de las faltas que se ve precisado á cometer un general cuando tiene á toda costa que conservar sus comunicaciones y proporcionarse subsistencias. La mayor parte de estas cosas ya estan dichas, y por nosotros mismos; mas es nuestra opinion que no se pueden repetir bastante.

Por no haberse querido tener presentes estas consideraciones se han sufrido varios descalabros en la época á que aludimos. Y no hay que asignar otras causas á las derrotas de Alegría, de Alsasúa, y otras por el mismo género debidas á sorpresas. Militares de profesion, unidos con tantos lazos al ejército, siempre propensos á vindicarle, á realzar sus virtudes y sus méritos, no podemos menos de manifestar que una gran parte de las desgracias que hemos sufrido en esta guerra se han debido al descuido, á la negligencia, al total olvido de que el dejarse sorprender es una de las faltas mayores que se cometen en la guerra. Ha sido un grave mal para la causa de las armas nacionales el que estas faltas no se hayan castigado desde un principio con todo el rigor que merecian. Seguramente no se hubiesen repetido con el tiempo, y muchas veces de un modo escandaloso.

Esta primera época de la guerra actual á que aludimos comprende todo el tiempo en que estuvo reconcentrada en Navarra y provincias Vascongadas; en que nuestras tropas fueron, á pesar de las pérdidas arriba dichas, perseguidoras, y tomaron constantemente la ofensiva. Las enemigas se organizaban y robustecian en medio de estas correrías. A la mayor ligereza de pies y conocimiento del terreno iban reuniendo sus individuos las cualidades de soldados aguerridos. La fac-

cion, tumultuaria en su nacimiento, se convirtió poco á poco en una especie de ejército compuesto de infantería y de caballería, surtido de cañones, provisto de armas, de municiones, de fábricas de fundicion, &c. &c. En sus filas comenzaron á entrar oficiales de mérito de todas clases capaces de dar impulso y direccion á sus diversas armas.

En la segunda época se cambió el semblante de las cosas. Los perseguidos se convirtieron en perseguidores, y nuestras tropas se mantuvieron á la defensiva por causas naturales que indicaremos en el número siguiente.

GANDESA.

Pensábamos dar en este número una idea algo circunstanciada de los diversos sitios sostenidos por este pueblo ya célebre en los anales españoles; mas, no habiendo llegado á nuestras manos los documentos que para el efecto hemos pedido, nos contentaremos con dar un público tributo debido á sus virtudes, á su patriotismo, al valor heróico desplegado en tantas ocasiones, y sobre todo á la desgraciada suerte que hoy cabe á su ilustre vecindario.

El nombre de Gandesa es ya grande por todo lo que excita la admiracion y mueve nuestra simpatía. Por medios muy simples se hizo lugar en las páginas que son ya de nuestra historia: sin otros recursos que los de su esforzado corazon se ha elevado á tanta altura. Fué valiente; todos pueden serlo: se consagró sin límites al servicio de la causa nacional y del trono de Isabel II; juró que no doblaría su cerviz á los enemigos de este trono y de nuestras libertades. ¿Son estos sentimientos tan extraordinarios que no puedan caber en el corazon de cualquier hombre? ¿Por qué no son mas comunes? ¿Por qué cuando hay tantos españoles vitalmente interesados en el triunfo de la causa nacional, no reciben en todas par-

tes los satélites de la Inquisicion las mismas repulsas que en Gandesa?

No estaba este pueblo de tan corto vecindario destinado á hacer el papel que le ha dado un nombre tan brillante. No estaba calculada su situacion tópica para hacerla objeto de sitios tan frecuentes, de un encono tan encarnizado. Colocada en un llano, en país poco fértil, ni es un punto militar ni podia ser un objeto de codicia. Solo el conquistar sus ánimos, el hacer doblar el cuello al yugo de Cárlos, solo el vengarse de tantos desaires y desprecios recibidos podian haber causado el empeño tenaz de plantar la bandera antinacional sobre sus muros.

Siete son los sitios que sostuvo, aunque no podemos asegurar este número de un modo positivo. Careciendo de los datos que hemos ya pedido, nos vemos en la imposibilidad de entrar en pormenores sobre estas contiendas, que necesitaban de un teatro vasto para ser mas célebres. En todos ellos fué Cabrera el gefe de la expedicion, y para los que saben la actividad, la ferocidad que le distinguen, se puede conjeturar con qué empeño, con qué ardor y obstinacion habrá tratado de coronar con la victoria una empresa que le iba á dar tan grande nombradía.

En Gandesa estaban refugiados muchos habitantes de otros pueblos inmediatos que habian sido presa de la rapacidad de los facciosos y muchos de ellos entregados á las llamas. Todos formaron un cuerpo unido y compacto, consagrado á la defensa de aquellas débiles murallas, levantadas apresuradamente, incapaces de resistir al esfuerzo de la artillería. Grandes, pequeños, milicianos, hombres pacíficos, todos dejaron su taller y se dedicaron á la defensa de los hogares mútuos. Todos supieron trabajar en la eleccion de aquellas tapias, manejar un arma de fuego, salir al campo cuando se ofrecía la ocasion á denostar á sus feroces enemigos. Con indiferencia estóica vieron devastados los campos que cultivaban y que eran todo su recurso. Las mujeres patrullaban, cubrian los puestos cuando era menester, y eran las primeras en correr á los peligros. ¿Quién sabe de qué es capaz un pueblo entusiasmado encendido por un fuerte senti-

miento? Las historias estan llenas de mil sublimes ejemplos de esta clase.

Pocos generales de los que han mandado en Aragon han dejado de tener la gran satisfaccion de levantar alguno de estos sitios. El que escribe estos renglones tambien corrió una vez al socorro del pueblo de Gandesa. En aquel recinto tan pequeño, en aquel vecindario se le ofreció uno de los espectáculos mas grandes que pueden halagar á un hombre de elevados sentimientos. ¡Una poblacion en masa pronunciando en los arrebatos de la alegría y del entusiasmo unas mismas cosas y unos mismos nombres! ¡Todos aclamando la constitucion y las dos reinas! ¡Todos manifestando su ardiente decision de perecer mil veces por cosas y nombres tan preciosos! ¡Aquella confusion de edades, de trajes y de sexos! ¡aquel presentarse de todos los individuos sin distincion á tomar parte en la pública alegría! ¡aquel formar de tantas gentes una gran familia, porque no era mas que una familia el pueblo entero de Gandesa!

Desde aquel dia sufrió este pueblo mas fuertes reveses y se vió en mas crueles estrechuras. Cuanto mas continuaban la obstinacion y encarnizamiento de los enemigos, tanto mas disminuían sus recursos. Llegó á sufrir todo género de apuros, la falta de las cosas mas precisas, y hasta el hambre. El ejército no podía desprenderse á todos los momentos de una fuerza protectora que los librase de tan cruel conflicto: el de Cataluña tampoco se hallaba, al parecer, en estado de prestarle este servicio. Los socorros precarios que de tiempo en tiempo se le daban, quedaban sin efecto dentro de muy pocos dias. En medio de tanto denuedo y patriotismo, Gandesa hubiese perecido sin remedio.

Se hallaba este pueblo muy en riesgo de renovar en España los dias tan gloriosos como aciagos de Sagunto y de Numancia, pues resuelto estaba á perecer antes que entregarse á la merced de un vencedor irritado y sanguinario. Mas las tropas de Aragon vinieron denodadas arrostrando toda suerte de peligros en auxilio de este pueblo generoso. ¡Qué momentos los de la llegada de estos guerreros deseados! ¡Qué momentos solemnes los de anunciar al pueblo de Gandesa

que tienen que arrancarse de su hogar, que abandonar sus objetos tan preciosos, que decir adios á los muros testigos de su valor, regados con su sangre! La imaginacion concibe fácilmente aquesta escena; mas ¿qué plumas pudieran describirla?

Y se verifica en efecto esta separacion tan dolorosa. La poblacion entera se aleja con llanto de los sitios que la vieron nacer, de los campos que la sustentaban. En las filas de sus propios hijos, que saben manejar una arma, toman asilo la niñez, la ancianidad, el sexo débil. Estan incorporados ya con las tropas protectoras de Aragon, que, enternecidas con el espectáculo, juran morir en defensa de un depósito sagrado. ¡Qué felices fueron los que tuvieron el placer de salvar las vidas de tanta familia virtuosa y desgraciada! ¿Qué habrá sentido el corazon del caudillo que mandaba aquellas armas protectoras? ¿Y dirán que no es noble la profesion de los guerreros?

Ya se halla en movimiento la columna sagrada, que lleva consigo el pueblo de Gandesa. Ya se han perdido en los aires los gemidos dolorosos que arrancó el adios postrero. Con lentitud y silencio se mueven unos y otros en busca del suelo de Aragon, del grande Aragon, que representa tanto valor y tanta gloria. Mas Cabrera no abandonaba tan fácilmente la presa que contaba ya en sus garras. Aun concibe esperanzas de saciar en los que emigran la sed de mortandad que le devora. Por todas partes trata de obstruir el paso á la legion sagrada; mas son ya leones los que van con las armas en la mano. Son los hijos, los esposos que combaten por tantas prendas de amor y de ternura; son los soldados de Aragon, los que ponen tambien sus pechos por escudos contra la embestida de los bárbaros. ¿Qué podian ya los esfuerzos sanguinarios de los satélites de la tiranía? El pueblo de Gandesa pisó sin daño alguno el suelo que buscaba, y se sentó salvo en el hogar hospitalario.

Hogar hospitalario sí; pero no el suyo: hogar de un pueblo patriota y virtuoso; mas que no puede socorrer tan horrible desventura. ¿Qué pan puede partir quien no le tiene? ¿Cómo puede enjugar llantos quien tambien los vierte? Asi el vecindario de Gandesa está salvo, mas destituido de cuanto

sirve á conservar la vida. Ni alimentos, ni techo, ni vestidos: todo lo ha perdido menos el sentimiento noble, elevado á que debe su horrible desventura.

Eran damasiado grandes su nombre y su miseria para que dejasen de encontrar un eco. En el Congreso de Diputados se presentó un proyecto de ley para alimentar, para inmortalizar el pueblo de Gandesa. Se puso un gran número de estos á la cabeza de una suscripcion dedicada á objeto tan sagrado. Por todo el reino circulan á estas horas invitaciones á todas las autoridades, á todos los hombres influyentes para que se imite un noble ejemplo. Sin duda responderán mil simpatías á su llamamiento. Y si no se llegan á socorrer todas las necesidades que ha producido la desgracia, verán que se sabe apreciar al menos todo el mérito de un pueblo valiente y desgraciado.

¿Quién ignora el prestigio, el mágico poder de un grande ejemplo? ¡Cuánto pudiera influir en los demas pueblos de la nacion el de Gandesa! ¿No pudieran tener todos ellos su decision y su constancia? ¿Por qué no se ha dado á aquesta guerra toda aquella nacionalidad de que era susceptible? ¿Por qué se ha huido tanto de inspirar á los defensores de la patria aquellas pasiones, las solas que pudieran contrastar las feroces de nuestros enemigos.? ¿Por qué el empeño de no querer ver en esta guerra mas que la lucha de dos partidos que se pelean por la succesion de un trono? ¿Por qué tanta contradiccion entre las cosas que se proclaman y la conducta que se observa? ¿Se extrañará despues tanta apatía, indolencia, flojedad; tanto miedo y hasta abatimiento? Mas las naciones son como las hacen; y los que las hacen son los que legislan y gobiernan.

HISTORIA DEL ARTE DE LA GUERRA.

SEGUNDO ARTICULO.

Falange griega ó macedonia.

Los pueblos de la antigüedad, sobre todo los griegos y los romanos, de cuyos establecimientos militares vamos á dar un

ligerísimo bosquejo, no tenian como los nuestros, una clase consagrada exclusivamente al servicio de las armas. Todos los ciudadanos libres eran soldados de la patria, y acudian á su llamamiento cuando la ocasion los reclamaba. Se alistaban los ejércitos cuando ocurria una guerra; se licenciaban á la paz, y en los intérvalos eran los campos de Marte, los gimnasios, las palestras, los juegos públicos de todas clases, el teatro, la ancha arena donde con simulacros de lides se preparaban á sostener las verdaderas. Era la vida de aquellas naciones pública en todo el rigor de la palabra. Las plazas, los teatros, los templos, las escuelas mismas de los filósofos, eran los sitios de sus frecuentes y casi eternas reuniones. Al aire libre, á la vista de la muchedumbre, se daban las leyes, se administraba la justicia, se dirigian los negocios públicos. Los principales personajes estaban como en escena todos los momentos de su vida.

Los negocios de la guerra participaban necesariamente de esta índole. Eran los generales, hombres de estado al mismo tiempo, oradores, filósofos, administradores, como ya hemos dicho, y la misma mezcla de profesiones se dejaba notar en todas las clases del ejército. Se nombraban en público los generales, y muchas veces se pedia sin rebozo este honor tan distinguido. Costumbres tan diferententes de las nuestras, no podian menos de producir resultados en poca armonía con nuestras opiniones dominantes. Mas contentándonos con esta ligera indicacion, nos abstendremos de recorrer el campo inmenso que se ofrece á nuestra vista, contrayéndonos á la parte puramente militar de los dos pueblos indicados. Hablaremos, pues: 1.° de las armas: 2.° de la organizacion: 3.° del modo de combatir, ó de su táctica: 4.° de las máquinas de guerra, tanto ofensivas, como defensivas. La última parte se consagrará á consideraciones políticas, necesarias para comprender toda la importancia de sus establecimientos militares.

Los griegos usaban de tres géneros de infantería diferentes por las armas que llevaban. Se distinguian los oplitas por su armadura pesada, sus escudos muy redondos, y sus lanzas prolongadas. Iba la infantería ligera armada segun indica el nombre, sin coraza, sin muslera, sin casco, sin escudo.

Llevaban dardos que arrojaban con la mano, ó con el arco, y tambien usaban piedras que despedian ó bien con la mano, ó con la honda. Entre la infantería pesada y la ligera tenian una media con el nombre de *peltastas*, así llamados por los pelta, pequeño escudo que llevaban muy diferente de los oplitas. Era tambien su armadura mas ligera, sus lanzas no tan largas como las de estos, diferenciándose tanto de los pesados como de los ligeros que se llamaban tambien *vélites*.

En cuanto á la caballería, tenian una parte que iba armada con coraza, y cubiertos de hierro tanto los hombres como los caballos. Se llamaba esta armadura *catafracta*. En la otra que iba sin coraza estaban los ginetes armados de lanzas, y otros de arcos y de flechas. Se consideraba la caballería de la catafracta como la pesada; la del arco y flechas, como la ligera; y la armada con lanzas, como un medio entre los dos extremos. Así los griegos tenian tres géneros de caballería lo mismo que de infantería. Tambien usaban de carros, aunque el terreno se prestaba poco en todas ocasiones para su despliegue. Tampoco desconocieron los elefantes; mas fué esto ya muy tarde, y por lo mismo no se pueden contar entre los elementos ordinarios de los establecimientos militares.

Como la Grecia se componía de tantos estados, gobernados cada uno por instituciones diferentes, es probable que variase asimismo la organizacion de sus ejércitos. Es casi imposible y sería sin duda muy inútil trazar todas estas variaciones. La historia no da bastante luz sobre la materia, y los pocos autores consagrados meramente al arte militar, no son en esta parte muy explícitos. Nos contentaremos por lo mismo con dar una ligera idea de la formacion de una parte ó trozo de ejércitos, conocido entre ellos, y aun entre nosotros, con el nombre de *falange*. Es probable que todos aquellos estados la tuviesen adoptada con muy pocas variaciones. La falange macedonia es célebre en la historia.

La voz *falange* es muy antigua. Se encuentra bastantes veces en Homero, aunque no nos da ninguna idea exacta de su significado. Que no se aplicaba al todo de un ejército es evidente, pues el poeta la emplea en plural en todas ocasiones. La falange era, pues, una fraccion, una parte del ejér-

cito mas ó menos grande segun la fuerza de este; lo mismo se puede decir de nuestras brigadas, de nuestras divisiones, &c. &c.

La formacion de la falange era muy sencilla. Imagínese el lector una hilera de 16 hombres formados unos tras de otros, ó (como se dice vulgarmente) pecho con espalda. He aquí el elemento de la falange. Se le llamaba *decuria*. A veces se componia de 32 hombres; á veces de 8 solamente. En el primer caso era la falange doble, y media falange en el segundo.

Al frente de cada decuria iba el gefe de ella que tenia un nombre particular, lo mismo que el que le seguia y el que estaba á retaguardia. Omitiremos el dar esta nomenclatura dificil de retener y no necesaria para la inteligencia de lo que vamos indicando.

La reunion de muchas decurias colocadas una al lado de la otra, era lo que constituia la falange.

Asi los primeros hombres de cada decuria componian, en los términos entre nosotros adoptados, la primera fila de la falange; los segundos la segunda; los terceros la tercera, y así de los restantes. De este modo la falange tenia tantas filas como hombres entraban en la composicion de una decuria.

Se llamaba longitud de una falange la extension de todas sus decurias; se daba el nombre de altura de la misma á la extension del número de filas.

Entraban en la composicion de una falange ordinaria 1024 decurias, y considerando ser el número de cada una de estas 16, hallaremos que entraban en cada falange 16384 hombres pesadamente armados.

Cada dos decurias tenian un nombre particular, y era el gefe de alla el mas sobresaliente de las dos decurias; el conjunto de cuatro decurias se llamaba *tetrarquía*, y su gefe tenia el nombre de *tetrarca*, que indicamos aquí por ser conocido en las historias. Tambien habia un nombre particular para la coleccion de dos tetrarquías, es decir ocho decurias.

La reunion de 256 decurias se llamaba *falangarquía*, y su gefe *falangarca*. De esta manera cada uno de estos trozos era justamente la cuarta parte de la falange entera.

La mitad de la falange, en el sentido de su longitud, se llamaba *cuerno derecho* ó *cabeza*, recibiendo la otra mitad el de *cuerno izquierdo*, ó *cola*.

El primero y cuarto falangarca se colocaban al cuerno derecho de la legion; el segundo y el tercero en el izquierdo.

Los demas gefes subalternos de la falange se colocaban en los flancos derecho é izquierdo segun era su presencia necesaria. Es imposible descender en una obra de esta clase á tantos pormenores.

La distancia que guardaban entre sí los soldados de la falange variaba segun las circunstancias. En formaciones ordinarias, en marchas, y siempre que lo permitiese el terreno, ocupaba cada hombre cuatro pies: cuando se trataba de atacar al enemigo se reducía la distancia á la mitad, mas cuando era preciso sostener una séria embestida, se estrechaban de tal modo las distancias, que se tocaban materialmente hombro con hombro, pecho con espalda.

La armadura de los soldados de la falange era la que ya se ha descrito tratando de los hoplitas. La lanza llamada *sarisa* tenia de largo 24 pies, de modo que los hombres de la octava fila podian cruzarla sobre las cabezas de los de la primera. Los soldados de las ocho últimas podian hacer uso de las suyas, mas servian para aumentar el empuje cuando se atacaba, y al mismo tiempo robustecer la resistencia cuando combatian á pie firme. Hallándose por otra parte dispuestos á llenar los huecos de los delanteros que caían, eran las últimas filas de la falange una especie de reserva, aunque no bien entendida, como lo haremos ver mas adelante.

Tal era la falange griega, ó mas bien la macedonia, pues no era posible que las pequeñas repúblicas de que se componía aquel país pusiesen sobre las armas fuerzas tan considerables. Si se considera que la primera fila de la falange se componía de los gefes de todas las decurias, es decir, de los hombres mas valientes y mas fuertes; si se atiende á lo numeroso y denso de estas filas, y á lo larguísimo de las lanzas de que usaban, se verá que nada podia ser mas terrible que el empuje de estas fortalezas ambulantes, y que estaban asímismo perfectamente calculadas para cuando se tra-

taba de oponer una resistencia tenaz á los esfuerzos de los enemigos. Era muy dificil resistir á la accion de ocho filas erizadas de hierro en el primer caso, y romperlas cuando se trataba del segundo.

El gran defecto de la falange era la inevitable pesadez á que la condenaba sin remedio el excesivo número de los individuos que entraban en la formacion de un cuerpo tan compacto. Una vez rota esta falange era imposible que se volviese á ordenar, pues no habiendo claros ni intersticios entre sus diversas partes, era necesario que el desórden de una se comunicase á las restantes. Tampoco podia maniobrar en toda clase de terreno; mas los antiguos los escogian siempre á propósito para dar batallas; y como usaban casi de una misma táctica, lo que era desventaja para unos lo era igualmente para sus contrarios.

Pero una falange tan compacta y tan pesada no obraba siempre sola. A retaguardia se colocaban los vélites ó infantería ligera, formados en tantas decurias como la falange misma, pero compuestas de ocho hombres por lo ordinario cada una. Así el número de la infantería ligera era la mitad del de la pesada. Su colocacion era á retaguardia por los flancos, á vanguardia donde los requerian las circunstancias. Su servicio era el mismo que el de nuestras tropas ligeras sobre poco mas ó menos; descubrir, flanquear, escaramuzar, atacar irregularmente, y lo demas que fácilmente se deja percibir por cualquiera que sepa lo que es infantería ligera.

Se sabe que con treinta mil hombres organizados de esta suerte emprendió Alejandro, y sometió á su dominio el vasto imperio de los persas. Nada fué en efecto tan terrible en su tiempo, y el de sus valientes sucesores, como la falange macedonia. Mas si aventajaba en organizacion á lo entonces conocido, no pudo resistir á la superioridad de la legion romana, por causas que en adelante indicaremos.

Los griegos no tenian tan numerosa caballería, ni le daban la importancia que tuvo en estos tiempos. De las diversas clases, y de la armadura de que usaban, ya hemos hecho indicaciones. La caballería ligera tenia por precision el mismo uso que la nuestra; como iba armada de arco y flechas

podian dañar desde lejos sin tener siempre que batirse al arma blanca. La caballería pesada se organizaba de diversos modos: formando cuadrilongos de diferentes filas, ó bien dispuesta en *cúneos*, cuyo nombre indica que era con objeto de desbaratar las filas enemigas.

En una palabra, lo que nos dicen los autores que han escrito de la táctica de los griegos es posterior á los tiempos de sus mayores glorias, cuando no figuraba todavía el imperio macedonio. Los griegos conocian mucho el arte militar; pero, á excepcion de la época de las invasiones de los persas, y demas sucesos á que dió lugar aquesta guerra, carecieron de un gran teatro sus glorias militares. Las contiendas entre estados tan cortos como los que componian la Grecia propiamente dicha, tenian en efecto un campo muy pequeño. Los lacedemonios eran belicosos; mas no los llamaban sus instituciones á ser conquistadores. Los atenienses, mas inquietos, mas ambiciosos, mas usurpadores, aspiraron á una gran dominacion y provocaron la guerra del Peloponeso, una de las mas célebres contiendas mencionadas en la historia. Poco tiempo despues de su terminacion, se sentó en el trono de Macedonia un hombre de genio, ambicioso, astuto, emprendedor, cuyos planes iban encaminados todos á dominar la Grecia. Era Filipo, padre de Alejandro. Al ascendiente de ambos príncipes no pudieron resistir las pequeñas repúblicas de aquel pequeño territorio. La Grecia propiamente dicha quedó eclipsada y como absorvida en el imperio macedonio. Los romanos vinieron despues: los romanos hijos de la guerra, de cuyas instituciones militares nos ocuparemos en mas de un número de aquesta obra.

Conclusion de la vida de ESCIPION EL AFRICANO.

Libre ya la península de cartagineses, se embarcó Escipion para Africa á tratar con el rey Sifax, del que se hablará mas adelante. El rey bárbaro le recibió con toda la so-

lemnidad y pompa debida á su alto rango. Tuvo Escipion por compañero en el banquete al mismo Asdrúbal Gisgon sobre quien acababa de conseguir una victoria brillante, de inmensos resultados. Era el general romano demasiado generoso para que no tratase de dulcificar lo que podia tener de mortificadora su presencia para el general vencido.

A su vuelta de Africa sitió las ciudades de Iliturgis y de Castulon; que se habian rebelado y declarado por los cartagineses. Se rindió la segunda por traicion; despues de una muy terrible resistencia la primera. Los soldados romanos fueron repelidos del asalto con gran pérdida. Comprendió Escipion en el momento todas las consecuencias, el terrible compromiso para la gloria de sus armas si estas retrocedian delante de los bárbaros. Penetrado de esta idea se arrojó denodado á subir por una escala. Atónitos los soldados á la vista del peligro que corria el general, prorumpieron en clamores, y con nuevo ardor y furia le imitaron. Inmediatamente se vieron los muros coronados de los romanos vencedores. La ciudad fué tomada, destruida, presa de las llamas, y sus habitantes pasados á cuchillo.

Poco despues celebró Escipion en Cartagena combates de gladiadores, y asimismo juegos fúnebres para celebrar la memoria de su padre y de su tio.

Con motivo de tomar á Gades, aprovechándose de la infidencia de los que trataban de entregársela, envió á Lúcio Marcio con tropas de tierra, y con las marítimas á Lelio. Mientras la expedicion cayó gravemente enfermo en Cartagena. Se rebelaron al saber la noticia algunos régulos aliados, y se entregó al desórden de una sedicion el ejército romano estacionado en las márgenes del Júcar. Mas todos volvieron á su deber inmediatamente que llegaron las noticias de su mejoría.

Era sin embargo necesario castigar la sedicion del ejército del Júcar. Se deliberó en el consejo de Escipion sobre el número de delincuentes que debian sufrir el castigo de la ley; el general se decidió por el mínimum posible, es decir, por el de treinta y cinco que habian sido los autores y cabezas de los sediciosos. Para ocultar estos designios de castigo

fingió una expedicion el general romano, y llamó á Cartagena al ejército del Júcar. Gozoso este de ver que, segun las apariencias, se habia olvidado su delito, se puso en camino, y al llegar á Cartagena vió con gran satisfaccion todos los preparativos de la expedicion imaginada. Sus compañeros los recibian dándoles la bienvenida con las mayores muestras de contento. Los soldados se alojaron. Llegada la noche mandó Escipion prender á los treinta y cinco destinados al suplicio.

Todavía duraba la ilusion del ejército del Júcar. Al amanecer del dia siguiente salieron de la ciudad bagajes, trenes y demas aprestos militares. Poco despues se cerraron las puertas de órden de Escipion, y las tropas sediciosas la recibieron de ponerse en su presencia. Al principio trataron estas de mostrar semblante altivo y de imponer al general romano. Mas el severo continente de Escipion, cuyo semblante anunciaba la mayor fuerza de salud, el aparato de la escena, y sobre todo el aspecto de las tropas armadas que rodeaban la asamblea, infundieron miedo en el ánimo de los sediciosos. Despues de haberse impuesto silencio por el pregonero con la mayor solemnidad, pronunció el general una larga arenga en que, pasando en revista los sucesos gloriosos que habian conseguido las armas de Roma en la península, hizo ver la ignominia que las hubiera manchado sin remedio, á consumarse la sedicion á cuyos excesos se habian entregado. Habló Escipion con grande habilidad de su persona, haciendo ver cuantos habian sido sus cuidados, sus desvelos, sus sacrificios por el bien estar de sus soldados, y hasta qué punto se presentaba horrible la ingratitud de los que se habian aprovechado de su enfermedad para comprometer su reputacion y su buen nombre. Al llegar al fin de su discurso entró el terror por los ojos y los oidos de la muchedumbre. Los soldados que coronaban la asamblea golpearon con los dardos sus escudos mientras llamaba en alta voz el pregonero á los condenados al suplicio. Allí mismo fueron despojados de sus ropas, azotados con varas, y entregadas sus cabezas al hacha del verdugo, siendo el miedo de los otros tanto, que no solo no se atrevieron á levantar la voz contra lo duro del castigo, sino que ahogaron hasta sus gemidos. Los solda-

dos del Júcar prestaron de nuevo juramento á Escipion y recibieron, llamados por la lista, su estipendio.

La guerra de España se hallaba casi terminada. Se rindió Gades por fin á los generales de Escipion, y este redujo en persona á los régulos poderosos que se habian desertado. Tambien fué negocio de importancia una conferencia que tuvo con Massanisa rey de los numidas, aliado de Cartago, y que en seguida contrajo con el pueblo romano una amistad á que se mantuvo fiel por todo el resto de sus dias.

A su regreso á Roma tuvo Escipion una acogida cual sus distinguidos servicios merecian. En el Senado, reunido fuera de la ciudad en el templo de Belona, hizo una exposicion de todas las ventajas conseguidas por las armas romanas en España; las regiones que habia domado, los pueblos que habia tomado á fuerza de armas, las batallas en que habia sido victorioso; habiendo derrotado cuatro ejércitos, humillado cuatro generales cartagineses, sin que de esta nacion quedase uno solo en la península. Por tantas hazañas concibió esperanzas, mas no pidió el triunfo, pues no habia ejemplo de que se concediese este honor sino á los que eran magistrados, y esta dignidad no alcanzaba á los pretores. Habiendo levantado el senado la sesion entró Escipion en Roma llevando delante de sí para entregar en el erario una inmensa cantidad de plata, tanto acuñada como en pasta. Se celebraron muy luego los comicios para la eleccion de cónsules, y las centurias nombraron todas á Escipion, dándole por colega á Licinio Craso, Pontífice máximo. Jamas en aquella asamblea se habia reunido tan numerosa concurrencia, no solo con objeto de votar sino con el de ver á Escipion, objeto de tantas atenciones. Las gentes refluian en su casa, le seguian por las calles, y sobre todo al Capitolio donde inmoló á Júpiter cien bueyes en accion de gracias por sus victorias en España. Alababan todos á Escipion y con entusiasmo le ensalzaban, concibiendo esperanzas de que á él estaba reservado el terminar la guerra, y que del mismo modo que habia arrojado de España á los cartagineses los expulsaría de Italia. Así se hablaba de conferirle la provincia de Africa, para que pudiese coronar brillantemente tanta hazaña.

Tomó Escipion posesion del consulado en compañía de Licinio Craso. Habiéndose nombrado provincias á los cónsules, cedió á Escipion Licinio la de Sicilia, reservándose para sí la del Abruzo; pero nuestro general había concebido mas altas pretensiones, animado de las que pidió sin suerte la provincia de Africa. Con este motivo se suscitó una contienda entre el famoso Fábio Máximo, que se oponía al otorgamiento de la gracia y Escipion que se obstinaba en obtenerla. Tito Livio pone en boca de ambos personajes dos famosas oraciones en que resaltan por una parte los zelos mal ocultos de un anciano que, bajo el velo de la prudencia, trataba de enfrenar los vuelos de una ambicion que acaso le ofendía, y por la otra el despecho de un jóven que, penetrado del sentimiento de su propio mérito, ve que se le quiere arrancar como de entre las manos un objeto sumamente codiciado. Era entonces Fábio Máximo quizá el hombre mas respetable y respetado de la república, por su edad; por sus virtudes; por sus servicios distinguidos. Varias veces dictador y otras muchas cónsul, estaba muy acostumbrado á manejar los negocios del estado. No podian el pueblo y el senado menos de acoger con respeto y con veneracion cuantas palabras salian de sus labios. Su arenga fué larga y, como de viejo, algo difusa. Se redujo á probar que la ida de Escipion al Africa sería inútil, cuando no funesta, á la república; que la guerra estaba en Itália, y que allí se la había de buscar, no en el territorio de Cartago; que Annibal se aprovecharía de la ausencia de Escipion para engrosarse, para arraigarse en el pais, y que era error el creer que abandonase á Italia por ver al enemigo en Africa; que Cartago no necesitaba llamarle á la defensa de su territorio mientras tantos generales le quedaban; que Roma se debilitaría sin ninguna utilidad haciendo la guerra en ambas partes; que el ejemplo de los Escipiones muertos en España debia servir para no empeñar expediciones en regiones tan distantes, y que bastante luto había sido este para la república y el mismo general sin que se fuese ahora en busca de otros nuevos. Fué la respuesta de Escipion muy ingeniosa, llena de respeto hácia el anciano senador, y no sin mezcla de ironía. Dijo que aquel miramiento

de no aumentar los lutos recibidos en España no se habia tenido cuando, á falta de otro que lo solicitase, se habia levantado él á la edad de veinte y cuatro años á pedir el mando de aquel ejército y provincia; que se habian mas que resarcido aquellas pérdidas con las victorias recientes; y que así como se habia enviado á España á su padre y á su tio con objeto de disminuir el poder de Annibal en Italia, no podria menos de quebrantarse este con una expedicion en Africa; que era aquí, y no en el primer pais, donde se debia buscar al enemigo mas encarnizado que Roma habia tenido; que los otros generales cartagineses habian sufrido demasiados reveses para que inspirasen confianza á su república; que Annibal era ya solo el único de que podian echar mano en estas circunstancias, y que no seria de tan poca importancia la presencia de los romanos en aquel pais, que Cartago dejase de temblar por sus hogares propios. Hablaba Escipion como un hombre apasionado y convencido, como un hombre de genio que observaba y estudiaba la guerra, que conocia á los hombres, que estaba penetrado de la índole de los enemigos y del genio de la misma república con quien lidiaba.

Hizo grande efecto la arenga de Escipion; mas no todo el que se prometian sus numerosos partidarios. Tenia Fábio Máximo al senado á favor suyo; tenía los infinitos envidiosos que se habia granjeado el vencedor de España. Se temia por otra parte que Escipion, en caso de ser repelido en el senado acudiría por via de apelacion al pueblo; mas, interrogado este sobre su intencion, despues de haber conferido con su compañero, respondió que se atendria en un todo á las decisiones del senado. Quedó, pues, con la provincia de Sicilia que se le habia asignado anteriormente, autorizado ademas para trasladarse al Africa, en caso de que las circunstancias se lo aconsejasen. Obtuvo su compañero la de los Abruzos, para continuar la guerra con Annibal.

Escipion, en vísperas de trasladarse á la provincia de su mando, formó su ejército con solo voluntarios. Todo el material de guerra, las municiones de boca, el hierro, las jarcias, la madera y demas renglones necesarios para la construccion de buques fueron donativos de diferentes pueblos de

la Italia. Tal fué la presteza, la energía que empleó el cónsul en las construcciones, que en cuarenta y cinco dias los árboles se convirtieron en navíos. Concluidos con esta ligereza increible sus preparativos se embarcó Escipion para Sicilia, donde apenas llegado trató de ejercitar y organizar sus voluntarios, habiendo armado trescientos jóvenes robustos á expensas de otros tantos naturales de Sicilia, que con esta condicion eximió de la milicia. Revistó en seguida sus legiones, habiendo escogido á los soldados mas antiguos que habian servido con Marcelo y que estaban ejercitados en asedios. ¡Tan preocupado estaba con el de Cartago! Dispersó despues el ejército en cantones: rehizo las naves viejas que envió á saquear las costas de Africa á las órdenes de Lelio, habiendo traido á tierra para que invernasen en seco las naves que estaban construidas con madera verde.

No perdia Escipion de vista ni un momento su proyecto favorito, á saber la expedicion de Africa, donde le esperaba tanta gloria. La vuelta de Lelio de su expedicion cargado de botin no hizo mas que encender de nuevo sus deseos. La presencia de su teniente en aquel pais habia causado gran sensacion, y llevado el espanto hasta el mismo seno de Cartago, que se dió por perdida creyendo que era el mismo Escipion el que habia desembarcado. Massanisa su aliado le instaba por su parte á que no perdiese momentos en ejecutar sus planes. Mas tuvo Escipion que distraerse de esta grande idea, pasando al continente en auxilio de los locrios expulsados de su ciudad, á quienes repuso en sus hogares, habiendo arrojado de ellos la guarnicion cartaginesa. Circulaban mientras tanto en Roma rumores contra su conducta. Le acusó su cuestor (el famoso Marcio Porcio Caton) de malversaciones, de entregarse á la molicie y los placeres. El anciano Fábio Máximo, enemigo siempre de la gloria que Escipion habia adquirido, apoyaba las acusaciones, y sus enemigos le daban por perdido. Se trataba ya de retirarle el mando, mas, no atreviéndose á proceder tan de ligero con un hombre de su clase, se contentaron con enviar diez comisarios á Sicilia á examinar los hechos. Quedaron estos admirados de la actividad y energía de Escipion, del órden en que se ha-

llaban todos los negocios de la isla, de la disciplina de las tropas, de la buena administracion que reinaba en el manejo de los intereses. Al tenor de estas observaciones dieron sus informes, y el resultado de todo este negocio fué conceder á Escipion un permiso positivo para verificar su expedicion al Africa.

Se preparó pues la expedicion de un modo serio y terminante. Llegaron las nuevas á Cartago, donde se tomaron todas las medidas para hacer frente á la guerra que se preparaba. Con objeto de asegurarse de la amistad de Sifax, le dió Asdrúbal hijo de Gisgon por esposa á su hija Sofonisba, y, no contento todavía de este enlace, aprovechó todo el ascendiente que tenia sobre el rey la nueva esposa para que escribiese Sifax á Escipion diciéndole que los vínculos de la amistad se romperian si llevaba al cabo su objeto de desembarcar en Africa, babiendo él contraido relaciones estrechas con Cartago á quien no podia menos de auxiliar en aquella coyuntura. Fué un grande embarazo para Escipion este mensaje, al que contestó en el mismo instante diciendo á Sifax que persistía en sus resoluciones. No queria el general romano que los mensajeros del numida esparciesen en el campo los motivos de su comision; mas, como era imposible que se ignorase su venida, y que la ocultacion por otra parte del objeto diese fundamento á mil sospechas, llamó Escipion las tropas á su tribunal y les dijo, que el rey Sifax, siempre fiel á la mistad que los unía, le instaba á que acometiese cuanto antes una expedicion que les iba á ser de tanta gloria.

Todo se preparaba pues con el mayor ardor: se reunian naves de toda la Sicilia, se aprestaban víveres, armas y todos los pertrechos militares. Llenas sus tropas de alegría, esperaban impacientes el momento de embarcarse. Los veteranos que habian asistido á la funesta accion de Cannas creían llegado el momento de reparar tantas pérdidas, de convertir en gloria tanto duelo y tanta infamia. Fomentaba Escipion tan elevados sentimientos, y en todas partes se mostraba dando vida y animacion enérgica á cuanto se aprestaba. Todo lo arreglaba y disponia como prudente capitan que sabia el precio que tiene todo en los grandes movimientos y apuros de

la guerra. Las naves, los pertrechos, los soldados, la colocacion de las tropas, las precauciones del embarco, las instrucciones á los capitanes de bajel, el órden en que habian de moverse, hasta las luces y faroles que debia llevar cada navío por la noche, todo fué objeto de su atencion y sus desvelos. Los pormenores del servicio militar no eran entonces tantos como entre nosotros. Las ruedas eran mas sencillas, y sobre todo se escribía en los ejércitos infinitamente menos, ventaja incalculable.

Cuando llegó el momento del embarco se coronaron el puerto, las playas, las alturas inmediatas de un gentío inmenso, aclamando al general y á cuantos iban á tomar parte en empresa tan gloriosa. Abrazaban los soldados que se quedaban en Sicilia á sus compañeros mas felices, y en todas partes resonaban las expresiones mas vivas de entusiasmo. Dispuso Escipion que todo se hiciese con el mayor órden, y á la noche estaban los de la expedicion recogidos todos en las naves.

Al amanecer del dia siguiente se presentó Escipion sobre la cubierta de su navío y arengó á las tropas. La arenga estaba siempre en la boca de los generales de la antigüedad; no se debe olvidar nunca. Los historiadores habrán hermoseado, corregido, amplificado estos discursos, tal vez supuesto algunos; mas no podian haber inventado lo que estaba en la educacion y en las instituciones. Concluido esto, comenzó la expedicion á moverse lentamente, y llegó á las costas de Africa sin contratiempo.

La noticia del desembarco de Escipion causó en Cartago el mismo terror que si le tuviesen ya á sus puertas. Sus generales habian sido vencidos ya por Escipion, y derrotados por los de este sus ejércitos. ¿Quien defenderia los destinos de Cartago en tan terribles circunstancias? He aquí lo que justificaba los planes de Escipion, lo que daba realce á su gran genio. Sin generales que le inspirasen ya confianza, tenia que llamar Cartago al mismo Aníbal. Era asi en Africa y no en Italia donde se debia buscar este encarnizado y formidable enemigo de la república romana.

Envió Cartago quinientos caballos de descubierta y reco-

nocimiento para observar los movimientos de los romanos, en cuyas manos cayeron, habiendo sido muertos muchos y dispersados los restantes. Envió Escipion exploradores en todos los sentidos y él mismo recorrió las alturas inmediatas. Hicieron sus tropas un gran botin en toda la comarca; se aposesionaron de una poblacion muy considerable; sentaron sus reales y fortificaron el campo como lo tenian de costumbre. A poco tiempo despues llegó el rey Massanisa, el grande amigo de Escipion, y que por toda su vida lo fué de los romanos. Se presentaba solo con su persona y doscientos caballos, habiendo sido despojado por Sifax de todos sus estados. Mas Escipion, que conocía su gran mérito, le recibió como á un rey aliado en próspera fortuna, y nunca tuvo que arrepentirse de una acogida tan cordial y generosa.

Los cartagineses levantaron nuevas tropas que pusieron al cargo de Annon hijo de Amílcar, mientras llamaban al auxilio de Cartago á Asdrúbal y al rey Sifax. Salió Annon y comenzó á levantar mucha gente de á caballo; mas tenia demasiado ruin concepto de su capacidad el general romano para que se inquietase mucho con sus operaciones. Ocupaba el cartagines con todas sus tropas á Saleria, ciudad no muy distante de los reales del romano, y habiendo tenido este el arte de atraerle á campo raso, por medio de una falsa llamada de su aliado Massinisa, cayó sobre él con todas sus fuerzas cuando menos lo pensaba, y le dorrotó completamente quedando el gefe muerto ó prisionero. Corrió el cónsul en seguida á poner sitio á Útica: habiendo sabido que Asdrúbal y Sifax se acercaban con fuerzas formidables, le levantó en seguida, y tomó todas sus disposiciones para recibirlos.

Comenzaron entonces entre el rey de los numidas y el general romano negociaciones por entrambas partes, tal vez con mala fe, solo con el objeto de observarse y ganar tiempo. Pretendía Sifax que habia roto Escipion los vínculos de la amistad viniendo á guerrear con un estado de quien era amigo y hasta ciudadano. Replicaba Escipion que era Sifax el que faltaba á lo pactado uniéndose con un pueblo enemigo mortal de la república romana. Ambos mostraban condiciones de renovacion de amistad imposibles de cumplirse; pues ni Sifax ha-

bia de renunciar á su nueva alianza con vínculos tan dulces estrechada, ni Escipion abandonar una empresa, campo para él de tanta ambicion y tanta gloria. Ambos lo sabian muy bien y trataban como digo de tantearse; pero fué el romano como siempre mucho mas hábil que el numida. Con los mensajeros que enviaba al campo enemigo, iban disfrazados con traje de criados del ejército oficiales hábiles que exploraban las disposiciones de los reales, el órden en que acampaban las diferentes tropas, la materia de que estaban construidos los alojamientos. La principal era madera seca fácil de ser puesta en combustion en un instante. Aprovechándose hábilmente el general romano de esta circunstancia, movió el campo por la noche, y cayendo de repente sobre los reales enemigos mal guardados, les puso fuego, que cundió rápidamente por todos los alojamientos. Despertados los enemigos en tanta confusion, huyeron precipitadamente habiendo sufrido una matanza horrible. Cogieron los romanos un botin inmenso. Mas de 40000 enemigos fueron víctimas del fuego y del cuchillo. Y tambien se escaparon Asdrúbal y el rey de los numidas con todo el desórden y pricipitacion tan fáciles de imaginarse. Era imposible que la fortuna se declarase á favor de Escipion de un modo mas visible. Quedaron sus enemigos consternados y Cartago tambien.

Regresó Asdrúbal al seno de su patria, y comenzó á levantar un nuevo ejército; no habia mas medios que los de combatir, para que Cartago se salvase. Hizo por otra parte nuevos esfuerzos el rey Sifax á ruegos de Cartago que le instaron por medio de mensajeros y de cartas. Los dos volvieron con fuerzas muy considerables á campaña, lo que sabido por Escipion levantó segunda vez el sitio de Útica. Marchó pues de nuevo en busca de ellos, y á poco se trabó una batalla en que fueron derrotados de nuevo los cartagineses. Ocupaban estos y los numidas las dos alas: el centro los celtíberos en que consistia la fuerza de su ejército. No fué dificil destrozar á los numidas, tropa irregular y á los cartagineses recientemente levantados. Abandonados los celtíberos sin medios de huir, pues no conocian el terreno, sin esperanza de cuartel, pues eran desertores de Escipion, resol-

vieron vender caras sus vidas muriendo unos sobre otros en sus propios puestos, dando así tiempo al general cartagines y al rey de los numidas para huir del campo de batalla. Los romanos se volvieron á sus reales cargados de botin, cansados de matanza.

Al dia siguiente envió Escipion á Lelio y Massanisa en persecucion del enemigo, mientras él reducia á la obediencia á varias ciudades inmediatas á Cartago. Habia llegado el terror de ésta hasta el extremo, creyéndose ya sitiada por su rival tan dichoso como formidable. Mas no se hablaba en ella de paz, que no creían posible; y sí de preparar cuanto antes todo lo que era necesario para la defensa. Tenian ya puestas todas sus esperanzas en Annibal, á quien habian llamado de Italia á toda prisa, verificándose de este modo todo cuanto habia previsto el general romano. Habiendo observado los cartagineses que el campo de Escipion establecido cerca de Útica podia ser fácilmente sorprendido, enviaron una escuadra tanto con este objeto como con el de apoderarse de la romana que estaba en aquel apostadero. Ocupado Escipion en los preparativos del sitio de Útica, observó desde lejos la marcha de los bajeles enemigos, y corrió en defensa de los suyos: y aunque no pudo llegar bastante á tiempo de libertar seis naves de carga, que por medio de los garfios que usaban los antiguos habian caido en poder del enemigo, salvó el resto de la escuadra y tal vez su campamento; merced á su extrema vigilancia.

Mientras tanto continuaban su expedicion á la ligera Lelio y Massanisa: entraron á los quince dias en Numidia y estados del rei Sifax, quien, agitado de diversos sentimientos, no sabia si retirarse á Cirta capital de sus estados, si sostener la campaña contra sus rivales. Prevaleció este último; mas se las habia con hombres ya acostumbrados á vencer, y que tenian á su favor todas las probabilidades de coronar sus triunfos; así fué vencido en una batalla, herido y cogido prisionero; la desgracia mas fatal que podia caberle en suerte. Massanisa entonces, queriendo aprovecharse de tan buena coyuntura, propuso á Lelio que le permitiese trasladarse velozmente á Cirta, lo que le fué inmediatamente concedido.

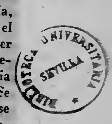
Marchó pues á Cirta; reunió los habitantes de la ciudad y les propuso se entregasen sin resistencia á las armas vencedoras. Titubeaban estos, mas cuando vieron á su rey cautivo se sometieron á su suerte. Tomó Massanisa posesion de Cirta en nombre de los romanos, y se apoderó del alcázar donde se hallaban los tesoros y esposa del rey Sifáx.

Ocurrió con este motivo una aventura particular, que nos abstendríamos de referir si no fuese porque nos suministra una ocasion de manifestar la diferencia de costumbres que ofrecen diversos pueblos y diversas épocas. Será tal vez una invencion, mas esto mismo prueba que era verosímil. Se enamoró Massanisa de la reina Sofonisba, que era hija de Asdrúbal como ya hemos dicho. Algunos suponen que ya se conocian de antemano; pero de todos modos, dió la reina oidos á este amor, confiada tal vez en que este seria el medio de librarse de entrar en Roma adornando el triunfo del general romano; mas se hallaba muy lejos Escipion de pensar en hacer semejante sacrificio en obsequio de su nuevo aliado. Empeñado este en proteger á Sofonisba se desposó con ella, lisonjeándose de que este nuevo título zanjaria todas las dificultades; mas conocia mal el carácter de Escipion, y el ansia de un general romano vencedor por rodear de pompa y brillo el carro de su triunfo. Cerró el romano los oidos á las súplicas, á las lágrimas, á las amenazas mismas, á los acentos de desesperacion de Massanisa. Destituido de esperanza envió este príncipe un veneno á Sofonisba que aceptó y bebió gustosa, por ser ya el solo recurso que podía substraerla á su ignominia. Reprendió agriamente Escipion á Massanisa, aunque procuró por otra parte calmar su dolor, concediéndole honores, haciéndole magníficos presentes. ¿Se ven en este rasgo las costumbres de la edad moderna, sobre todo las de los siglos medios donde reinaba la galantería y se tributaba hasta culto á la hermosura? Se ha acusado á Escipion de poco generoso, á Massanisa de amante flojo, de cobarde, acaso, por no haber roto lanzas con quien tan terribles sacrificios exigia; mas no estaba nada de esto en sus costumbres. Para Escipion, el bien supremo era triunfar con el mayor número posible de cautivos delante de su carro: para Massanisa

no lo era la posesion de la princesa. Se amaba á las mujeres de muy distinto modo que en el dia, y las leyes del honor eran diferentemente comprendidas.

Consternada Cartago con las victorias de Escipion, pidió la paz, y con la esperanza de la vuelta de Annibal hicieron treguas con el cónsul. Sus legados que enviaron con este objeto á Roma, no obtuvieron nada ni del senado ni del pueblo. Mas los cartagineses, sin esperar la respuesta, rompieron las treguas atacando la escuadra romana y faltando al derecho de gentes debido á sus legados. Esta infraccion fué causa para ellos de grandísimos desastres.

Se acercaba por momentos el gran dia de Escipion tan deseado de vencer al mayor general de los cartagineses, al terror de Roma, al que habia jurado su ruina tantas veces. Llamado Annibal por el senado de Cartago, desembarcó en Africa con todo su ejército de Italia. Pronto se vieron en presencia uno de otro los dos mas grandes capitanes, los que tenian en espectacion á todo el mundo entonces conocido. Arrancado Annibal de un pais que miraba como su conquista, cedia en cierto modo al ascendiente de un rival á quien colmaba de bienes de fortuna; y no era tan ciego que no conociese las grandísimas ventajas que sobre su patria tenia Roma. El aparato guerrero que Escipion desplegaba le imponia, y hasta subyugaba su imaginacion la misma confianza que el cónsul romano manifestaba en su próxima victoria. Obtener paz con condiciones favorables era ya el fin de todos sus deseos, y con este objeto solicitó de Escipion una conferencia que se verificó solemnemente al frente de los dos ejércitos. Se vieron entonces por la primera vez los dos rivales, que se estimaban mútuamente, á par que se temian. Un sentimiento recíproco de admiracion los hizo guardar algunos ratos de silencio. Al fin le rompió Annibal con una arenga artificiosa, á que contestó Escipion con otra no mucho mas sincera. Temblaba el primero á la idea de ver acaso la gloria adquirida en tantos años oscurecida y eclipsada para siempre en solo un dia. Confiado mas que nunca el segundo en llegar al término de sus deseos, no estaba dispuesto á dejarse escapar de entre las manos la única ocasion que se le ofrecia de



humillar á su rival y á la nacion enemiga de la suya. Terminó asi la conferencia sin resultado alguno, y quedó pendiente la cuestion de la suerte de las armas.

Cada general arengó á sus tropas y las dispuso en órden de batalla con el saber y la pericia que á entrambos distinguía. Tenia el Africano gran confianza en el ímpetu de sus elefantes y los colocó donde pudiesen estar á mano para lanzarlos en las filas enemigas. Colocó en primera línea las tropas auxiliares; en segunda sus cartagineses como mas aguerridos, mas á propósito para restablecer la batalla en caso de que fuesen derrotados los primeros. Estableció Escipion sus tropas en órden abierto para hacer menos peligroso el choque de los mismos elefantes y en los claros que dejaban los diversos trozos colocó las tropas ligeras prontas para acudir á donde fuese necesario. Pronto resonaron las trompetas y demas instrumentos de guerra que anunciaban el principio del combate. Aterrados los elefantes con su sonido, con la confusion de tantos gritos, retrocedieron en lugar de acometer, y los pocos que se avanzaron á las filas enemigas, perseguidos por las tropas ligeras hicieron poco daño en el ejército romano. La primera línea avanzó entonces sobre los auxiliares del de Annibal, que no resistieron á su choque, y se echaron sobre la segunda línea de los cartagineses. Mandó avanzar entonces Escipion á su segunda para que entrase de refresco en relevo de la primera ya cansada, y la segunda del cartaginés, aunque compuesta de las tropas mas escogidas, embarazada con los fugitivos de la primera, no pudo resistir á tanto choque. Se declaró entonces la victoria por el ejército romano: los cartagineses se pusieron en derrota, y á pesar de su saber y sus esfuerzos, no pudo Annibal restablecer el órden y la disciplina, teniendo al fin que ceder al torrente general de los que huían. Tuvieron los cartagineses mas de veinte mil muertos en el campo de batalla: á dos mil ascendió, sobre poco mas ó menos la pérdida de los romanos. Cedió Annibal á su fortuna adversa, tal vez á la superioridad de genio de Escipion; mas desplegó en la disposicion, en toda la direccion de la batalla una habilidad y una pericia que se captó la admiracion de los mismos vencedores.

Quebrantó la batalla de Zama (pues con tal nombre se conoce, por el sitio en que se dió la accion) el poderío de Cartago. Expulsados de España y de Italia sus ejércitos, destruidos totalmente en su mismo territorio, vencido en una batalla campal el que alimentaba mas sus esperanzas, no le fué difícil ceder á cuantas condiciones quisieron imponerle. El mismo Annibal fué el primero en aconsejar la paz por duras que ellas fuesen. No se descuidó Roma en sacar partido de su próspera fortuna que tan pródigamente habia compensado las desgracias de Trasimenno y Cannas. Escipion, vencedor de Cartago, recibió plenos poderes para negociar con ella: no le podian recompensar mas magníficamente sus servicios. Obtuvo Cartago la paz; mas la obtuvo como las naciones vencidas y humilladas. Fué preciso á la nacion rival de Roma, á la que contó con humillarla un dia, renunciar á sus conquistas, á todas sus colonias, sobre todo entregar todas sus escuadras que fueron quemadas á sus propios ojos. Naciones precisadas á pasar por tanta humillacion estan muy cerca de su ruina. Estaba reservado á otro Escipion el consumar la de Cartago.

El nuestro, despues de haber terminado la guerra de un modo tan brillante, regresó á Roma donde obtuvo un triunfo espléndido proporcionado á tanta gloria. Pocos generales habian hecho á la república servicios mas útiles y mas distinguidos. Terminar de este modo una guerra tan importante, tan grande como la segunda púnica era el mayor favor que se podía deber á la fortuna. Debió de ser Escipion, sin duda, muy feliz en el momento de entrar en Roma en su carro de triunfo objeto de la aclamacion universal del pueblo rey, en el momento de subir al Capitolio á dar las gracias por tantas victorias á los dioses. Los deseos de un noble corazon no podian ir mas lejos.

La vida de Escipion ofrece desde este momento sucesos importantes, mas no del mérito y brillo que los anteriores. Asi nos contentaremos con dar de ellos una idea muy ligera. Ejerció varias magistraturas, y hasta el consulado; hizo otras varias guerras y aun obtuvo otro triunfo; negoció paces, arregló diferencias, y ejerció siempre en Roma una in-

fluencia proporcionada á su gran mérito. En la guerra de Asia acompañó á su hermano L. Escipion, y aunque no tenia el supremo mando, fué considerado como el hombre primero del ejército. Durante esta guerra tuvo con Anníbal desterrado de Cartago una entrevista, que hace un gran papel en todas las historias. Habiendo preguntando Escipion á Anníbal cuál habia sido el primer capitan, respondió Anníbal que Alejandro. Preguntado por el segundo, respondió que Pirro. ¿Y cúal es el tercero? volvió á preguntar Escipion. Yo, respondió Anníbal. ¿Y qué dirías si me hubieses vencido? repuso el general romano. Entonces replicó el cartaginés me colocaría el primero. Era imposible hacer mayor elogio del ilustre vencedor de Zama.

Escipion se vió muchas veces blanco de rivalidades y de envidias, suerte que le fué comun con todos los hombres de algun mérito. En ninguna parte se da mas pábulo á estas pasiones inherentes á la humanidad que en las naciones libres. En ellas se presenta el hombre mas sin máscara, con pretensiones mas marcadas, con cabeza mas alta que donde reina el disimulo y la falsedad, frutos tan comunes de los sistemas arbitrarios. Donde se puede abogar por los intereses de la libertad y hacer sospechosos á los que por su mérito ú otras circunstancias salen de la comun esfera de los hombres, es fácil satisfacer los resentimientos, los odios ocultos, ceder á las sugestiones del amor propio, á las malignas influencias de la envidia. Tuvo muchos enemigos Escipion, enemigos poderosos en todas las clases del estado. Que por medios directos é indirectos tratasen estos de lastimarle en la opinion del público, parece natural: que llegasen á producir actos de poco aprecio, y hasta de marcada ingratitud, es lo que está escrito en los anales de todas las naciones. Mas Escipion supo ser siempre superior á estos ataques, navegar sin encallar en mar tan proceloso. El modo con que eludió un dia ataque muy serio de esta clase será muy célebre en la historia. Le habian citado los tribunos de la plebe para que diese cuenta de su administracion en los diferentes puestos que habia desempeñado, pues era el delito de malversacion uno de los de que se le acusaba. Era muy grande la eu-

riosidad, inmenso el concurso que inundaba el foro para ser testigo de una escena tan singular y extraordinaria. Se presentó Escipion en la plaza rodeado de una comitiva numerosa. Despues que se leyó la acusacion se levantó con grave continente: y dijo con voz sonora y majestuosa: "Pueblo romano, hace hoy tantos años que vencí en Zama á Annibal, al grande enemigo de la república romana, al que habia jurado su exterminio, al que la cubrió de luto en Cannas. Vamos á dar gracias á los dioses inmortales.» Al decir estas palabras se movió en direccion del Capitolio seguido de la inmensa muchedumbre: dejando el foro desierto y absolutamente solos á sus acusadores.

No se sabe á punto fijo ni el año ni el paraje en que terminó sus dias nuestro general; mas esto importa poco, y mucho menos á nosotros, que solo hemos tratado de recorrer los principales pasajes de su vida. Que la pasó retirado en su casa de campo en los últimos períodos lo aseguran todos los historiadores. Allí pasó dias de calma y de tranquilidad, visitado y rodeado de numerosos amigos, dedicado á las labores de la agricultura, cultivando las letras y la filosofía, protegiendo á cuantos en ellas eran distinguidos. No se podia coronar mejor ni mas dignamente una vida consagrada al movimiento, á la agitacion, al tumulto de la guerra, una vida tan importante á la república, con su nombre, con su salvacion, con sus glorias enlazada.

Tal fué Escipion el africano. Hombre mas digno de aprecio, ciudadano mas amante de su patria, guerrero á todas luces mas insigne, apenas nos le ofrece la antigüedad en sus mas felices y gloriosos dias. Hijo de una república guerrera y conquistadora por índole y hasta por la fuerza de sus instituciones; nacido en una época de crísis, tuvo la gloria de servir á su país, no solo del modo mas brillante, sino mas útil, y en que le iba acaso su existencia misma. Estaban como perdidos los negocios de la república en España, y fué preciso que él solicitase el alto honor de repararlos. La expulsion de Annibal de Italia era el negocio mas grande y mas indispensable, y fué preciso vencer la repugnancia de sus émulos, y hasta la de un hombre tan respetable como Fabio Máximo,

para que se le permitiese dar el solo paso que pudiera conducir á tan importante resultado. Despues de haber destruido el poder de los cartagineses en España, le quebrantó para siempre al frente de sus muros. Victorioso de la mayor parte de sus generales, tuvo la gran satisfaccion de derrotar en una accion campal al primero, al mas temido, al rival mas encarnizado de la república romana, al capitan sin duda mas grande de su siglo. Fué su insigne gloria haber terminado la segunda guerra púnica, y coronar como negociador los triunfos conseguidos por su espada. Pocas vidas ha habido mas activas, mas llenas de negocios, mas altamente ocupadas, mas eminentemente útiles á la patria que la suya. De pocas virtudes cívicas, de ninguna militar dejó de dar ejemplo. Fué humano, justo, desinteresado, generoso, sagaz y circunspecto en todas ocasiones, valiente y arrojado en cuanto las circunstancias lo exigian. Hizo tantas conquistas con la política como con la espada; y en toda su larga carrera, mostró muy bien que un general debe saber mas que dirigir en la parte militar las tropas que se le confian. Ningun otro general obscureció la gloria de Escipion; ninguno pronunciará su nombre sin respeto. Es su vida un estudio para todo hombre de guerra que medita, que ve en su profesion objetos grandes, combinaciones felices, producciones de una alta inteligencia. Le aconsejamos, pues, á nuestros lectores, de cualquiera condicion que sean, persuadidos de que, mucho mas que los preceptos, valen sin duda los ejemplos.

CRÓNICA MILITAR

desde el 15 de abril hasta el dia de la publicacion de este número.

Los movimientos de nuestras tropas en este corto período de tiempo han sido demasiado importantes para que nos contentemos con una simple relacion histórica. Son por otra parte muy numerosos y circunstanciados los partes recibidos en la secretaría de la Guerra para que puedan ser todos insertados en el poco espacio que nos resta para la conclusion de aqueste número. Los ha visto el público con todo el interes que le inspiran los asuntos de esta guerra importantísima, y en pocas ocasiones se ha mostrado mas satisfecho de lo presente, con mas halagüeñas esperanzas sobre lo futuro. En esta última parte de nuestra tarea periodística vamos á ser intérpretes de sus sentimientos, manifestar tambien nuestras esperanzas, indicar las razones en que las fundamos.

La campaña de este año, tan temprano comenzada por nuestros enemigos, se les muestra sumamente adversa, y debe haber disipado en ellos muchas agradables ilusiones. Echemos la vista un poco sobre las dos últimas. En el año 1836 salieron de expedicion pasando el Ebro las facciones de Gomez, de Sanz, de D. Basilio. Pocos ignoran lo que hicieron las tres, sobre todo la primera. En pocas provincias de España dejó Gomez de ejercer sus correrías. Estuvo en Asturias, invadió á Galicia, pasó por las Castillas, por la provincia de Cuenca, de Albacete, de la Mancha; y, á pesar de la derrota de Villarrobledo, hizo un botin inmenso en las ciudades y paises mas ricos de la Andalucía. Vieron las playas de Algeciras al faccioso salido de los montes de Navarra, y, á pesar de otra derrota, de la persecucion activa de que estaba á todos momentos acosado, pudo retirarse cruzando por segunda vez todo el territorio español y regresar á sus guaridas cargado de despojos. No fueron

las expediciones de Sanz y de Basilio tan célebres por sus movimientos y aventuras; mas tambien retrocedieron despues de saqueado el pais por ellas recorrido sin descalabro alguno. Las tres hicieron ver que si las provincias interiores de España no estaban dispuestas á pronunciarse á favor del pretendiente, ofrecian á lo menos abundantes socorros y botin á sus satélites, que no conocen otra ley que su capricho, ni otro derecho que el que da la fuerza.

Las expediciones del año de 1837 se presentaron en escala mucho mas considerable. No se desdeñó el mismo pretendiente de hacer parte de ellas, de representar el papel de aventurero; tan seguro estaba de llevar consigo los destinos de la nacion, y de que se hallaba el trono en donde su presencia. Se sabe con qué aparato de fuerzas se presentó en el alto de Aragon y situó su real en Huesca. No pudiendo consolidarse en Aragon, pasa el Cinca y va á probar la suerte á Cataluña. Derrotado en la accion de Grá corre apresurado á pasar el Ebro y lo verifica en Cherta muy cerca de Tortosa. Pronto invade los territorios del bajo de Aragon y de Valencia. La derrota de Chiva no le impide ganar la accion importantísima de Herrera. Habiendo conseguido dejar á su retaguardia á los generales Oraá y conde de Luchana, atraviesa rápidamente la provincia de Cuenca y se presenta casi á las puertas de esta capital en los primeros dias de setiembre, seguido, ó mas bien precedido, de Cabrera y demas gefes de gavilla, que ejercen ordinariamente sus tropelías bajo los auspicios de aquel feroz caudillo.

Mientras tanto pasaba el Ebro por la parte del norte Zariátegui, é invadiendo la provincia de Burgos eludió la persecucion de nuestras tropas á las que tal vez era superior; sentó sus reales en el mismo alcázar de Segovia. No contento con este rasgo de favor de la fortuna, pasó los montes de Guadarrama, y se puso á la misma vista de la capital, que por la vez primera echó sus ojos sobre los facciosos. Obligado á retroceder, no renunció á sus designios de enseñorearse del territorio de Castilla la Vieja, donde se vió señor casi absoluto. En Valladolid sentó sus reales sin haber experimentado la mas pequeña resistencia. Su permanencia tranquila en

esta ciudad no se explica fácilmente, ni tampoco se concibe como este faccioso no vino con rapidez en auxilio del movimiento de D. Cárlos sobre la misma capital; mas sin duda no tuvo por necesaria su presencia; tan seguro estaba él y su partido de coronar su triunfo.

Si D. Cárlos contó con un movimiento de la capital á favor suyo, estaba su movimiento admirablemente calculado. Dos dias de ventaja que traía sobre el conde de Luchana, eran bastantes para que este le encontrase dueño de Madrid, dictando leyes de proscripcion en el palacio de los reyes. Mas el comportamiento imponente y patriótico de todos los habitantes de este vecindario le dejó á las puertas de Madrid, en presencia de los tres generales conde de Luchana, Oraá y Lorenzo, que al mismo tiempo se acercaban. Su retirada fué desde entonces del todo indispensable. Cada dia le encontraba mas lejos de esta capital, objeto para él de grandísima codicia. A poco tiempo volvió á pasar el Ebro el pretendiente aventurero, contentándose con descansar en la corte de Estella de las fatigas de tan larga correría.

De todos modos las dos campañas á que aludimos han sido grandes é importantes, si no en sus finales resultados, á lo menos por el miedo, por las esperanzas, por las pasiones de toda clase que excitaron. Fueron por parte de nuestros enemigos el mayor esfuerzo que podian hacer en obsequio de un triunfo apetecido: para nosotros, una piedra de toque, verdadera prueba de lo que se podia contar en las provincias en favor ó en contra de D. Cárlos. Hecho este ensayo, no era ya dificil calcular por cual de ambos rivales quedaria el triunfo decisivo; y fué precisamente despues de estas victorias tan significativas cuando se comenzó á hablar con mas ardor que nunca de cooperacion y auxilios extranjeros. Fué entonces cuando se introdujo ó trató de introducir entre nosotros la desconfianza, el desaliento y la funesta opinion de que era ya imposible arribar á puerto de salud si no nos tendian una mano protectora unos vecinos á quienes debimos en dos diferentes épocas tanta miseria y desventura. Fué entonces cuando se afectó el no ver ninguna idea, ningun proyecto, ningun pensamiento políti-

tico, ningun gobierno posible que no estuviese enlazado con la idea favorita de la intervencion apetecida. Mas, por fortuna nuestra y del buen nombre nacional, no nos fué concedida esta intervencion humilladora.

La actual campaña á que aludimos es una confirmacion de lo que vamos indicando. Debilitados nuestros enemigos con las expediciones, disgustados, divididos entre sí, no pudiendo menos de convencerse del poco partido que tiene en el comun de la nacion su causa, no se hallaban en estado de poner en accion tantos medios esta vez como las dos pasadas. Tampoco era probable que don Cárlos tratase de buscar fortuna y exponer de nuevo su persona; ¿y qué vale ya en las provincias la persona de un príncipe cruel, supersticioso y débil, que no será conocido mas que por los horrores que promueve, por la sangre que hace verter, por las lágrimas que cuesta?

Los facciosos se apresuraron este año mas antes que los anteriores á presentar sus fuerzas en campaña, pero fueron sus expediciones insignificantes comparadas con las anteriores. Por la parte del alto Aragon invadió Tarragual con cuatro batallones; por la de Castilla se presentó el conde de Negri con una expedicion de 6000 hombres. Nos ocuparemos por ahora de este último. Molestado por el general Latre, perseguido y observado por el general Iriarte, pudo recorrer país, pues es esto permitido á quien no trata mas que de marchar sin esperar nunca al enemigo. Tambien entró en Segovia; más no le fué permitido aposesionarse de su alcázar. Obligado á retroceder, trató de apoderarse de Valladolid, mas esta ciudad no le abrió sus puertas como á Zariátegui; el capitan general baron de Carondolet á la cabeza de la milicia nacional, de algunas partidas sueltas, de 800 quintos que acababan de tomar las ármas, respondió á las intimaciones del gefe faccioso como correspondía á su honor, y le hizo pagar cara su osadía. Obligado Negri á desistir de su empresa, á dejar un campo donde no podía conseguir ya triunfo alguno, derrotado varias veces en su retirada por el general Iriarte, pereció al fin toda á manos de un corto número de tropas del conde de Luchana, que se cubrieron de

gloria en esta ocasion tan memorable. Se salvó Negri, mas se volvió solo, sin tropas, anunciando que ya es insoportable en el interior de España la presencia de esas huestes de desolacion, que retroceden al tiempo de los vándalos.

No fué mas dichoso Tarragual en la provincia de Huesca. Perseguido por el coronel Coba, al frente de tres ó cuatro batallones, fué derrotado completamente en Angües y obligado con sus restos á evacuar el Alto Aragon buscando asilo en sus guaridas de Navarra.

Basilio, que los habia precedido en la carrera desde algun tiempo, que habia recorrido la provincia de Soria, parte de Aragon, la provincia de Cuenca, la de Albacete, la de Toledo y una gran parte de la Mancha, ha sido completamente derrotado por el general Pardiñas y recientemente en Béjar. Tambien en esta última jornada han caido Jara, Peco, Ovejero y otros cabecillas que infestaban las provincias de Ciudad-Real y de Toledo.

Y si añadimos á estas ventajas la derrota y desaparicion de Tallada, verificada anteriormente, hallaremos que los negocios de la guerra en estas últimas provincias y en las afectas al ejército del norte, no pueden presentar un aspecto mas satisfactorio.

Solo cuando se vence y triunfa en tantas partes se llora en Aragon, en aquel pais destinado por la naturaleza á ser teatro de victorias. Se llegaron á tocar los efectos deplorables de lo desatendido de su ejército. En otros puntos igualan, cuando no exceden en mucho, nuestras tropas á los enemigos que estan al frente. El ejército del centro, que tiene á su cargo tan inmenso territorio, jamas se vió surtido de las fuerzas necesarias para cubrir sus numerosas atenciones. En todas épocas, sobre todo en estos seis ú ocho últimos meses, se han aprovechado los facciosos de esta falta de tropas de que se estan lamentando á todas horas los habitantes de Aragon y de Valencia. Hay que tener presente que Cabrera es de los mas activos, mas emprendedores, mas intrépidos gefes de gavilla, que no pierde medio ni ocasion de conseguir cuantas ventajas la ocasion le proporciona. Hemos sufrido en el pais teatro de las operaciones del ejército del cen-

tro mas pérdidas que en otro alguno. Los facciosos se han apoderado de Morella, de S. Mateo, de Benicarló, y casi tenian ya en sus garras á Lucena cuando la hábil maniobra del general Oraá les hizo abandonar una presa que ya contaban como suya. Hace pocos dias perdimos á Calanda, y á esta hora en que escribimos tememos mucho por la suerte de Alcañiz y Caspe, dos puntos de cuya importancia pocos de nuestros lectores dejarán de hallarse penetrados. El Bajo Aragon ha sido recientemente invadido por una fuerza facciosa de nueve batallones, contra la que el general don Santos San Miguel no tiene que oponer apenas la tercera parte. El pais, los ayuntamientos, los diputados á córtes por aquellas provincias, las diputaciones provinciales, todos claman por socorros prontos y eficaces sin los que el país se verá pronto, no en grandísimos apuros, sino con calamidades muy terribles. El gobierno, penetrado de esto mismo, ha dado sus órdenes para que entren á la mayor brevedad refuerzos prontos en aquel vasto territorio. Todo reclama, pues, el que se aumente de un modo muy considerable el ejército del centro. En ninguna parte hay que trabajar con mas actividad en purgar aquel pais de tantas gavillas que le infestan. Hay que recobrar una porcion de puntos fuertes que les sirven de abrigo, de almacenes, de depósitos de sus inmensos robos y saqueos. Cuando no tenian mas que á Cantavieja, era su nombre solo el terror del Bajo Aragon y el territorio correspondiente por la parte de Valencia. Es preciso tomarles estos puntos fuertes ó sepultarlos en sus ruinas. Es indispensable no dejarles un punto solo de seguridad donde apoyen su cabeza, encerrarlos para siempre en sus montes áridos, pelados que no ofrecen recursos de ninguna especie. Es preciso circunscribirlos, estrecharlos, perseguirlos sin descanso. De otro modo no se hará nada de sólido en aquel pais; y á cada momento se renovarán los obstáculos y los apuros.

Los negocios de la guerra, excepto en Aragon, donde pueden cambiar felizmente, van de un modo muy favorable á nuestra causa. Sobre todo confirman mas y mas la idea de que si bien necesitamos que nos auxilien con dinero, nos podemos pasar sin ejércitos considerables extranjeros

para acabar con nuestros enemigos. Los negocios de la guerra van bien, lo repetimos, mas es preciso que no nos durmamos sobre los laureles adquiridos, que nos aprovechemos hábilmente del desórden, del desaliento, de la defraudacion de esperanzas en que se hallan nuestros enemigos; redoblar la actividad, la vigilancia, la persecucion para que los vencidos no tengan un momento de reposo; batir en una palabra bien el hierro ahora que se halla tan caliente. En Navarra, en las provincias Vascongadas donde esta la corte del príncipe rebelde, no puede menos de reinar disgusto y cansancio de una guerra tan asoladora: no es posible que hayan dejado de abrir los ojos para ver donde estan sus verdaderos intereses y la felicidad que pueden prometerse de un hombre como el pretendiente. La declaracion de Muñagorri es en extremo significativa. No es creible que un hombre aislado sin contar con asociados, con fuertes conexiones, se haya atrevido á ponerse en tan fuerte compromiso. Si, como es de suponer, representa los deseos y las opiniones de un partido, si cuenta este partido con un eco en el pais, ¿qué circunstancia se puede presentar mas favorable para un hábil general, para un gobierno sagaz y previsor, que conozca los hombres y las cosas?

Con estas indicaciones, aunque algo agenas de la índole y carácter que nos hemos propuesto dar á este periódico puramente militar, terminaremos nuestra crónica animados de la esperanza lisonjera de que en el número siguiente tendremos nuevos motivos de celebrar la actividad, el valor y el patriotismo de nuestros compañeros de armas.

ERRATA.

En el número anterior de nuestra Revista, al extractar el parte dado por el capitan general interino de Aragon al gobierno sobre los acontecimientos gloriosos ocurridos en Zaragoza la madrugada del 5 de marzo, se dice pag. 58, línea 6 y succesivas: "mientras una mitad de cazadores (facciosos) asaltó la muralla y abrió la puerta, sorprendiendo « á los nacionales que se hallaban de guardia, entraron en la « ciudad etc."

Por varias reclamaciones hechas en *El Novicio*, periódico de aquella capital, de ninguno desmentidas, aparece que no habia á la sazon en la puerta del Cármen guardia alguna. Donde no habia tropas no pudo, pues, haber sorpresa.

Sentimos que, por habernos atenido al parte susodicho, hayamos incurrido, aunque involuntariamente, en este error, y nos apresuramos á rectificarle con tanto mas placer cuanto nos interesamos vivamente en cuanto concierne al buen nombre y brillante reputacion tan justamente merecida de aquella milicia ciudadana.

INDICE

de los artículos contenidos en este número.